

MIJARES

REVISTA LITERARIA DE LA SOCIEDAD CASTELLONENSE DE CULTURA

TRIBUTOS POSTUMOS

El día 8 de Mayo del año actual, al cumplirse el primer aniversario de la muerte de Bernardo Artola, nuestro dilecto poeta vernáculo, decidimos deshojar unas flores conmemorativas al margen de su obra, en estas páginas de MIJARES, que se engalanaron más de una vez con los frutos de su pluma, ya en primores líricos, ya en perfiles de dibujante, pues también obra suya fue la cabecera decorativa de esta revista en su primera época.

Precisamente en aquellos días del mencionado aniversario, se escribía en varios periódicos españoles algo y se habló algo más en tertulias y redacciones, acerca de los preparativos para repatriar, desde el humilde cementerio del Sur de Francia donde yacían, los mortales despojos del gran poeta español (*primum inter pares*) Antonio Machado, muerto el 22 de Febrero de 1939 en la pequeña población de Colliure. De esta fecha de su óbito se habían cumplido veinte años en el actual de 1959 cuando, al parecer, surgió la iniciativa en la Real Academia de la Lengua de rendir el póstumo homenaje al poeta, trayendo sus restos y los de su madre a su definitivo reposo en tierra española.

Consecuentes con el propósito de fiel rememoración de nuestros altos ingenios modernamente desaparecidos—cordial liturgia que a la buena de Dios vamos practicando en nuestras columnas a compás de los sucesivos sufragios lucuosos, (ayer por unos, hoy por Machado y Artola, mañana por otros)—nos dispusimos a celebrar conjuntamente ambas conmemoraciones en espera de la ocasión de solemnizarlas con el número de MIJARES de idéntica fecha al antedicho traslado; mas éste, diferido por razones que desconocemos, va camino de no poder efectuarse dentro de 1959; fuerza es, pues, antes de que el año fenezca, cumplir nuestro propósito aunque no podamos rendir el debido homenaje póstumo sobre las cenizas de Antonio Machado en España; y no por ello ese

tributo es inoportuno ahora, pues su poesía sí que está aquí y tiene un valor perenne: es eternamente joven y admite en cualquier momento los elogios que por su belleza merece.

En cuanto a la de Artola también la tenemos aquí, por derecho propio, pues permanece viva en nuestro pueblo: ¡como que es de su propia sustancia! Y recogida hasta el fin está, (con sus

más recientes y aplaudidos poemas, premiados en Juegos florales y ceremonias literarias) en su libro todavía inédito OLIVERA I LLOER que sólo espera, para ser publicado, el término de la suscripción abierta para sufragarlo.

También conserva inéditos otros dos libros de versos—íntima palpación de su muy humana poesía—. Uno se titula RAONS I PARAULES y en sus páginas coleccionó el autor un conjunto de poemitas en noble dicción vernácula (uno de los cuales publicamos en esta misma página) cuyos temas oscilan entre la reflexión filosófica y la evocación nostálgica, temas todos de un dolorido sentir saturado de esas reminiscencias ausias-marquianas, que también estremecieron, andando el tiempo, los poemas de Garcilaso. El otro libro se titula SANTORAL y es una colorista sucesión de romances, escritos en el más puro y castizo lenguaje castellano, por donde

desfilan, como a lo largo de una devota procesión del Corpus en ciudad piadosa, las imágenes de venerandos y populares Santos y Santas sobre sus peanas relumbrantes de oropeles barrocos, y con aureolas plateadas coronando las policromas esculturas.

Por último, al cumplirse en el presente año el V centenario de la muerte de Ausias March, es justo dedicar un recuerdo al príncipe de la Poesía valenciana, que le ofrendamos con palabras de otra voz vernácula, actual y digna continuadora de la suya, cuyo eco no se apagó nunca en nuestra poética llar, gracias al culto mantenido por los poetas castellonenses.

LA FOGUERA OCULTA

*Hi ha molta gent que no s'explica
res que no siga interessat.
¡Naturalment! Es gent poc rica
en sentiments de veritat!
Ningú no deu, mai, estranyar-se
si acà la gent no el creu com és:
¡L'artista i l'art no han d'explicar-se
sinó estimar-se... i no res més!
I com la gent sempre delera
per la raó... que vol tenir,
tan sols s'explica la foguera
per la calor... o pel lluir.
I no comprèn el joc de flames,
ni la tragèdia que duu el joc.
¡La gent no veu més que les rames
que es cremen; mai no veu el foc!*

† BERNAT ARTOLA

(De RAONS I PARAULES) (Inèdit).

*S'esmuny el temps,
i l'amistat
nafrada, pel dolor
de vore com s'apaga,
el ressò de la veu que fon volguda,
passa compte als records d'altres dia-
[des,
vol estrènyer la mà que era una amiga
i acaronar el cor que ahir glatia.*

*El pensament,
amb lluita adelerada,
recerca esmaperdut entre les ombres,
l'Amic que va marxar amb el silenci
deixant el buit del vers que ja no canta.*

*Ara,
sols el dolor,
l'engany i la mentida
de la punxada que travessa l'ànima.*

*El seny
tot serenor,
deixa brollar la llàgrima,
que templa i aconhorta.*

*El braç
s'alçat irat;
la mà
—coloma i escorpi—aliacrà?
s'enrabià;
però el cor
rebota dintre el pit
prenent coratge,
i vessa el seu amor
i llança l'odi,
perquè vol oblidar
tranquil i noble.*

*Tot ha passat
al no res i al record.
Tu ja no estàs
més que al redós de la conversa nostra;
eres sols el ressò del plany que no s'es-
tornaveu dels teus versos, [gota
sobre la terra que tan vas estimar
i que goluta
t'ha arreplegat avara per a sempre.*

*Ni sonets, ni balades, ni cançons
podran dir l'amistat que jo et tenia.
Sols paraula a paraula vull bastir-te
una elegia,
del que Tu vas ésser per a mi:
l'Amic de sempre,
el company de tantes hores solitàries
plenes de confidències i alegries,
l'Amic
el qui estic esperant cada jornada,
amb l'esperança orba de que un dia
tornarà pel camí de l'impossible.*

UN HOMENAJE A BERNARDO ARTOLA

Recibo una atenta carta de D. Carlos G. Espresati en la cual me ruega, en representación de la Sociedad Castellonense de Cultura, que tenga la bondad de enviar unas cuartillas a la expresada Sociedad, sobre el malogrado escritor castellonense Bernardo Artola. Fue discípulo mío en la Universidad de Barcelona y me distinguía con una particular admiración y gran estimación.

Lejanos, ya muy lejanos, veo los días en los que discípulo y maestro trabamos, con igual entusiasmo, nuestra ejemplar y fecunda amistad. Debía ser durante la etapa en que yo ejercía el cargo de profesor auxiliar de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona. El Dr. Rubió y Lluch, próxima ya su jubilación, aparecía todavía en días escasos en la cátedra. Hacia los años 1928-29 y ya jubilado Rubió y Lluch, la Facultad me hizo el honor de nombrarme profesor titular de la Cátedra de Lenguas y Literaturas extranjeras, antiguas y modernas. Empecé mi nueva etapa rebotante de entusiasmo y con un afán de leer incesantemente y sin pausa. Generalmente dedicaba mi labor docente a alguna de las grandes literaturas antiguas, y consagraba el curso venidero al estudio de otra gran literatura moderna. Escogí una vez para el curso próximo la literatura alemana, a la cual yo tenía una gran afición. Pocas veces he sentido con tan avasalladora violencia el gusto de la enseñanza. Para mí era una suprema embriaguez. En uno de esos años nos conocimos Bernardo Artola y yo. Cuando una pausa entre dos clases consecutivas nos lo permitía, nos juntábamos los dos en el claustro—a veces también con un joven danés, de cuyo nombre no me acuerdo, dotado de una curiosidad y memoria extraordinaria—el cual, en todo momento, nos salía con los más originales puntos de vista críticos.

Bernardo Artola era admirable por el equilibrio y, al propio tiempo, por el entusiasmo con que exponía su criterio y sus interpretaciones. Yo tenía gran interés en iniciar a Artola en el conocimiento de la literatura alemana, sobre todo de sus más geniales autores, que yo había estudiado recientemente durante los años 1908-11 en Alemania, en la Universidad de Halle. Yo había hecho el propósito de consagrar el curso siguiente al estudio de los grandes poetas y escritores alemanes, algunos de ellos casi desconocidos entre nosotros, seguro de que yo tendría en Artola un ideal y excelente discípulo. Así fue, en efecto. Artola se contagió de mi entusiasmo por Lessing y Herder, Goethe y Schiller, Novalis y Hölderlin, los hermanos Schlegel y los Humboldt. Años más tarde, mis desgraciadas oposiciones para la Cátedra de Rubió y Lluch (era la misma que ocupó por primera vez el gran romanista Milá y Fontanals) hicieron torcer el rumbo de mis aspiraciones universitarias. Hoy, al rememorar esos años de fecunda labor docente, los recuerdos más firmes de aquellos cinco años de intensa labor intelectual van borrándose día a día de mi frente, y entre mis discípulos predilectos van desvaneciéndose en mi memoria los rostros y los nombres de los restantes alumnos para quedar firme e imborrable en mis adentros la silueta fina y el rostro sonriente de Bernardo Artola que para mí son, y serán siempre, la imagen viva de una amistad fecunda y estimulante entre maestro y discípulo.

A estos recuerdos pequeños, insignificantes, pero de una alta expresión espiritual, está reducida mi contribución al homenaje a la memoria de mi inolvidable amigo. Fue escritor, pero muy parco. Resistió todas las tentativas que se acercaron a él hasta golpear con sus nudillos, pero en vano, su puerta siempre cerrada. Escribió poco; escribió y publicó en prosa y en verso, en lengua castellana y lengua catalana. Alguno de estos libros o artículos ha caído en mis manos y ha tentado mis ojos. Frente a su noble y constante ambición esos primeros libros no eran nada; eran puros preparativos, puros ejercicios. La verdad sea dicha, Artola daba toda la importancia a lo humano en el escritor, y él se dejaba guiar por la sensibilidad y el corazón; en su vida literaria fue siempre fiel a la afirmación del poeta: «Homo sum, nihil humanum a me alienum puto». Pasó entre nosotros, sus amigos, sin hacer alardes de sus estudios y conocimientos literarios, y supo la manera de darse a entender, sin necesidad de dejar oír su voz en confesiones brotadas de su pluma. ¡Dios tenga en la gloria a su alma simple y discreta, en la que no dejaba penetrar ni husmear a nadie que no tuviese ni ejercitase determinadas virtudes: discreción y fineza, nobleza de corazón y limpieza de espíritu y un fondo de silencio y soledad en medio del griterío y tumulto del mundo!

De su delicadeza tengo un recuerdo emotivo: unas veinte cartas de felicitación por las Fiestas de Navidad y Año Nuevo. Todos los años me enviaba, sin faltar nunca, una paloma mensajera que me sabía decir los deseos de felicidad en el Año Nuevo y los deseos, también, que tenía de verme y de leerme, y me contaba las ilusiones y esperanzas que acariciaba para un porvenir, y otras ilusiones y esperanzas para mí en la nueva etapa de nuestra vida. Ahora esa cadena de oro que él labraba para mí a la entrada del Año Nuevo, se ha quebrado bruscamente y me ha dejado una tristeza indecible.

Decía Rodolfo a sus bohemios amigos, al presentarles a Mimí: «Soy el poeta y ella es la poesía». Bécquer proclamó: «Poesía eres tú». Pero, siempre que los poetas han hecho confesiones semejantes, han falsificado un poco su sentir en honor de la mujer amada, a la que llamaron poesía, porque les había arrancado su corazón. La raíz vital es misterio buscado por el médico entre las vibraciones de un electrocardiograma; los poetas denuncian su raíz vital en sus ritmos y en sus rimas.

Hemos perdido a dos poetas; en sus versos conservamos su vida sentimental. Antonio Machado fue el poeta del ansia y del dolor. Fue bondad que caminaba por el mundo con paso lento, pero firme. Coincidimos en un Jurado para fallar un concurso bibliográfico. Machado habló poco, y casi todo para condolerse de los que no habían logrado el acierto apetecible en sus trabajos, por lo que se alejaron del premio. El erudito que alcanzó la victoria, obtuvo el voto del poeta y un comentario que valía más que el premio. En aquel entonces ya vivía nuestro amigo envuelto entre las nieblas del amor roto por la Parca: se alejó de Soria; pero Soria le acompañaba siempre.

Bernardo Artola marchó por mucho tiempo paralelamente a mi camino. Lo tuve en clase y le vislumbré poeta. Pronto confirmé que estaba entregado a la poesía. En Barcelona se había impregnado de Ausias March, y se había alejado de lo material. Su padre estaba alarmado. Recurrió al ascendiente que, sin duda alguna, tenía yo sobre el muchacho. Accedí a ayudar al padre sin torcer el camino emprendido por el hijo con un impulso irrefrenable. Le pregunte:

—¿Qué vas a ser?—, y me respondió sin titubear:

—Poeta.

Le repliqué:

—Y además....

Vaciló un poco, y aproveché la duda para inclinarle hacia lo ideal sin perder contacto con la realidad.

—¿Por qué no estudias lo que te pueda ayudar a escribir favoreciendo tus vuelos?

A los pocos días vino a decirme:

—Voy a estudiar Filosofía y Letras.

Y así fue. Estudió, vino a verme repetidas veces; procuré orientarle y me congratulé con sus éxitos constantes. Debieron ser otros; él mismo se limitó con humildad que, a fin de cuentas, le perjudicó bastante.

Hoy, al recordarle extinguido para siempre en el vivir terreno, vuelvo la

«La Primavera ha venido:
nadie sabe cómo ha sido.»

A. MACHADO

*¿Nadie? Yo te lo diré
Antonio Machado. Fue
que nació una flor. ¡Y un nido!
Y que en su pecho, escondido,
sintió, ¡bendita emoción!,
un algo... — un yo no sé qué,
entre verdad e ilusión—
cierta niña que creía
como artículo de fe
lo que en tus versos leía:
«que era a Dios a quien tenía
dentro de su corazón».*

*Y fue el milagro, aquel día
tan feliz y tan risueño
que era, por contraste, un sueño
lleno de melancolía.*

*Llegó así la Primavera
luciendo su fantasía
tan caprichosa como era.*

CARLOS G. ESPRESATI

vista a aquellos primeros tiempos en que trabajábamos en el Instituto. Para conmemorar la fundación de la Biblioteca Escolar, se celebró la llamada *Semana Cervantina*. Un Jurado asistió a las clases dadas a puerta abierta durante una semana; los alumnos presentaron sus apuntes; el premio lo alcanzó la señorita Antonia Balaguer Gonet, fiel captadora de las explicaciones, y el accésit fue conquistado por Bernardo Artola. Su trabajo tenía una personalidad indiscutible; no se le dio el premio porque entendió el Jurado que, el alejarse de lo oído se debía a despreocupación y falta de interés. Yo lo interpreté como elaboración que denunciaba a un literato indiscutible.

Cuando me trajo su último libro gocé una vez más al ver que no me había equivocado.

Como Antonio Machado, aquel niño de antaño, Bernardo Artola, pudo decir siempre: «La poesía vive en mí».

EDUARDO JULIÁ MARTÍNEZ

COLABORAN

F. Almela Vives, F. Allué Morer, L. Alvarez Lencero, Jaime Balet, Emilio Carrión, A. Ciurana, E. Codina, Carlos G. Espresati, Luis Guarnier, Eduardo Juliá, Joaquín Molás, Manuel de Montoliu, Manuel Pacheco, Rafael Palma, Juan Porcar, Jorge Ramos, José Salaberriá, J. Sánchez Adell, A. Sánchez Gozalbo, E. Soler Godes.

Artola, poeta, gran poeta valencià, naix a una llar castellonenca on no es parla més que valencià. A l'ensem l'envolta l'ambient del Castelló de les primeries del segle XX, impregnat d'un sentit terral, on llauradors i artesans viuen aqueferats; els primers, enduts ja pels horts de tarongers, aspiren a millorar, i milloren ben bé, abandonat el cultiu del cànem; axímateix els segons «els oficials» que ací diem, i la «gent de ploma», són la sumitat, infectada d'il·lustració, l'ou nial d'on surgiran els rectors de la res pública de l'antiga vila ja convertida en ciutat. En unes i altres famílies la comunicació, la llengua familiar és la valenciana.

L'infantesa del poeta a la llar i la convivència amb els companys quan inicia els estudis de batxillerat és valenciana. Deixeble de Salvador Guinot i d'Eduard Julià, un i altre l'inicien en el coneixement, ultra de la literatura castellana, dels clàssics valencians, i la seua curiositat el duu pels viarans dels prosistes i poetes que floriren en altres temps, i per la rebrotada ufana de la literatura catalana d'aleshores.

El poeta naix i no sempre que vol encerta l'expressió adequada d'allò que per un procés d'elaboració lenta li bull en la seua intimitat. En l'intimisme de tota creació ha d'haver hi en joc dos factors principals: una disposició especial del subconscient, una perseverant sedimentació de velles i properes impressions i eixe *quid divinum* que en remoure-ho tot encendrà l'àmbit intern, borbollarà tot arreu i ho farà esclatar. Captació externa i elaboració interna—no sempre dins una mateixa correlació—són l'anode i el catode on l'inspiració espurneja i encèn l'amorfe àmbit que a poc a poc se concreta i delimita i pugna per sortir fora habillat màgicament de la paraula viva i emocionada, plena de vibració i d'eternitat.

Sembla vist l'anterior esquematisme que qualsevol pot ésser poeta o almenys arribar a parlar o escriure en vers com el de la contalla. No, no per mancar-li un dels factors, aquell *quid divinum* que Déu dóna als elegits.

Artola dins del marc palpitant i polí crom d'esta Plana castellonenca, amarat i empapat d'externes sensacions, captador d'essències i ric d'intimitats va saber, com l'altre gran poeta Senyor de Beniarjó, filosofar, extreure sucoses intimitats d'allò que pels sentits se li endinsava al més fons de l'ànima, per que Déu ho volgué així.

Temps era temps si, un i altre, temps parí i ànimes i escenaris més que semblants, el del poeta de Castelló i el del gran Ausiàs March que un altre dia estudiarem, si us plau.

ANGEL SÁNCHEZ GOZALBO

La tapa posterior de *Elegies*, primer libro de versos publicado por Bernardo Artola, apareció decorada con un emblemático ex-libris, dibujado por el propio poeta. Las cubiertas de sus libros sucesivos—*Terra* y *Llantia viva*—se ornan también cada una con otro ex-libris de su autor, obra de mano suya.

Aunque la divisa o leyenda de todos estos ex-libris es la misma (*Damunt de la Mort, la Vida*) y los elementos pictográficos de su tema se repiten—un libro, un desnudo de mujer y un signo macabro—, éstos aparecen de una obra a la siguiente combinados en distinta posición entre sí, y con ligeras variaciones en sus perfiles y actitudes. De tal diversidad de aspecto y de expresión significativa se deducen interpretaciones con las que cabe completar las consecuencias establecidas al resumir el análisis de los respectivos grabados en el estudio inserto en el *BOLETÍN* de esta Sociedad¹. Intentamos ahora ampliar, mediante nuevos enfoques de examen, algunas de aquellas consideraciones a la vista de los citados clisés, y en contraste con otro, aún inédito.

En su simbolismo todos ellos coinciden en exaltar lo vital sobre lo inerte, pero... ¿con qué argumentos o normas de conducta? Porque cada uno invita a sentar una premisa diferente, pues si no hay titubeo posible ante los dos ex-libris primeros en cuyo dibujo la mujer desnuda, encima de la calavera colocada sobre un libro cerrado, simboliza la Vida, los gestos con que ésta se representa en cada ex-libris son tan distintos y su semblanza tan contraria, que nos inducen a diferenciar su intención final. En efecto, la primera imagen nos ofrece una idea

de reposo, la segunda de movimiento: aquella es como la estatua de una matrona gallarda y maciza, erguida, con los pies bien asentados en su macabro pedestal, y alzando el brazo derecho en cuya mano sostiene algo que puede ser un espejo, tal como una alegoría de la Verdad al surgir de su mitológico pozo; en cambio en esta otra versión, la

mujer es una grácil figura de doncella, una fémina alada e ingravida, con los pies en el aire en actitud de vuelo o de danza, que levanta el brazo izquierdo blandiendo un dardo o flecha. Este ideograma ya no contiene nada alusivo a la Verdad, sino quizás algo de índole epigramática, un jeroglífico evocador del aguijón de una burla graciosa, o de la risa juguetona y fugaz. Por último, en la tercera versión vuelve a presentarse la mujer estática y muy estilizada, pero ya no está pisando la calavera, sino irguiéndose sobre una nube en forma de concha flotante a ras de la imagen macabra, personificada esta vez por una vieja Parca, arropada en andrajos y sentada sobre un libro abierto. Aquella mujer desnuda que semeja surgir de una concha—como Venus—y cuya mano izquierda sostiene una lámpara encendida en lo alto de su

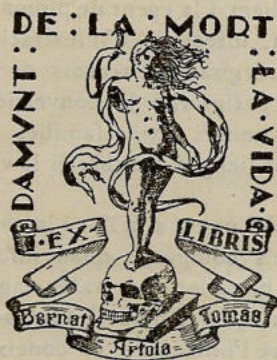
brazo muy estirado hacia arriba ¿a quién alumbra? ¿Es la luz de la sabiduría? ¿No es la señal nocturna de Hero que Leandro espera para acudir a la amorosa cita? ¿En qué quedamos? ¿Venus o Minerva? ¿Qué es lo que vale en la Vida para triunfar sobre la Muerte: el Amor o la Ciencia? ¿Y ese libro abierto? ¿Es el de la Vida, sellado por la Muerte? ¿Por qué estaba antes cerrado, en los otros ex-libris? ¿Qué secreto guardaba? ¿Se descubre ahora en las páginas abiertas...? Como se ve, ante el nuevo jeroglífico, no atinamos con una solución satisfactoria: nos perdemos en conjeturas.

En los dos primeros ex-libris podemos creer que su autor quiso simbolizar dos facetas ciertas de su poesía: en uno la verdad de su emoción lírico-erótica, y en el otro las travesuras de su Musa satírica. Ambas alternativas estéticas son genuinas del carácter de Bernardo Artola, pero en contraste con estas fáciles interpretaciones de las pictografías de los dos primeros ex-libris, advertimos en el tercero una compleja alegoría, tan enigmática que, impide adivinar su definición. Nos sorprende que el poeta, lejos de aligerar y simplificar su esquema simbólico al ir condensando la idea matriz, en vez de ello complique su emblema recargándolo estérilmente con elementos superfluos. Tanto vale como dar un paso atrás y regresar a los balbuceos decorativos patentes en el ex-libris bisoño compuesto por Artola, que ha permanecido inédito hasta ahora.

He aquí la modulación inicial de la idea madre (*Damunt de la Mort, la Vida*), que quiso el artista-poeta plasmar en una alegoría pictográfica.

Examinad esa plétora ornamental, indicio de que la idea germinadora aún no estaba concreta—árbol frondoso (¿del bien y del mal?) flanqueado por dos romancescos personajes ecuestres, héroe y heroína—anécdotas episódicas que usurpan el campo noble y amplio de la composición y envuelven con su fárrago y relegan a importancia secundaria a los símbolos estéticos esenciales:

la mujer desnuda, la calavera y los libros. Este es el tuétano que pervive y entraña los sucesivos ex-libris: todo lo demás, como hojarasca inútil se barre. Las mentiras, adorno de la pomposa belleza de la Vida, pretenden triunfar de la escueta verdad de la Muerte: pero en vano. ¿Esa es la solución? Algo así confesó Ausias March en el XCIII de sus *Cants de Amor e Mort*: «Per lo Camí de Mort e cercat Vida—on he trobat moltes falses montjoyes...». Y su discípulo Artola barajó estas palabras y compuso el lema de sus ex-libris después de barrer *les montjoyes*, para dejar libre de perifollos la esencial alegoría de su blasón bibliográfico.



ELEGIES



LLANTIA VIVA



Bernat Artola Tomas

TERRA



INÉDITO

¹ «Pictografía cordial de un Poeta», por Carlos G. Espresati.—Boletín de la Sdad. C. de C.—Tomo XXXV, págs. 100-128.

SOBRE UNOS POEMAS DE ANTONIO MACHADO

Lo telúrico es elemento fundamental en la poesía de Antonio Machado. Nadie como el autor de «Soledades» ha sabido traducir en verso limpio, austero y luminoso el doble mensaje de la tierra: esencialidad y temporalidad. De ahí que sus poemas tengan vetas profundísimas enraizadas en lo eterno y a la vez se apoyen firmemente en la visión de una realidad geográfica, inmediata e ineludible. Así, el innato sentido de la tierra se infunde al sentimiento del paisaje y ambos culminan en la más alta toponimia: España, la patria, con sus campos, sus hombres y sus problemas.

Entre los libros del gran poeta, «Campos de Castilla»¹ es, sin duda aquel donde esta fusión se manifiesta en su mayor plenitud. Pero también es en dicho libro donde se evidencian claramente dos actitudes mentales de Machado, absolutamente diferenciadas e incluso antagónicas según el poeta se sitúe ante el paisaje castellano o el andaluz. Dos tipos de paisaje, en verdad, opuestos. Más la mutación lírica sobreviene de manera tan súbita y radical, que semejante cambio de tono sólo puede, quizá, explicarse—nos aventuramos a explorarlo—fijando la situación psicológica del propio Machado frente a cada uno de estos paisajes. El mismo, a través de sus versos pudiera darnos la respuesta.

* * *

En principio: ¿Cómo ve Machado el paisaje de Castilla? Con amor entrañable. En las tierras castellanas, en aquellas

por donde traza el Duero
su curva de ballesta

sitúa el poeta, cien veces, en sus poemas y de modo indubitable, su patria espiritual. El amor que Machado sintió por Castilla es lugar común en nuestra historia literaria. El paisaje soriano le inspira sus mejores poemas. Un roquedal, un árbol, una vereda, le suscitan estados líricos rotundos y trascendentes.

Pero el paisaje, desolado o riente, místico o sensual, severo o exuberante, es pavé donde se asienta la planta del hombre. Y de ese hombre de Castilla ¿qué nos dice Machado? En su poema «Por tierras de España»:

El hombre de estos campos que incendia los pinares
y su despojo aguarda como botín de guerra,
antaño hubo raído los negros encinares,
talado los robustos robledos de la sierra.

Hoy ve sus pobres hijos buyendo de sus lares,
la tempestad llevarse los limos de la tierra
por los sagrados ríos hacia los anchos mares,
y en páramos malditos trabaja, sufre y yerra.

Más adelante, en el mismo poema, nos da una descripción física de ese hombre:

Pequeño, ágil, sufrido, los ojos de hombre astuto,
bundidos, recelosos, movibles, y trazadas
cual arco de ballesta, en el semblante enjuto
de pómulos salientes, las cejas muy pobladas².

sin omitir la enumeración de lacras morales:

1 V. «Poesías completas», Espasa-Calpe, S. A., Madrid 1933. De esta vieja edición tomamos las citas.

2 Una descripción muy similar se encuentra en el gran poema «La tierra de Alvargonzález», del mismo libro.

Abunda el hombre malo del campo y de la aldea,
capaz de insanos vicios y crímenes bestiales,
que bajo el pardo sayo esconde un alma fea,
esclava de los siete pecados capitales³.

Retrato en el que, ciertamente, no se escatiman las tintas oscuras. Adviértase, sin embargo, que si bien Machado nos ofrece una realidad intensificada en mayor o menor grado, no hay en este poema un solo verso admonitorio. El poeta se limita a la descripción de unos rasgos físicos y morales según él los ve, pero sin añadirle corolario subjetivo.

* * *

La Castilla que alienta en el libro machadiano, permanece estática, reconcentrada en sus miserias, detenida en el tiempo:

Castilla miserable, ayer dominadora,
envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora.

La madre en otro tiempo fecunda en capitanes
madrastra es hoy apenas de humildes ganapanes⁴.

sin embargo esto no impide que Machado asigne a Castilla una alta y redentora misión:

¿Quién ha visto la faz al Dios hispano?
Mi corazón aguarda
al hombre ibero de la recia mano,
que tallará en el roble castellano
el Dios adusto de la tierra parda⁵.

* * *

Las descripciones del paisaje andaluz contenidas en «Campos de Castilla» no son, ni con mucho, tan frecuentes como las del castellano, ni tienen la intensidad lírica de aquéllas. En la poesía «Recuerdos» (fecha: En el tren. Abril 1912) Machado canta a la Soria de sus amores, de la cual le alejan desgraciadas circunstancias—la muerte de la bien amada esposa—:

Oh, Soria, cuando miro los frescos naranjales
cargados de perfume, y el campo enverdecido,
abiertos los jazmines, maduros los trigales,
azules las montañas y el olivar florido,
Guadalquivir corriendo al mar entre vergeles⁶.

etc., etc. Machado cruza frente a este paisaje, abstraído, ensimismado. Su retina capta tan sólo las notas de color más salientes, de un modo mecánico, sin emoción. Pero, cuando en

3 Los términos castellano y andaluz no tienen, ni pueden tener, en este trabajo, más que una significación meramente circunstancial. Machado se refiere «al hombre», si bien lo ve bajo un prisma diferente según él mismo se halle en Castilla o en Andalucía. Nosotros nos limitamos a una deducción sobre la psicología del poeta vis-à-vis de unos módulos distintos de vida y ello en un momento de honda crisis espiritual. No pretendemos, pues, valorar, ni siquiera comparar aspectos regionales.

4 De «A orillas del Duero».

5 De «El Dios ibero». Para Machado, Castilla y España son una misma cosa. Los hombres cabales, de corazón, materializan siempre—en una ciudad, un paisaje—su idea de la patria.

6 Nos parecen estos versos una simple enumeración de tópicos al uso, sin fibra cordial y comunicativa.

el mismo poema la evocación del bien perdido—Soria, y lo que este nombre encierra para él—brota incontenible:

Yo sé la encina roja crujendo en tus hogares,
barriendo el cierzo helado tu campo empedernido,
y en sierras agrias sueño—¡Urbión, sobre pinares!
¡Moncayo blanco, al cielo aragonés, erguido!—
Y pienso: Primavera, como un escalofrío
irá a cruzar el alto solar del romancero,
ya verdearán de chopos las márgenes del río.
¿Dará sus verdes hojas el olmo aquel del Duero?
Tendrán los campanarios de Soria sus cigüeñas,
y la roqueda parda más de un zarzar en flor;
ya los rebaños blancos, por entre grises peñas,
hacia los altos prados conducirá el pastor ¹.

el poeta se transfigura y su voz alcanza acentos inigualables. Machado, frente al paisaje de su patria chica experimenta una imposibilidad psíquica de efusión. Otro paisaje absorbe íntegramente sus potencias líricas. El mismo confiesa:

En estos campos de la tierra mía,
y extranjero en los campos de mi tierra
—yo tuve patria donde corre el Duero—
.....
en estos campos de mi Andalucía,
¡Oh, tierra en que nació, cantar quisiera.
Tengo recuerdos de mi infancia, tengo
imágenes de luz y de palmeras,
.....
mas falta el hilo que el recuerdo anude
al corazón, el ancla a su ribera,
o estas memorias no son alma ².
.....

Machado, pues, no logra conectarse espiritualmente con este paisaje. De ahí su actitud indiferenciada respecto al mismo, y, como resultado, el feble aliento de su canto.

* * *

A través de esta segunda fase—andaluza—de «Campos de Castilla» cruzan y, en algunos casos, se fijan en un poema, algunos tipos humanos. Ya vimos antes el retrato *sui generis* que Machado hace del labriego de la meseta: un carácter primario, elemental, a ras de la naturaleza hostil que le rodea. La descripción del hombre en estos poemas toma, como veremos, un sesgo y un alcance bien distintos. En «El pasado efímero»:

Este hombre de casino provinciano
que vio a Carancha recibir un día

con dos versos está creada la atmósfera del poema. Este sujeto es totalmente antagónico a aquel «que incendia los pinares». Es hombre de casino, es decir, ente comunitario, con apetencias de vida social. Tiene afición al espectáculo, una lamentable vocación de espectador; de los toros, de la vida. (El segundo verso es en sí una ironización acerada) ³. Sus rasgos fisonómicos:

tiene mustia la tez, el pelo cano,
ojos velados de melancolía,
bajo el bigote gris, labios de bastío,
y una triste expresión que no es tristeza,
sino algo más y menos: el vacío
del mundo en la oquedad de su cabeza.

nos hablan de un ser abúlico, desmadejado y vacuo. Tales rasgos se van acentuando en el poema, hasta culminar en los versos condenatorios:

Este hombre no es de ayer ni es de mañana,
sino de nunca, de la cepa hispana
no es el fruto maduro ni podrido,
es una fruta vana
de aquella España que pasó y no ha sido,
esa que hoy tiene la cabeza cana.

Nótese, pues, el contraste con la descripción objetiva del hombre castellano. Aquí hay una evidente exasperación, que habrá de alcanzar, en los versos brutales, descarnados de otro poema: «El mañana efímero», a su tensión máxima. En estos poemas andaluces el elemento natural es sustituido por signos de vida civilizada—los toros, el juego, el casino, las procesiones, etc.—y la alta problemática—destino de España—se convierte en embate rabioso contra una realidad política, mezquina y disolvente. Y cosa significativa: por primera vez aparece en la poesía de Machado la ironía en función despiadada y flageladora ⁴. ¿Qué otras causas, aparte las decisivas de su tragedia conyugal, abonan esta desacostumbrada actitud de Machado? Tal vez pudiéramos centrarlas en los siguientes puntos:

A) Su ética y estética se nutren de la mejor tradición castellana—El Romancero, Manrique, los místicos—. El barroco le repele, y hay una indudable conexión entre lo barroco y lo andaluz.

B) La crisis moral porque atraviesa entonces le lleva a buscar un cauce a su angustia. El paisaje no tiene voz para él: vuelve su vista al hombre español como ente político y su sentido histórico se exacerba de modo violento ⁵.

Digamos, como conclusión, que este proceso que se descubre en «Campos de Castilla» no lo hemos observado, con tan acusados caracteres, en ningún otro libro de Machado. Señala un momento clave en la existencia del poeta. Luego, en libros sucesivos, y a la par que el tiempo le va suavizando las llagas íntimas, su poesía vuelve a hallar el tono mesurado, profundo y esencial que hacen de él un caso único y señero en nuestra lírica.

JUAN PORCAR

⁴ Véanse, en este aspecto, los citados: «El pasado efímero», «El mañana efímero» y «Llanto de las virtudes y coplas por la muerte de Don Guido» y el II de «Los olivos».

⁵ Hasta llegar a este libro no habíamos encontrado en Machado la alusión política.

NO TE INVENTO

En el mar no te invento: te descubro en primicia,
renacida a diario, en cada instante nueva.
Humanísima, hermosa de yodo y de salitre,
sobre arenas y conchas, bajo el milagro vivo
del aire azul, del agua azul, del cielo azul.

No te invento. Te miro de verdad, resurgida
de verdad—permanente: sin ayer ni mañana—,
en presencia tan fértil que es como una caricia:
fragancia de la luz, creación de las ondas,
rindiendo voluntades de horizontes antiguos.

Sí, no te invento: estás. Firme columna humana
que el mar sólo anticipa con perdurable cántico.
Las olas me repiten tu nombre, tu escultura,
tu amor para mis éxtasis, tu increíble belleza.
¡Oh, Venus: viva espuma sin edad de mis ojos!

FERNANDO ALLUÉ Y MORER

¹ Aquí, sí, hay vida, fuerza, estado de gracia poético.

² Poema CXXV de «Campos de Castilla».

³ Tal nos lo parece el ofrecer como rasgo distintivo en la vida de un personaje el que éste haya visto efectuar a un famoso torero (¿Cara Ancha?) una suerte de tauromaquia.

*Quiero tenerte aquí dentro del pecho
beberme tus nostalgias y tus penas
y darte con mi pan mi mismo techo
sentados a la lumbre de mis venas.*

*Un rebaño de abejas ha vertido
su melena de miel sobre mis huesos.
El corazón me tiembla como un nido
y los claveles presos
me vuelan en la voz y han convertido
en lágrimas de pájaros mis besos.*

*De par en par abierta mi ventana
mi choza, mi candil y mi aceituna
para ti, para el sol y nuestra hermana
la triste y sola luna
y Platero que llora en el Guadiana
margaritas con sueño de laguna.*

*Miro la tarde que se va cayendo
como un agua de tórtola encendida.
El cuervo de la noche está latiendo
sobre Zenobia herida
y tus alas en flor vienen lloviendo
mariposas de sangre entretenida.*

*Qué dolor de cuchillo vuela y pasa.
Qué silencio de muerte te corteja.
Qué amargura de víbora en tu casa
sin luz y sin abeja
donde el frío gusano ya traspasa
la rosa dolorida de tu queja.*

*Y quieres detener tanto paisaje
tanta llaga de polvo amarillento
con la luna bordada en tu ropaje
llorando como el viento
tu espíritu delgado en el ramaje
para apoyar tus alas y tu aliento.*

*Y el dinero te ofende, padre mío,
y se enredan tus manos en la nada
mientras bebes un cáliz de vacío.
Tu boca lastimada
se acuesta como un pétalo de frío
y de amor se te muere enlagrimada.*

*Levántate del surco ensangrentado
porque tienes la luz entre los ojos
y la tienes también en el costado
como claveles rojos
como el mar de Moguer crucificado
que rompe tus cadenas y cerrojos.*

*Y tú te irás y seguirán cantando
los pájaros eternos de tu nido.
Tu árbol y tu pozo sollozando
te arroparán dormido
y el cielo azul te seguirá besando
con la boca de Dios amanecido.*

Luis ALVAREZ LENCERO

Badajoz y Diciembre 1958.

De sí mismo dice Antonio Machado en su poema «Retrato»: soy, en el buen sentido de la palabra, bueno, y hemos de creerlo porque son garantía de su sinceridad estas otras palabras cuya certeza admitimos: un poeta—aunque desbarre—mientras produce sus rimas está siempre de acuerdo consigo mismo, afirmación que nuestro autor estampó en el Prólogo a sus «Páginas escogidas», editadas por Saturnino Calleja en 1917. Una pincelada más para su retrato psíquico es la siguiente frase con que el propio Machado termina la «Nota biográfica» de sus «Páginas escogidas»: Mis aficiones son pasear y leer, lo que está de acuerdo con otro verso de su poema «Retrato» donde confiesa: converso con el hombre que siempre va conmigo.

Tenemos ya en nuestra mano dos rasgos esenciales de su carácter: bondad y soledad. Es un hombre que no necesita más compañía que la suya propia, pues le basta esto para mantener consigo el diálogo; una charla introspectiva. Cuando llegue el momento, traducirá esta necesidad de sugerir el silencio de sus paliques reflexivos y creará su alter ego «Juan de Mairena» cuyos dichos, sentencias y anecdótico, quedarán perpetuados en magistrales páginas de amena filosofía. Con los estilizados rasgos de «bondad» y «soledad», se nos hace más inteligible el poemita de Rubén Darío que bajo el título de Antonio Machado intenta definirle con estas palabras:

*«Misterioso y silencioso
iba una vez y otra vez...
.....
Cantaba en versos profundos
cuyo secreto era de él».*

Pero hemos de considerar con muchísimo tiento eso del misterio de la poesía de Machado, pues su misterio no está en la expresión—que es clara—sino en la hondura cordial de la emoción que transmiten, o en el calado de sus pensamientos, dos cualidades que avaloran la belleza de sus versos, por cuya virtud éstos son profundos y al mismo tiempo diáfanos, con claridad que permite ver y admirar todos los primores que en su fondo lucen. Si bien a nuestros ojos profanos esta poesía, pese a su transparencia, guarda el secreto inefable de su creación—cuyo privilegio pertenece únicamente a su autor—percibimos, como si emanara de una flor oculta, el efluvio de ese misterio, vibrando en un estremecimiento, en un escalofrío íntimo.

Nada más sencillo y natural que el lenguaje literario de Antonio Machado en sus poemas tan transidos de hogareño.

recuerdo y que, sin embargo, no caen en trivial familiaridad jamás. Dentro de su tono de ecuaníme decoro, tanto consigue apagarse hasta el susurro confidencial como flamear maldiciones dramáticas: va desde la glosa tenue de los romances infantiles hasta la sombría tragedia de Alvargonzález, sin perder nunca su equilibrio armónico.

Bien es verdad que nuestro poeta sólo pulsa el teclado de sus recuerdos para despertar la música de sus ensueños; él mismo lo dijo:

*De toda la memoria sólo vale
el don preclaro de evocar los sueños*

y ahí está, acaso, el misterio de su poesía, (cuyo secreto era de él) destilada en palabras que esconden la música de sus sueños. Y este linaje de poesía de tan natural y clara apariencia, todo el mundo cree entenderla y de hecho todos se recrean en ella, pero el goce total de su belleza al fruir con el recóndito encanto de su armonía no es de fácil acceso, no todos alcanzan a descubrirla. Nada menos que un tan portentoso espíritu crítico como el de D. Marcelino Menéndez Pelayo, confesó en cierta ocasión (refiriéndose a su visión de Heine): «Educado yo en la contemplación de la poesía como escultura, he tardado en comprender la poesía como música».

Tal vez por esta razón repelían a don Marcelino las conchas encubridoras de las maravillas que la crítica moderna descubre, como perlas, en la obra culterana de Góngora y pasaron inadvertidas para él, que las desdeñó, diciendo: «Nunca se han visto juntos en una sola obra tanto absurdo y tanta insignificancia». Y esto no era despreciar al poeta, puesto que para Menéndez Pelayo era «Góngora grande e inimitable aun en sus extravíos» porque «el gran poeta de Córdoba había hecho plegarse la lengua cual esclava dócil a su voluntad inquieta y antojadiza».

En realidad el gran polígrafo lo que fustigó fue, no tanto al Pontífice culterano como a sus secuaces, en lo cual no anduvo solo, pues crítico de tan amplio criterio estético, como es Ortega, escribió que «en el gongorismo el arte se manifiesta sinceramente como lo que es: pura broma, fábula convenida». Y nuestro Machado puso en boca de Juan de Mairena: «Aunque el gongorismo sea una estupidez Góngora era un poeta: porque hay en su obra, en toda su obra, ráfagas de verdadera poesía».

Esta invectiva de Machado contra el vicioso gongorismo es fiel resonancia, al

cabo de los años, de su credo estético, expuesto en 1917 por el propio poeta en su ya citado Prólogo a las *Páginas escogidas*, donde dice: «Como valor absoluto bien poco tendrá mi obra, si alguno tiene; pero creo—y en esto estriba su valor relativo—haber contribuido con ella, y al par de otros poetas de mi promoción, a la poda de ramas superfluas en el árbol de la lírica española».

Es verdad: entonces, gracias al benéfico ejemplo suyo, se extirparon como inútiles serpollos muchos viciosos postizos de nuestra poesía, y, como suele ocurrir, una vez iniciada la moda, hubo poetas que exageraron la manía de podar hasta conseguir la mutilación de sus poemas, lisiándolos y arruinándolos en la invalidez. Y alguien, so capa de ir en busca de la poesía pura, no sólo privó a sus versos de toda gala lícita, sino que llegó a despojarlos de la estricta vestidura necesaria, dejándolos no ya desnudos, sino esqueléticos. (Lo triste es que ahora, por reacción fatal, si no hemos vuelto a las andadas, precisamente, es porque hemos caído en otro absurdo delirio, en el del llamado arte abstracto, cúmulo de pseudo-tropos revueltos en la vorágine de ese caos de inconexas palabras, en cuya oscuridad los sedicentes poetas esconden lo vacío de su cacumen, como el calamar oculta su miedo esparciendo en el agua el nubarrón negro de su tinta).

¡Qué lejos toda esta pobretería lírico-estética—no, lírica no; al revés: anti-lírica—de aquella noble confesión de un Menéndez Pelayo al distinguir su antiguo concepto de la poesía como escultura de su flamante adquisición de la poesía como música! No cayó en la cuenta don Marcelino de que ambas percepciones estéticas se confunden en una sola que es integral de los cánones de esos dos distintos lenguajes de la única belleza, cuando la poesía merece su nombre porque sabe arrullar el oído mientras deleita nuestros ojos.

Ya dijo Schiller en su *Educación estética*: «La Poesía realizada en su profunda esencia, nos ha de hechizar como la música, y al mismo tiempo inundarnos de resplandor sereno como la escultura cuando alcanza una armonía perfecta».

¿En donde reside, al fin, el misterio de la poesía de Machado? ¿Qué clase de poeta-escultor o de poeta músico, fue? El dolor y el ensueño lo hicieron escultor de su alma, como aquel que Ganimet evocó en su misterio dramático. Pero como en la poesía de Machado se cumple la total exigencia estética de Schiller, podemos afirmar que nuestro poeta cantaba mientras esculpía su alma a golpe de pluma sobre sus versos, hondos y claros.

CARLOS GES

DOS LAPIDAS

El día 14 de Octubre, con sencilla ceremonia, se descubrió en la esquina de la calle de Ausias March de nuestra Ciudad una lápida de mármol gris, que dice:

«El Instituto de Estudios Castillo de Peñíscola, a Ausias March en el V Centenario de su muerte: 1459-1959». Hizo la ofrenda y dedicación de esta lápida conmemorativa el Presidente de la Sociedad Castellonense de Cultura, en su calidad de vocal de aquel Instituto de Estudios Castillo de Peñíscola. En sus palabras recordó los diversos homenajes que en forma de ediciones ausiasmarquianas ha rendido nuestra Sociedad al autor de los *Cants de Amor e de Mort* y *Cantic Spiritual*, de quien escribió Menéndez Pelayo en su discurso de ingreso en la Real Academia Española:

«Ausias tenía grandes condiciones de poeta místico; pero se quedó en el camino distraído por el amor humano, y en los *Cantos de Muerte* y *Canto Espiritual* apenas pasó de ascético y moralista.

Si existe un poeta verdaderamente psicológico, es decir, que no haya visto en el mundo más que las soledades de su alma, Ausias lo es, y en el análisis de sus afectos pone fuerza y lucidez maravillosas. Llega a olvidarse uno del amor y de la dama, y a ver sólo el corazón del poeta, materia del experimento. Ausias no se cuida del mundo exterior...; pero el mundo del espíritu le pertenece, etc.».

* * *

Esta misma o parecida definición psíquica, si bien algo disminuida de magnitud y de alcance, pudiéramos admitir para la poesía de Bernardo Artola, cuya mimesis ausiasmarquiana es evidente y reconocida, sobre todo en la primera fase de su obra.

Poco después de cumplirse el 8 de Mayo de este año 1959 el primer aniversario de la muerte de Artola, publicó «Pascual de Aurancia» en *Mediterráneo* del 28 de Junio un artículo titulado *La rama ingrata* en el que recordaba la deuda del Ayuntamiento con nuestro poeta vernáculo, cuya sepultura carecía de lápida. La Sociedad Castellonense de Cultura apoyó esta reparación en memoria del poeta y propuso para dicha lauda una epigrafía encabezada con el lema de su ex-libris, como epitafio. La Corporación municipal, en su sesión del Miércoles 29 de Julio del presente año, aceptó la idea, según *Mediterráneo* lo publicó al día siguiente en su reseña del acto, en este párrafo: «Finalmente se acordó costear la lápida de la sepultura donde descansan los restos mortales del eximio poeta castellonense, D. Bernardo Artola y Tomás, con arreglo al texto de la inscripción que ha sido propuesta por la Sociedad Castellonense de Cultura».

La aludida inscripción dice, textualmente:

«*Damunt de la Mort, la Vida*» † Descanse en pau el Poeta Bernat Artola i Tomàs. A 20 Decembre 1904.—8 Maig 1958. La seua viuda, el seu fill, el seu germà, i el seu poble de Castelló, el ploreu.—*In memoriam*».

* * *

En ambos casos cumpliése el dantesco: *Onorate l'altissimo poeta*.

CORDIALITAT

Hem d'esperar treballs molt interessants en revisar l'obra poètica de Bernat Artola i Tomàs. Un dels excel·lents aspectes que hi trobarem és la gran part que el cor pren en la concepció i versió de la seua poesia.

Bernat és evidentment el poeta del seu propi terreny, del nostre poble, el poeta casolà, car ningú com ell no ha sabut copsar la nostra manera d'ésser.

Els seus expressius versos han estat sempre traducció real dels tipus i figures representatives que cada dia veiem a Castelló amb les expressions característiques, i allò que és millor encara, amb les reaccions que llur caràcter i psicologia provoca davant les diferents situacions favorables o adverses, còmiques o tràgiques de la vida. Els poemes de la terra en Bernat tenen sempre l'íntim regust del pa de les nostres flegues i són com les fruites d'aquell amor adalerat a Castelló que son pare li empeltà, com ell mateix ens diu en la dedicatòria del seu llibret titolat «A l'ombra del campanar».

Però la veritat és que eixa característica fonamental, encara que valiosa, no és l'únic positiu i veritable mèrit de l'obra de l'autor dissortadament perdut per a la nostra llengua valenciana.

Les paraules li naixen a borbolls del cor. Al fons del pensament de Bernat Artola s'hi troba sovint quelcom més

íntim, més elevat i per això més estimable: els sentiments cordials. La bona fe, la confiança, la sinceritat fluïxen inesperadament de l'esperit del nostre poeta i venen a nodrir la part millor i més substanciosa de la seua obra.

Si poesia és l'expressió del món ardent que envolta al poeta, en Artola és un gran cor que batega i esdevé centre o contrapès del pensament.

Ell ens deia: «Mai no faces l'amor a la xica que no tinga bon ritme de cor, puix el cor és manyofla que es fica manegüeta d'amor i de plor».

En tot allò que escriu, instintivament la veu del cor esdevé ressò on tot comença, on tot s'atura: «Ta vida breu, al cor de la donzella encèn la llum inextingible». «Mon cor és quiet en un oblit d'enyor». «Quan ve Primavera foguera de flor a encendre la quera dormida del cor». «Anar per l'horta i odorar la flaire de la Natura en un esclat de flor, i traure el cor a que li pegue el aire per a matar la corca del amor». «Jo visc sempre dubtant la contradansa, del seny i el cor que mai no ballen bé». «Vull odorar la flaire de la rosa per tindre al cor sa imatge de perfum».

Ací es reflecteix tot el seu estil de vida, també cordial i bondadosa.

E. CODINA

Siempre hubiese podido pensar que el primer artículo que yo pudiese escribir en Castellón había de ser en elogio de su gran poeta Bernardo Artola, cuya obra admiro tanto como estimé a su autor.

Pero lo que jamás pude pensar es que mi trabajo no había de ser una glosa a su obra lírica admirada, sino una elegía por su inesperada desaparición. Parece que la vida se complace ensañadamente en estos contrastes llenos de crueldad.

No voy a descubrir a nadie en esta ciudad—y menos a los castellonenses de nuestra generación—el perfil humano de aquel hombre inquieto, hasta consigo mismo, que, amando a su tierra nativa—que tan hondamente sintió—dejara un día, tal vez para poderla añorar, desde lejos, tan idealizada por la lejanía como él la había soñado en la exaltación de su cariño.

No he de trazar, pues, ahora la glosa de su obra—que bien me complacería llevar a cabo en otros momentos de más serenidad—, más no renuncio la coyuntura que se me ofrece para reseñar algunos de aquellos momentos en que convivimos, espaciados por la distancia geográfica que nos mantuvo casi siempre separados.

Nuestra amistad, que se inició en Valencia, con motivo de su llegada a la ciudad para recibir su primera flor natural en los Juegos Florales del «Rat Penat», había de perdurar en nosotros, a través de los años, siempre franca y cordial, manifestándose en una leal compenetración que afianzaba una comunidad de gustos y pensamientos. En algún viaje mío a esta ciudad, en algún fortuito encuentro en Barcelona y, más persistentemente, en Madrid, siempre que coincidíamos, rubricábamos con un abrazo nuestro encuentro, que afirmaba nuestra amistad de más de treinta años.

Ya en el año pasado, en Madrid—donde ambos residíamos—se afirmó nuestra amistad con más frecuentes entrevistas prolongadas en gustosos paseos ciudadanos. En ellos, solía ser frecuente el tema de la ciudad nativa del poeta, por la que—puedo asegurarlo—tenía Bernardo un acendrado cariño filial, transformado por la lejanía en una viva ansia de retorno a su tierra que tanto amó siempre porque supo gozarla con aquella su exquisita delectación lírica trascendente, porque seguía siendo para el poeta

*Renaixement gloriós de la memòria
rama florida de nevat perfum!*

Pero la Adversidad había ya dictaminado. El poeta ya no pudo volver a su tierra prometida, donde esperaba regresar en el servicio de su profesión. Un día,

*Sublime sol, sublime pensamiento.
sublime resplandor, sublime guía,
sublime luz de la alta fantasía,
sublimado consuelo en mi tormento.*

*Sublime voz, que obedecer intento
en lo sublime de la noche fría,
arcángel, más sublime todavía,
si habla un arcángel con sublime acento.*

*Aurora más sublime que la aurora
que sublima la paz de mi albedrío,
ven, dulce bien, a sublimarme ahora,*

*y si un día sublime me desvío
venid a sublimarme en buena hora
sublime cruz, sublime llanto mío.*

JAIME BALET

AUSIAS MARCH

*Va viure en un contrast ben definit:
glavi crudel i pròvida metgia;
rosa d'abril i femta que podia;
la llum del jorn i l' hora de la nit.*

*Si ambulava pel món de l'esperit
escorcollant la dreturera via,
ben sovint es trobava o es perdia
al laberint del pler o del delit.*

*I si féu un trapig—moles i tasses—
per esprèmer el sucre i les melasses
que serva dins son cos la canyamel,*

*també sabé insuflar dins els seus ver-
[sos,
a voltes cantelluts i a voltes tersos,
la lívida amargor que té la fel.*

ALMELA I VIVES

el Boletín Oficial incluyó su nombre en la lista de los profesores adjuntos de Instituto que «no habían solicitado destino» en ningún centro de Enseñanza media. Era la última cruel ironía de la Adversidad. El poeta no podía vivir ya su verso poético

*Per ser un temps quan ma pensa ja siga
niu de records, sol plaer de vellessa...*

Inesperadamente, ascendió a la serena región de la eternidad, donde podía ya vivir aquel su magnífico verso ausias-marquiano

car dintre meu la tenebra es fa llum.

Más el destino ha querido que fuera yo quien ha tenido que venir a la ciudad del poeta fallecido, donde, antes de poder glosar su obra lírica admirada, cumplo con un deber de lealtad sincera, rezando ante su tumba mi emocionada elegía.

LUIS GUARNER

Recientemente hemos disfrutado en Castellón de un espiritual regalo: la poética conferencia de Gerardo Diego en torno al tema: *Violante y el Poeta*. Como en aquellos mismos días íbamos rumiando versos de Antonio Machado, con motivo de preparar algún comentario a su obra poética destinado a MIJARES, meditábamos también sobre los sutiles pensamientos de Gerardo en su conferencia: y nos obsesionaba su feliz idea de simbolizar en «Violante», mujer única, a todas las mujeres que nos piden sonetos, o que por la fuerza de su amor y hasta de su capricho vanidoso otras veces, nos sugestionan y logran que les rindamos no sólo unos versos, sino toda nuestra poesía y hasta la vida.

Y fuimos pensando, que así como la «Violante» de Lope tuvo muchos nombres, otros poetas se encadenaron a una «Violante» invariable, que si en el caso de Dante se llamó Beatriz y para el Petrarca fue Laura, en la vida de Antonio Machado se llamaba Leonor, que le amó y murió en Soria. A este propósito recordé los versos de Gerardo Diego, del poema titulado *Bécquer en Soria*:

*«Poetas andaluces
que soñasteis en Soria un sueño dilatado:
tú Bécquer, y tú, Antonio, buen Antonio Machado
que aquí al amor naciste y estrenaste las cruces
del dolor, de la muerte...*

*Desde el cántabro mar
también, como vosotros, subí a Soria a soñar.»*

El recuerdo afectuoso al poeta de *Galerías y Soledades* es antiguo en Gerardo, pues ya en su juvenil libro *Imágenes*, dedica el poema titulado «Angelus» a Antonio Machado. En sus estrofas hay engarzado un verso de extraordinario valor, tanto por su auténtica autonomía dentro del poema, como por su entidad psicológica en relación con el carácter y la vocación lírica de Machado. Dice el verso aludido:

«La vida es un único verso interminable»

Estas palabras, como un conjuro mágico de pura poesía, condensan toda la estética del poema entero, pues ya se sabe que en la doctrina de la pureza poética sus definidores atribuyen el monopolio o virtud de poder concebir, contener o realizar la *poesía pura*, sólo a tal categoría de versos, como el antecitado; o más exactamente dicho, a un *verso único*—de categoría privilegiada en el poema que tenga la suerte de poseerlo—cuya unicidad le faculta para existir poéticamente por sí, con independencia del resto del poema a que pertenece. ¿Y qué otra cosa fue la vida de Machado, sino algo que flotó sobre la muerte y continúa aún cantando a

los ojos de todos sus lectores sensitivos como un único verso interminable, o sea el verso que encierra la virtud de la «poesía pura»?

Antonio Machado poeta era—y aún es—en sus obras fiel a sus genuinas normas de entrañable intimidad: por eso en ellas se escucha siempre el acento auténtico del hombre. Se mantiene inaccesible a las solicitudes del mundo literario (simbolismo, futurismo, dadaísmo, ultraísmo, etc.) y hasta cierto punto se evade también de cualquier intromisión en todo linaje de conflictos ajenos. Por eso pudo escribir:

*«pero mi verso brota de manantial sereno...-
Adoro la hermosura, y en la moderna estética
corté las viejas rosas del huerto de Rousard,
más no amo los afeites de la actual cosmética
ni soy un ave de esas del nuevo gay-trinar.»*

No; no tiene las inquietudes estilísticas de un Gerardo Diego, cuya Musa se complace en una versatil curiosidad estética. En culto a ella ha sabido mariposear y libar en las flores caprichosas de todos los ismos, sacando de cada una la gota de miel precisa para que su poesía—dentro de una audaz variedad formal—conservase siempre el buen gusto característico de su personalidad, refractaria a toda agria estridencia y a todo enigma poético sin solución posible; la repelen la oscuridad del vacío, y el chirrido.

Ciertamente Gerardo escribió en sus *Versos humanos*: «Mientras haya un problema habrá poesía» (no olvidemos ahora a Bécquer para quien el problema era, siempre, la mujer) y aunque con tal declaración parece que G. D. reconoce la verdad del aserto de Ortega acerca de la misión jeroglífica del verso: Mallarmé, sin embargo hay que establecer en ese «problema» o «jeroglífico» una limitación: que detrás de su impavidez la incógnita guarde una solución, tenga algo que decir, y lo diga. Todo menos admitir lo huero con máscara de esfinge.

Por eso en Gerardo, nunca es de rotundo esoterismo su verso; el símbolo que encierra, como es bello, atrae un momento nuestra mirada y a poco que la reposemos en él, lo veremos transparentarse y descubrir su significado como en una aurora de revelación. Ni en el más abstruso de sus poemas, ni siquiera en el dócil homenaje rendido a Góngora en la *Fábula de Equis y Zeda*—tan original y deliciosamente metafórica—es la erudita Musa de Gerardo Diego huraña y hermética hasta nuestra total incompreensión.

Y claro es, que ante la poesía de Antonio Machado no había problema, o bien el problema solo estaba en averiguar cómo, con tal sencillez, conseguía tanta profundidad.

CARLOS G. ESPRESATI

BERNAT ARTOLA, FILL DE CASTELLÓ

La figura de Bernat Artola, tant en sa dimensió poètica com en l'absoluta totalitat de sa personalitat humana, va lligada de manera molt íntima al nom i l'essència de Castelló. A més de donar-li el bres, Castelló, presta al poeta estímuls certament considerables de gran part de sa producció. Per una banda, el camp, alçat a gran categoria estètica per Artola, amb matisos que bé mereixerien l'atenció d'un detallat estudi. Per altre costat, la vila, on a l'ombra del campanar s'ofereix un panorama humà amb el que sempre se troba en sintonia cordial el poeta.

L'inclusió de Bernat Artola, home de tracte exquisit, dins lo seu poble ve determinada, abans de tot, per aquell son concepte de l'amistat, ample, pròdig, generós, sens limitacions de cap mena. On trobava humanitat allí s'aturava i omplia de joia sa vibrant i conreuada sensibilitat. Es esta nota de l'amistat, creem, la que deu ésser el punt de partida per situar a Artola dins lo seu Castelló. La personalitat d'Artola tenia, per exemple, una càlida projecció entre la classe artesana, eixe estament social que constitueix un dels aspectes més propis i característics de la primera mitat de segle en l'ambient de la vila. El modest menestral artesà de qualsevol antic racó castellanenc podia veure en Artola un interlocutor sincerament interessat per les coses de l'ofici. Potser a açò contribuïren raons de relació familiar, de parentel·la, de veïnatge... però és ben cert que havia en Artola una curiositat oberta cap a aquesta tradició de l'obrador casolà, del taller de carreró, i un coneiximent poc freqüent de molts de tals oficis, a l'estil que podriem denominar renaixentista. Aquest artesanat i la llaurança componen el poble—paraula tan grata per a ell—de Castelló, concepte que s'ompli en Artola de sucós contingut espiritual i tradicional. No es simple casualitat el que, durant anys, la tertulia que quotidianament freqüentava tingueren son cau en un cafè de llauradors.

En les pàgines del BOLETÍN DE LA SOCIEDAD CASTELLONENSE DE CULTURA han estat senyalats aspectes de sa biografia que ens el mostren en el procés de sa formació universitària, especialment de son pas per la clàssica Salamanca. Ço, més que res fon Artola: un universitari, i en tot moment, des del racó provincià, la seua atenció va estar alerta a quant d'interés cultural ocorria per l'àmbit sancer de la nació. Ho demostrava en la conversació—adobada, digam-ho al pas, amb una vivacitat i agudesas de la millor rail vernàcula—i n'és prova sa pròpia biblioteca. Així, quan tresllada la residència a Madrid, aquest fet es converteix en un retorn al caliu universitari, i al conreu d'aquests afanys finalitzà entregant son darrer alé. D'aquesta final època d'Artola conservem els amics amb especial i entranable afecte gran nombre de lletres, en la major part de les quals parla el castellanenc absent d'il·lusionats projectes i activitats, mampreses, moltes d'elles, relacionades amb temes castellanencs, acaronades de llarg temps, com aquella monografia que pensava fer sobre l'església morellana i de la que fon un avanç l'article que publicà en la revista «Clavileño».

L'oberta comprensió d'Artola per als jóvens principiants de qualsevol rama de les Arts o de les Lletres; la seua incapacitat per negar-se a les demandes de col·laboració en tota llei de publicacions populars i festeres entre les que resta dispersa la seua «xispa» vernàcula; la seua participació en el renaixement de les festes madaleneres per a les que va compondre l'inspirat «Pregó»; sa vinculació a la Societat Castellonense de Cultura... són no més que alguns aspectes, entre altres molts possibles, de les lligasses d'Artola amb Castelló, lo seu poble natal, que sols fem que esmentar en aquesta evocació d'urgència. La seua obra, l'història dirà el lloc que deu ocupar. Lo seu record resta al poble que el va veure nèixer.

J. SÁNCHEZ ADELL

Escudado nombre clasicista para el más genial innovador del sonido organizado. Claudio Aquiles Debussy, deja caer su música como un objeto precioso en mi bolsillo. Un objeto precioso con el que, súbitamente, uno se encariña. Por eso meto inmediatamente la mano en este bolsillo afortunado, para tocar la brillante superficie de esa cosa y evitar al mismo tiempo que se pierda tal vez por el deshilachado agujero del forro. Yo desearía apretar fuertemente este delicioso objeto tan extraño, pero no puedo hacerlo sin riesgo de romperlo en mil pedazos. Porque esto, y otras cosas de la misma naturaleza que Claudio Debussy deja caer de vez en cuando, como al descuido, son de una delicadeza inmaterial, tienen algo de la conformación oriental; puntiagudas, etéreas, transparentes como pagodas de marfil. Y despiden una luz propia, peculiar, casi de piedra tallada según el previo cálculo. Cristal, sí, con sistemas de ejes de simetría inesperados, arborescentes, dicroicos.

Claudio Aquiles me llama y yo me apresuro a seguirle deslumbrado. Tiene porte helénico, cabello a lo César, pero viste un traje ochocientos con grandes cuadros de colores chillones. Va sacando a puñados de sus bolsillos, docenas de estos objetos atrayentes, un poco anacrónicos, no vistos hasta ahora en este mundo. No se sabe de dónde se provee pero el caso es que a su paso va lanzando a manos llenas estos incomedibles caramelos que además de brillar tienen perfume y despiden sonidos de añfiles, según Gerardo Diego. Yo opino, sin embargo, que sus acordes son precipitadas maravillas de una alquimia celeste.

Sí; yo sigo a Claudio Aquiles, admirado, cuando me llama sin saber para qué, y compruebo que es eso, un mago fastuoso. Ya no estoy tan seguro de que estos objetos le salgan del bolsillo. Más bien me inclino a creer ahora que le salen de las mangas, de entre los dedos, de la oreja, del cabello... Con una elegante facilidad de prestidigitador, va sacando a la luz estas cosas fascinantes que luego deja caer con negligencia, las cuales, apenas han abandonado sus manos, evolucionan a formas propias y diversas, a jardines mojados por la lluvia, a reflejos, a campanas cuyos sonidos atraviesan el bosque, a peces de oro, a islas, a nieve, a luna derretida.

Claudio Aquiles me invita con un gesto a que le siga. Yo le hubiese seguido no obstante, aún sin su graciosa invitación,

porque estoy verdaderamente interesado en recoger algunas de estas cosas descuidadamente abandonadas. Las miro, les doy vueltas y más vueltas entre mis dedos, las acaricio con la mano ya una flor de sangre, pero no sé lo que son. Sin embargo las guardo aunque no me pertenecen. (Luego, cuando las busque, comprobaré, desolado, que ya no las tengo; Claudio Aquiles se las habrá apropiado nuevamente por medio de sus trucos).

Yo le sigo hacia un bosque de cipreses, de pinos, de olivos y de higueras, un bosque mediterráneo probablemente orillado por una playa dorada. Claudio Aquiles se aleja demasiado, pero puedo comprobar con sorpresa que su barba se acentúa, sus orejas se acentúan, sus piernas tienen pelo y bailan con languidez al son de una flauta que acaba de proporcionarse misteriosamente. Le veo apenas entre los arbustos, semiescondido entre los troncos. Me parece estar sólo en todo el mundo, pero no; vislumbro unas blancas formas femeninas que ríen contentidamente su presencia. Y yo río también, asombrado. Claudio Aquiles es mitad hombre mitad chivo. Sus ojos encendidos de sensualidad, su boca cristalizada de sensualidad, sus dedos inquietos de sensualidad, sus piernas temblorosas de sensualidad. Y hay una brisa cálida que lo llena todo, y un sol abrasador y un aroma sofocante a naturaleza que padece hipertensión.

Yo, después de haber visto esto, quiero volver a mi casa, apartarme cuanto antes de este sueño que quizá no lo es, quiero evadirme. Y para ello voy buscando en mis bolsillos los misteriosos objetos recogidos, y no los encuentro. Quiero tirarlos lejos, deshacerme de ellos porque intuyo que son la causa de este maleficio en el que estoy a punto de caer. Y no encuentro la senda... Mis bolsillos están vacíos.

De pronto un gran viento barre la llanura. Estoy solo. Ya, nada. Llanura, llanura; desierto. Me miro las manos. Hay un silencio tan espeso que se puede palpar. Levanto la mirada hacia el horizonte. Al final de la interminable llanura, Claudio Aquiles está lanzando al cielo puñados y puñados de sus lindos objetos. Al instante compruebo dolorosamente que me siento atraído de nuevo por sus formas. Ya olvidé por completo lo ocurrido y empiezo otra vez mi aventura tras ese hombre que se llama Claudio Aquiles, escudado nombre clasicista para el más genial innovador del sonido organizado.

Almería, Febrero 1959.

EMILIO CARRIÓN

NO ARRIBARA MAI L'ALBA NI LA LLUM

No arribarà mai l'alba, ni la llum
a aquell món de boniques paraules
estèrils, roses
que no es poden tocar i figures de porcel·lana,
homes que sempre ploren els dies passats, ideals arnats
i rellotges que es pararen
fa vint-i-dos anys.
Aquest camins foren. Ja no.
Desfilaren,
pesadament,
un darrera l'altre cap al racó de les ombres perennes.
El despertador toca
frenèticament

una altra hora. Es agradable
de ser al llit, però el treball ens crida.
L'aurora s'acosta entonant
noves cançons de primavera, de joventut, d'amor,
de treball. Fan renèixer
els arbres secs i les esperances lasses.
La gent es desperta i s'uneix
al seu pas. Porten martells,
una aixada, els llibres, claus angleses,
la fiambra, la vida i el calendari de l'any vinent.
I la boira es fon al seu cant, al seu pas
i, a poc a poc, el nou dia pren forma.

J. MOLAS I BATLLORI

INCERTIDUMBRE DE AMOR

Esquina de mi barro;
prontitud de tristeza.

Sólo el ángel conmigo
dictándome veranos;
aprontándome el agua
en la vasija de oro de mis sueños;
y la constante angustia
de que el cristal se rompa
porque una voz no se alza

a decir lo que espera
la tierra de mi alma, hermana de la lluvia.

La sonrisa, en la piedra, en el silencio,
en el cielo sereno, en los ojos que ví sin que me vieran,
en el llanto del niño...;
donde nosotros lo ponemos todo
para que brille el sueño
en la noche, fugaz.

RAPHAEL PALMA

Triste era confesar que el trayecto desde Madrid lo había realizado como un vulgar ciudadano, sin que los demás viajeros se percataran de su aureolada presencia. Nada de miradas tenaces, forjadas por la curiosa admiración, con el irrefrenable deseo de hacer la pregunta de rigor: «Dispense: ¿Usted es el gran escritor Enrique de Pinedo?», mientras él, con estudiado cansancio y modestia, contestaría afirmativamente. No, no hubo nada de eso. Sin embargo, para descargo de su fama literaria, constaremos que el viaje fué de noche y bastante tenían los de su departamento con procurar dormir el mayor tiempo posible.

Pero acababa de llegar al término de su recorrido, a cierta capital de provincia, para «documentar» uno de sus próximos libros... Y en el andén, únicamente le dieron la bienvenida el director de un periódico local, «Heraldo», del amigo Pepe, y el distribuidor de sus obras en aquella región. Apretones de manos, balbuceantes excusas por el desconsolador recibimiento...

Segunda desilusión.

En el cuarto del hotel, antes de bajar a comer con sus dos acompañantes, a solas, sin testigos, la castigada vanidad de Pinedo podía justificar en voz alta: sería cierto lo que le dijeron, el motivo de tal pobre acogida... falta de tiempo para comunicar su grata venida y, por consiguiente, hacer unos preparativos dignos de su legítima valía. Pensar otra cosa constituiría un disparate.

Después, en la sobremesa, el estado de ánimo de Pinedo mejoró sensiblemente. Hasta el ligero fruncimiento de ceño desapareció entre los elogios abrumadores de los comensales.

¿A qué dudar? ¿Acaso sus producciones no eran ensalzadas por cuantos las leían? ¿No podía ya considerarse una figura relevante en las letras españolas? ¡Cuántas veces escuchaban sus oídos la acariciadora palabra de «maestro»! En cuanto a ocupar un sillón en la Academia, si él quisiera... Eso que era enemigo de los «clásicos», porque «olfan a muerto». Claro que tampoco han influido en su preparación literaria los llamados escritores modernos. Actualmente, ninguno valía nada... Incluso los compañeros de la peña madrileña recogían fervorosamente sus genialidades, esparciéndolas después por los demás círculos literarios. Claro, que siempre hay algún envidioso... Y no sólo reconocían su justo mérito en la ciudad del oso y el madroño, donde había sido galardonado tres veces, pese a sus repetidas manifestaciones de que no creía en los concursos, sino que también su gloria repararía por igual en el resto de España. La correspondencia diaria bien lo ratificaba. Además, su prestigio había traspasado las fronteras, aun sin necesidad de clasificarse en ningún «ismo».

En Hispanoamérica le publicaban profundos trabajos, y hacía una semana, concretamente en Francia, un editor parisiense solicitó la traducción de su último libro, «La angustia en la poesía social del sistema decimal». En fin, ¿para qué preocuparse? ¡Su encarecida pluma no iba a empañarse por tan poca cosa! Existía, triste era reconocerlo, una población burdamente provinciana, donde la gente iletrada y desagradecida abundaba tanto que la ciudad constituía un verdadero desprestigio nacional, y era del género tonto tomarse a pecho culpas ajenas. ¿Para qué, pues, estaban las autoridades?

Luego, con su amigo Pepe, se dirigió al café, punto de reunión de la intelectualidad local.

¡Ah!... ¿Enrique de Pinedo?... ¡Tanto gusto!... Conocían su firma...

Encendió el segundo habano y se sonrió modestamente. Expresó su complacencia hablando pausadamente, con gestos paternales...

—Yo... Sólo estaré unos días aquí... He venido a documentarme, ¿saben?... Mi futura novela... Yo... Desde mi humilde puesto me ofrezco... aunque de momento... Yo... Ahora voy a leerles el primer capítulo de mi nuevo libro en preparación... Casualmente traigo las cuartillas aquí, en el bolsillo... No es molestia... Encantado... Yo...

Pero su antigua irritabilidad se acentuó. Se notaba claramente que le escuchaban con marcado despego, con notoria desconsideración. Una salva de aplausos acompañó el final de la lectura. No obstante, la recibió como si fuera una ducha helada en su corazón... Y lo malo es que todos, también casualmente, traían algo estupendo y originalísimo... Mas, Pinedo, poniendo cara de circunstancias, les recordó la enorme tarea que debía empezar... Necesitaba ir pronto a la cama.

A la mañana siguiente leyó el «Heraldo». Se había portado el muchacho. Aparte de dos magníficas fotografías, la entrevista del amigo Pepe resaltaba en un majestuoso recuadro. ¡Ahora se enterarían los gacépiros de la tertulia de anoche de quién era él! ¡Pensar que hasta le dio la lamentable impresión de que nunca habían leído sus obras! Sí, ahora verían esos literatotes, anónimos y cursis, y excesivamente democratas en el trato, con qué genialidad contestó a las difíciles preguntas del «entrevistador».

Sin embargo, Pinedo pensó que lo más acertado en todos los aspectos era marcharse cuanto antes. Ni la capital provinciana simpatizaba con él, ni él simpatizaba con la capital provinciana. Eran incompatibles, algo así como marido y mujer. Además, indudablemente, las chispas de inspiración y de amor al Arte se extinguirían en seguida en aque-

BUZIO

*Na musica sem notas
de cada onda inquieta
rola uma voz secreta.
Nos olhos das gaivotas
dansa o mar violeta.*

*As estrelas absortas
dao á noite vazia
a luz póstuma e fría
de mil pupilas mortas
nalgum remoto dia.*

*Mas agora que a ave
da noite agita algumas
das suas longas plumas,
um violeta suave
vestiu ondas e espumas.*

*E a noite envelhecendo
sobre o mar abismado
trará o vento ousado
como um dêdo correndo
num piano despertado ..*

JORGE RAMOS

No es groto acompañar con su traducción al castellano, el poema impresionista que nos remite un poeta portugués moderno: JORGE RAMOS.

En la música sin notas
que rueda en cada onda inquieta
susurra una voz secreta.
En ojos de las gaviotas
danza la mar violeta.

Las estrellas quietas, yertas,
dan a la noche vacía
esa luz póstuma y fría
de las mil pupilas muertas
en algún lejano día.

Cuando la nocturna ave
agita sus largas plumas
como abanico de brumas,
un violeta suave
viste las ondas y espumas.

Y la noche, envejeciendo
sobre el mar aletargado
traerá el viento alborotado,
cual mano que va corriendo
sobre un piano, en el teclado.

lla rancia atmósfera... Referente a despedirse de sus dos amigos, se excusaría después por carta... Les escribiría a mano; sería un valioso honor para ellos.

Ya se halla en la estación, ya llega el tren... ¡Y asombroso! El maletero, un atlético joven, se niega a cobrarle el importe del servicio.

—¡Oh! ¡De ningún modo!.. ¡Usted honra mi trabajo!

Pinedo, luciendo, por fin, una sonrisa de satisfacción, sube al estribo, mientras el mozo le sigue con los ojos exclamando sin poder contenerse:

¡Adiós, maestro! ¡Que ganen el Campeonato de Liga!...

José SALABERRIA

Entre la floración de obras poéticas que llegan a las márgenes de nuestro «MIJARES» a las cuales dedicamos un cordial comentario en la sección de NOTAS BIBLIOGRAFICAS descuellan, alguna que otra vez, peregrinos florilegios de poesía dignos de que se les rinda especial homenaje. En esta ocasión recibimos, para nuestro aplauso, dos libros ejemplares: «La rama ingrata», de Laffón, y el de Celaya titulado «Cantata en Aleixandre». De cada uno de ellos ofrecemos a nuestros lectores, para deleite suyo, la página escogida de un poema, como corolario de la impresión crítica que de los mismos publica aquí Juan Porcar, como sigue:

LA RAMA INGRATA, antología poética de Rafael Laffón. Colección «Agora», Madrid, 1959.

Esta antología del poeta sevillano Rafael Laffón, nos permite comprobar, una vez más, aquello tan manoseado de que «el poeta nace, no se hace». Ya en los poemas que abren el libro—pertenecientes a «Signo +» 1927—se advierte de modo inequívoco el aliento de un poeta que enriquece el caudal lírico existente con sus hallazgos personales. Luego, a través del libro, vamos siguiendo en limpia trayectoria la evolución del poeta, pero siempre permanecen inmutables los signos distintivos de su personalidad: de un lado, su aguda agilidad mental (dinámica del poema) felizmente conjugada a la esplendorosa y andalucísima riqueza verbal (dominio del léxico en función metafórica), y de otro, un riguroso sentido crítico en la depuración de los elementos empleados. De todo ello resulta una línea poética constante, meditada, sutil y de amplísimos registros que no desdeña el toque barroco o conceptista ni el giro popular elevado a rango lírico. En suma: ¿poesía elaborada? Ciertamente. Pero con el mérito supremo—gracia ingénita de poeta—de una perfecta correlación de valores, sin que en ningún caso fluyan por los entresijos del poema los trasadores del esfuerzo creador. Todo fresco, luminoso y acabado, como ejemplo de maestría y raíz vocacional. Lo demás, estilo, actitudes o posiciones estéticas son, (como el propio Laffón dice en la «Declaración poética» que precede a sus versos) hijos, al fin y al cabo, de un doctrinarismo, de unos tiempos, de unas circunstancias, de un temperamento personal, en fin: de una limitación. Y, añadimos nosotros, nos dan cumplida y deslumbrante perspectiva de una obra poética de primer orden, siempre en marcha ascendente y renovadora.

El libro ha sido editado con la pulcritud habitual en «Agora». Francisco López Estrada, catedrático de la Universidad sevillana, ha realizado con buen criterio la selección de los poemas y escrito un interesante prólogo en el que se resumen la vida y obra del poeta.

Memoria de Antonio Machado

Tan noble y grande y triste
tu corazón como un gigante bueno.
Como un gigante bueno, se expatriaba
gimiendo entre las piedras,
llorando con los niños.

Anfora seca
entre las ruinas. Qué ansiedad de labios.
Para tí no lucieron los hermosos
días cantados como misas.

A refrescar tu voz, cómo llegaba
el agua haciendo anillos claros.
(Tu voz salobre por los setos verdes.)
Y tú asido a las puertas
con gozne entrecortado de sollozos
y ángeles ciegos de naranja amarga
sobre el albero de Sevilla,
como a brazo partido
luchando por quedar y sin quedarte.
(Como a brazo partido, entera el ala.)

Exprimido a tu peso,
de tí no para tí nos quedó el fruto
pesado de tu sangre, allá rodando...
Si cohabitó contigo aquella estrella,
más cerca se nos hizo y más turgente,
hecha ya a recostarse en el hombro.

Como un gigante bueno,
tu corazón como un gigante bueno.
Pero al partir arrebató las puertas
de la ciudad y nos dejó baldíos.

CANTATA EN ALEIXANDRE, por Gabriel Celaya. Las Ediciones de los Papeles de Son Armadans. Colección «Juan Ruiz», IV, Madrid-Palma de Mallorca, 1959.

En la obra de Gabriel Celaya, nutrida con valiosos títulos, faltaba quizá el libro que nos diera, no ya su personalidad rica, medular y desconcertante, sino un despliegue más vasto y categórico de sus peculiares estructuras. Veíamos al poeta un tanto diluido a fuerza de prodigarse en esas «obras menores» donde la mecánica inevitable de lo verbal nos lo dibujaba un poco a lo *enfant terrible*, quizá por esa misma limitación—pared enfrente—del espacio acotado y exiguo.

Con todo—hay que decirlo—él, Celaya, ha sabido siempre salvarse de lo trivial o deleznable por esa humana e intrépida desfachatez (léase: sin afeites o actitudes estudiadas) suya. Pero, en fin de cuentas, deseábamos verle más totalizado y también más extenso. «Cantata en Aleixandre» es, en tal aspecto, un hito señero en la obra de Celaya, tanto por lo ancho y profundo de su concepción como por lo ajustado y macizo de su realidad lírica. Apoyándose—como en el brazo de un amigo—en fragmentos escogidos de la obra de Vicente Aleixandre, cuyos versos en este libro se ponen en boca de «El Poeta», Celaya amplía, contesta y dialoga con aquél a través de «Las Madres Primeras» y «Los Otros» con lo que el libro adquiere una vibración excepcional, como de tragedia esquiliana, porque en esta «Cantata», lo que se canta (solistas y coros, voces y unísono) es la eterna y estremecedora coyuntura del hombre. Y esto se realiza por Celaya y en Celaya, es decir, con su modo personal dinámico, actualísimo y, sin embargo, tan de siempre. No es éste, pues, un buen libro más; es libro de los que cuentan y quedan como expresión y síntesis de una bien ganada madurez poética.

LOS OTROS

El hombre es siempre un hombre interrogante.

*Abierto en el asombro y en la duda,
si admira o si se espanta, lo suspenso
acaba convirtiéndolo en pregunta.*

*Mas antes de indagar, sonríe un poco.
El hombre no termina en lo que apunta.*

*Hay un margen posible para el fallo,
un cero si dispara en absoluto
y un claro de silencio donde el verbo
encuentra resonancias no previstas.*

*El hombre es siempre más: un mensajero
que va y viene, y no sabe decir claro
algo que le dictaron o mostraron*

*de una vez para todas y ha olvidado,
voces que, tartamudo, ya no acierta
mas aún trans-aparentan sus palabras.*

Tal es su condición contranatura.

Tal es su doble fondo: la conciencia.

Tales todos. Tal tú. Tal cual el otro,

por hombre, inacabado e incompleto;

por hijo de las Madres incinado

al Caos clamoroso y al reumbo

que todo lo resuelve aniquilando;

por hijo de su Padre, uno y distinto,

alzado en el vacío, edificando

con ladrillos, palabras—da lo mismo—

un espacio habitable, sin suspiros

al más allá vacío, sin amores

que no acaben resueltos en canciones

y bellezas domadas, sin espasmos.

EFEMÉRIDES GLORIOSAS PARA LA HISTORIA DE SEGORBE

Compilación de los discursos y trabajos científico-literarios del Primer Certamen celebrado con motivo de la entrega oficial de la S. J. Catedral de Segorbe ¹.

En 1949 tuvo lugar la entrega por el Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación de la S. I. Catedral segorbina después de haber sido restaurada por los servicios de Regiones Devastadas. El hecho tuvo resonancia y caracteres de acontecimiento en la vida de la ciudad y de la Diócesis, y con este motivo se celebró un Certamen literario cuyos discursos y trabajos premiados fueron después reunidos en el volumen que comentamos. Aparte de su condición de crónica de la efemérides, el libro reúne un manojo de interesantes trabajos históricos y literarios fundamentales algunos de ellos para la bibliografía histórica de Segorbe.

Después de un prólogo que firma el M. I. Canónigo Doctoral D. Pablo Barrachina, abren el libro los discursos pronunciados por el Excmo. Sr. D. Blas Pérez González y el Excmo. y Rvdmo. Prelado de la Diócesis. Los trabajos premiados y recopilados son, en conjunto, once, de ellos dos en verso: «Assumpta est...», de M. González Hoyos, y «Canto a la vega segorbina», de Raimundo Torres Blesa. Todos los restantes son de tema histórico. He aquí sus títulos y autores: «El Obispo de Segorbe Juan Bautista Pérez», de Felipe Mateu Llopi; «Señores y Duques de Segorbe», de Vicente Ferrán Salvador; «El pintor segorbino José Camarón Boronat», del mismo Ferrán Salvador; «Origen y vicisitudes del Templo Catedral de Segorbe a través de los tiempos», de José Carot y García; «Segorbe durante el Compromiso de Caspe», de Manuel Dualde Serrano; «El Obispo Aguilar y su actuación como Obispo de Segorbe», de Baltasar Rull Villar; «La Corona de Aragón y Segorbe durante la dinastía catalana», de Carmen Amor Sánchez Narbón; «Influencia religiosa en las costumbres agrícolas de Segorbe», de José Antonio Salvador Medina; «Fundación y vicisitudes del Seminario Conciliar de Segorbe», de Antonio Aragón Carcasés.

Varios de los trabajos reseñados aportan a los respectivos temas documentación archivística de primera mano; otros, recopilación de datos y noticias con enfoque y puntos de vista originales. Y todos reunidos vienen a constituir una aportación inapreciable para la comprensión de cuestiones básicas de la historia segorbina. La Catedral renacida no podía tener mejor crónica.—J.S.A.

¹ Castellón.—Imprenta de la Excmo. Diputación Provincial.—1951.

TRES CANCIONES AL POETA

I

*Si tienes un arpa nueva
no la pases por el mundo.
Se te llenará de lepra.*

*Ni la cuelgues
de ese íntimo rincón
donde el alma se hace estrella.*

*Traicionarás a los hombres
si la cuelgas.*

II

*La poesía
para romper el alma.*

*Para romperla,
no para matarla.*

*Si un alma entera se rompe
vacíaando sus entrañas
dará con su sangre al mundo
un poco de luz de alba.*

*No dejes nunca en tu libro
páginas blancas.*

III

*No llenes de cenizas
tus años.*

*Parte el limón del tiempo
y bebe su zumo agrio
que sabe a luz y lumbre
de relámpago.*

*Vive siempre
desvelado.*

MANUEL PACHECO

Badajoz, Julio 1959.

¡VENDRAS...!

*Escriben sobre el muro,
las rosas, su poema
de amores.*

*Sin sentido las contempla
el jardín en la tarde de oro. Un aire
de olores lo embelesa.*

*Mis ojos distraídos por los montes,
quisieran*

leer tras el ocaso

algo que nunca llega...

Crece la noche.

(Mi corazón espera).

*La luna bebe el llanto de las rosas
que expiran en la piedra.*

La aurora, estremecida,

no se atreve a decir nada a la tierra.

*Las rosas mustias han dejado escrito
sobre el húmedo muro su poema.*

*Sin sentido el jardín
ríe. (Mi corazón espera).*

A. CIURANA VIDAL

REVISTAS

DE LA SOCIEDAD CASTELLONENSE DE CULTURA

BOLETÍN.—Suscripción
anual 80 ptas.

MIJARES.—N.º suelto.. 5 »

MARGINALIA

Ha sido fallado el concurso de carteles para premiar el que ha de anunciar las fiestas de la Magdalena del próximo año 1960. El autor premiado es Navarro.

Parece que es intención del Excmo. Ayuntamiento de Castellón introducir algunas modificaciones en el desarrollo de la fiesta literaria que anualmente se celebra dentro de la semana de fiestas mayores. Dichas modificaciones no han sido hechas públicas, pero prometemos informar a nuestros lectores en cuanto lo sean.

La vida de las comarcas castellonenses cuenta con un vehículo de difusión, que se ha generalizado notablemente de unos años a esta parte. Nos referimos a las diversas publicaciones periódicas que ven la luz en nuestra provincia, con un carácter eminentemente local y contenido variado. Citemos brevemente—lo haremos en otra ocasión con más holgura—algunos títulos: «Vinaroz», «Benicarló», «Buris-Ana» (de Burriana), «Vallivana» (Morella), «Fulles del Rosé» (Chiva de Morella), «Boletín de Información Municipal» (Vall de Uixó), etc. Quedan aparte las que aparecen editadas en la capital de la provincia, órganos de distintas entidades y organismos, y de variada periodicidad.

Como publicación de los alumnos de nuestro Instituto de Enseñanza Media, apareció en el pasado curso la revista «Campanario», de cuidada presentación y vario contenido cultural e informativo de la vida del Centro. Es de señalar la atención que se presta en sus páginas a temas castellonenses.

Otro Centro docente de la provincia el Instituto Laboral de Segorbe, viene publicando una serie de «Estudios Segorbinos» del mayor interés para el conocimiento de la ciudad episcopal y su comarca.

Organizados por el Instituto Castillo de Peñíscola, tuvieron lugar en esta pintoresca ciudad marinera castellonense los segundos cursos de verano para extranjeros, cuya matrícula se vió incrementada notablemente respecto a la del año anterior. De las actividades de esta Institución cultural durante el curso de invierno damos noticia en otro lugar de este número.

Han tenido lugar en nuestra ciudad las reuniones preliminares para la constitución de una sección provincial de la proyectada Mutualidad de Artistas Plásticos.

Encuadradas en el Centro Provincial Coordinador de Bibliotecas existen en la provincia de Castellón nueve Bibliotecas Públicas Municipales en las localidades de Almazora, Benicarló, Burriana, Morella, Onda, Segorbe, Vall de Uixó, Villarreal y Viver.

En el mes de Abril se presentó en el local de Exposiciones de la Caja de Ahorros de nuestra ciudad, la pública exhibición de un monumental Sagrario tallado en alabastro con elementos de plata sobredorada y cincelada, bronce y esmaltes, que en celebración de sus bodas de oro sacerdotales regaló a la Iglesia de Sta. María su Reverendo Sr. Arcipreste Monseñor Joaquín Balaguer Martinavarro.

Alrededor de esta egregia obra de Arte se dispuso la estética colocación de diversos ornamentos y libros sagrados, de lujosas encuadernaciones. Completó la decoración de la sala la exposición de la serie de pinturas al óleo de Soler Blasco, representando las 14 estaciones del Via-Crucis destinadas al Ermitorio de la Santísima Virgen del Lidón.

* * *

En el mismo local y durante el mes de Mayo estuvo instalada la Exposición que la Casa Americana, de Valencia organizó con el título de «Atomos para la paz». Fué de gran eficacia cultural por el valor didáctico del conjunto de fotografías, planos, diagramas, y demás documentos demostrativos de la acción y aplicaciones de la energía nuclear.

INDICE DEL MOVIMIENTO CULTURAL DEL AÑO 1959

Como acontecimiento singular que se destaca en la normalidad de la vida cultural habitual de nuestra Ciudad, en sus varios centros de enseñanza, debe consignarse la creación de la Escuela de Bellas Artes y Artesanía, patrocinada por la Diputación Provincial y el Ayuntamiento bajo la Presidencia del Gobernador Civil. Otros acontecimientos culturales de índole e iniciativa diversa, han sido las conferencias, conciertos y exposiciones artísticas que a continuación se indican: (aparte de las disertaciones doctrinales en ciclos de estudios de Asociaciones religiosas o del Colegio médico durante el Congreso Nacional que en la pasada Primavera tuvo su sede en Castellón).

CONFERENCIAS

En el Instituto de Estudios Castillo de Peñíscola (Aula de la Diputación Provincial)

14 Enero—D. Enrique Beltrán Manrique. Tema: «Consideraciones sobre Ibero-América».

12 Marzo—D. Diego Sevilla Andrés. Tema: «Monarquía y revolución en el siglo XIX».

14 Abril—D. Federico Sopena. Tema: «Beethoven y la música más humana».

24 Abril—D. Enrique Sordo. Tema: «Antonio Machado: el hombre y el poeta».

16 Mayo—D. Francisco Sánchez-Castañer y Mena. Tema: «Apología de Ausias March».

26 Junio—D. José Corts Grau. Tema: «El Dr. Jivago y la pervivencia del espíritu».

13 Octubre—D. Gerardo Diego. Tema: «Violante y el Poeta».

7 Diciembre—D. Carlos G. Espresati. Tema: «Exequias de la Gaya Ciencia».

En el Circulo «Medina»

15 Enero—Misioneras de Cristo Jesús. Tema: «Dos mundos en un Imperio».

10 Febrero—D. Federico García San- chiz. Charla titulada: «Museo y Jardín».

21 Febrero—P. Juan Bta. Bertrán, S. J. Tema: «Entre realidad y sueño, por espiral de rosas».

7 Marzo—Revista hablada «Palabras»: Director José del Corral.

25 Marzo—D.^a Carmen M.^a de Roig (Abogado). «Personalidad y ambiente».

26 Octubre—D. Manuel Aldeanueva. Tema: «Juicio contra el Arte abstracto».

29 Noviembre—D. Camilo J. Cela. Tema: «Recuerdo de Pío Baroja».

En el Circulo Mercantil e Industrial

8 Enero—D. Manuel Gómez Larrañeta. «Agricultura y Pesca; su paralelismo».

13 Febrero y 7 Abril—D. José Ramos Vizcarro. Tema: «Productividad: (sus fases e influencia social)».

25 Junio—D. Fernando Herrero Teje- dor. Tema: «El hombre ante el delito».

EXPOSICIONES

Las Exposiciones artísticas fueron las manifestaciones culturales más prodiga- das en nuestra Ciudad durante el año actual, pues aparte de los alardes de pin-

tura o de escultura expuestos en las Sa- las que luego especificaremos, se debe consignar un fenómeno social verdade- ramente significativo e interesante, que demuestra la extensión e intensidad del entusiasmo popular que en Castellón se siente por las obras de arte. Dicho fenó- meno es la repetición de las exposicio- nes al aire libre, que convierten la pla- zuela de la fuente escultórica de Adsuara y los pórticos de la Casa Capitular durante las mañanas de los Domingos de Primavera y de Otoño, en un alegre recinto concurridísimo por gentes curio- sas de toda edad y de todas las clases sociales y decorado con los más varia- dos cuadros, cerámicas, etc., que exami- na el público, con vivo elogio.

En la Sala «Estilo»

Marzo—Luis Arcas.—Pintura al óleo.

Marzo—S. Blasco.—(Oleos, acuarelas).

Abril—Porcar.—(Oleos).

Mayo—Vicente Renau.—(Oleos).

Mayo—Armiño.—(Escultura).

Julio—Mingol.—(Oleos).

Julio—Luis Sanpedro.—(Oleos).

Noviembre—Gimeno Barón.—(Oleos).

Diciembre—Tolentino.—(Oleos).

En «Galerías Bernad»

Abril—Planas Gallés.—(Oleos). (Del Circulo Artístico de Barcelona).

Mayo—«Trece artistas de Castellón». Badía, Balaguer, Catalá, Catalán, Gime- no Barón, Porcar, Planchadell, Prades, Ripollés y Tasio, expusieron pintura al óleo, Vidal Serrulla, acuarelas, Wenley Palacios, cerámica y Armiño, escultura.

Junio—María C. Palacios. (Oleos).

Noviembre—Muñoz, Bellés, Solá. (Oleos).

Diciembre—Exposición de labores de artesanía por Gloria Torres.

«Sala de Arte—ARES»

Enero—Juan Ripollés.—(Oleos).

Febrero—M.^a S. Planchadell. (Oleos).

Abril-Mayo—Monjalés (de Movimiento artístico del Mediterráneo).—Pintura abs- tracta (varias técnicas).

Mayo-Junio—Ibáñez Neach.—(Acuarela, pastel, óleo).

Octubre—Hsiao Chin.—(Oleo).

Octubre—Isabel Villar.—(Oleo).

Noviembre—Vicente Castellano.—(Va- rias técnicas).

Noviembre—Pintores mediterráneos. (Oleos y dibujos).

En el local de la Caja de Ahorros

Marzo—Minoves, expone oleos.

Abril—Branchadell, Hernández y Ri- bera, exponen sus diversas pinturas.

Mayo—Ripollés.—(Oleos).

Diciembre—Soler Blasco, pinturas.

CONCIERTOS

En la Sociedad Filarmónica

30 Enero—Narciso Yepes, guitarrista.

4 Febrero—Trío Ebert, de Viena.—(Pia- no, violín y violoncello).

16 Marzo—Brauka Musulín.—Pianista.

29 Abril—Anna Stella.—Pianista.

16 Mayo—Tonhalle-Quartett, de Zu- rich.—Violines 1.^o, 2.^o, viola, violoncello.

1 Junio—Yury Boukoff.—Pianista.

4 Junio—Quatour Instrumental de Pa- rís.—(Violín, violoncello, flauta y piano).

30 Octubre—Henri Lewcowicz, (Violi- nista). Pedro Vallribera, (Pianista).

5 Noviembre—Nadia Gedda—Nova. Pianista.

En el Circulo «Medina»

31 Enero—Piano, por Eduardo L. Cha- varri Andújar.

13 Marzo—Canto, por el barífono Fer- nando Navarrete.

5 Abril—Piano, por Juan Quinjoan.

27 Abril—Piano, por Pilar Bayona.

23 Mayo—Piano, por Gerd Kaemper.

29 Mayo—Conferencia-Concierto de guitarra, por Rafael Balaguer.

8 Junio—Canto; Sofía Noël, soprano.

2 Octubre—Piano; Leopoldo Querol.

9 Octubre—Canto; F. Callao, soprano.

10 Octubre—Música de cámara, por Cuarteto «Beethoven», de Murcia.

9 Diciembre—Música polifónica, por la «Schola Cantorum», de Santa María.

21 Diciembre—Canto, por M.^a Teresa Barrachina, soprano.

Banda Municipal

dirigida por D. Juan Garcés

Además de sus actuaciones celebra- das en diversos pueblos de esta provin- cia, Tarragona y Valencia, ha dado en nuestra ciudad estos conciertos:

Tres, en el templo del Paseo de Ri- balta (31 Julio, 11 y 25 Octubre).

Cuatro, en la P. Mayor (6 y 14 Junio; 18 Julio y 29 Noviembre).

Uno, en la Ermita del Lidón, (2 Mayo).

Uno, en el Grao Castellón, (29 Junio).

Diez, en Teatro Principal, (18 Enero y 15 Febrero; 15 y 27 Marzo; 26 Abril; 17 y 30 Mayo; 1.^o Noviembre y 6 Diciem- bre. Tuvieron carácter extraordinario: el concierto del 30 Mayo para Banda y piano, siendo solista Yury Boukoff, y el de 1.^o Noviembre, para Banda y violín, solista Henry Lewkowicz).

Actividades Artísticas del Departamento

Cultural, de F.E.T. y de las J.O.N.-S.

23 Enero—Representación de «La Muralla» de J. Calvo Sotelo, y Concierto de la «Coral Polifó- nica» de E. y D. en el Teatro Sindical.

Sala de exposiciones de la Jefatura

29 Mayo—Fotografías de «La Primera Muestra visual de España» (1.^a Serie).

1 Julio—«Primera Muestra visual de España» (2.^a Serie).

18 Julio—Fotografías de «Veinte años de reali- zaciones bajo el Mandato de Franco» y «Rutas tur- rísticas de la Provincia».

24 Octubre—«Arte decorativo», exposición de Bernat y Collado».

28 Noviembre—Exposición de diversas técnicas y autores de «Arte Actual del Mediterráneo». Conferencia por Riera Clavillé: «El Mediterrá- neo; su influencia en la Cultura europea».

29 Noviembre—2.^a Conferencia del II Ciclo In- ternacional del Arte Actual, por Cirici Pellicer. Tema: «Visión de la plástica actual».

MUNDO NEUTRO, por Mario Newton Fillo. Colección «Alrededor de la Mesa», Bilbao, 1958.

La tónica general de estos poemas es pausada, elegante y meditativa, con ligeras pinceladas de humorismo agrícolico e incisivo, bien matizado. El libro, en conjunto, resulta muy estimable, dentro de su brevedad, y con él se inicia, bajo el cuidado de M. A. Marrodán, una nueva colección poética, dignamente presentada.

ANTOLOGIA DE POETAS DE ARCOS DE LA FRONTERA, por Antonio y Carlos Murciano. Colección «Alcaraván», Arcos de la Frontera, 1958.

Doce poetas: Higinio Capote Porrúa, Rafael Pérez Mayolín, Jesús de las Cuevas, Ramón Vázquez Orellana, Julio Mariscal Montes, Cristóbal Racero Gil, Juan de Dios Ruiz, Antonio Murciano, Cristóbal Romero López, Carlos Murciano, Antonio Luis Baena Santiago y Manuel Capote Benot; doce nombres que dan fe de que el bellísimo Arcos es tierra fértil en poetas, y buenos poetas, además, porque todos los citados figuran en el libro con logrados poemas que realzan el mérito de esta simpática e interesante antología.

VIDA DE UN HOMBRE, por José Albi. (Premio «Valencia» de Literatura-Poesía, 1957). Diputación Provincial de Valencia, 1958.

«Vida de un hombre»; ambicioso título para darlo a un libro de poesía, y, además, peligroso por lo que de meramente anecdótico pudiera infiltrarse en el canto, que, también, por la misma preocupación de eludir lo cotidiano, podía quedarse corto de aliento o frígidamente especulativo. José Albi ha salvado limpiamente este doble escollo, y, sin renunciar a la «materia prima» de sus experiencias personales, ha sabido infundirle el soplo de un auténtico poeta y trascenderlas a planos de superior comunicación. Y ahí radica el gran acierto de esta «Vida de un hombre» escrita con voz sincera, plena y torrencial, fiel en todo momento a su palpitante dimensión humana.

CUMPLIDA SOLEDAD, por Elena Martín Vivaldi. Colección «Vetela al Sur», Granada, 1958.

Este es un libro de melancolía y desasimiento, con raíces íntimas y amargas. Un mundo torturado y nostálgico, el de Elena Martín Vivaldi, «elementalmente triste», brota incontenible, preciso y vibrante en su dolida tristeza. Lo duro y esquinado de la renuncia queda suavizado por una última e irreductible esperanza, más allá del silencio y de la rebeldía. Y todo cuajado en muy bellos poemas, expresión de fina sensibilidad y de un eficaz manejo del lenguaje lírico. Oficio y corazón de poeta, en suma.

VIAJE MARAVILLOSO por Jean Aristeguieta. Ediciones «Lírica Hispana», Caracas, 1958.

Como otrora en «Paisajes venezolanos» Jean Aristeguieta nos ofrece sus impresiones de viaje que, en el libro que nos ocupa, se refieren a las regiones andinas de su patria. También ahora, sus apuntes son vívidos, directos y evocadores, sin caer en el pintoresquismo fácil ni en el dato gélido a lo Baedeker. Estas descripciones de tierras, gentes y paisajes están iluminadas por un emotivo y noble acento de poesía viajera que observa con mirada amorosa y penetrante.

A CASA, por Renata Pallotini. Clube de Poesía, Sao Paulo, 1958.

En otro número de esta revista tuvimos ya ocasión de ocuparnos de Renata Pallotini con motivo de su libro «O monólogo vivo». Ahora, «A Casa» viene a ratificar el buen concepto que entonces nos mereció esta joven poeta brasileña. En este nuevo libro el pulso poético de R.P. es más firme, los poemas están más logrados como consecuencia de un mayor dominio del oficio.

Paralelamente a esta progresión, digamos técnica, hay en los poemas de «A Casa» una sensibilidad más afinada, enriquecida tanto en matiz como en profundidad. El actual momento lírico de Renata Pallotini es a todas luces interesante y valioso.

LA LLAMADA Y EL HOMBRE, por José María Osuna. Ediciones Rumbo, Barcelona, 1959.

Sinceridad comunicativa, riqueza metafórica y un hondo sentido humano rezuman de este libro de José M.^a Osuna, en el que hallamos muchas cosas buenas, por lo auténticas, y una cierta tendencia discursiva que merma la eficacia de algunos poemas. Con todo, sin ser un libro extraordinario, realiza cumplidamente esa «llamada» que campea en su título.

DESTINO DE LA CRIATURA, por Mario Angel Marrodán. Colección, «Alrededor de la Mesa», Bilbao, 1959.

En cada libro de Marrodán el idioma parece entrar en ebullición. El poeta—ya dijo Gerardo Diego que el oficio «se las trae»—no se resigna al sentido inmediato de las palabras, quiere, siempre, una mayor significación. Este combate tiene un perfil casi heroico—tal es nuestra impresión—en el caso de Marrodán, porque, a la postre, el verbo resulta triunfante. El joven autor de «Carne de angustia», «La Materia Infinita» y otros libros agitados y densos, sigue en éste acumulando imágenes a ritmo vertiginoso, con lo que, nos parece, su pensamiento queda difuminado por la catarata verbal. Hay, en su obra, un evidente furor expresivo que, si no logra, por su acción fugaz y precipitada, desenvolver totalmente las ideas, consigue cuando menos sugerirlas en trazos rápidos y vibrantes. Marrodán, con su lírica extraña, ardua y desligada de compromisos estilísticos aporta a nuestra poesía un ejemplo de fidelidad insobornable a las propias convicciones.

POEMA SIN NOMBRE, por Miguel Angel de Argumosa y Pedro Hernández. Colección, «Conde Arnaldos», Piedralaves, 1958.

El mundo poético de Pedro Hernández—ya lo vimos en «Un aire con miedo»—es melancólico y fantasmal. En este poema abundan las imágenes de estilo pictórico, a lo Goya y Solana. Un ritmo apresurado, a veces de esbozo, mueve, a menudo en versos cortos, este poema escrito con pulso un tanto desigual. Una «Carta a Pedro Hernández» de M. A. de Argumosa, nítida y hermosa, completa el pequeño e interesante volumen.

PIEZAS LÍRICAS, por Ileana Espinel. «Universidad de Guayaquil», Ecuador, 1957.

Junto a poemas que son ecos, o si se quiere, recreaciones o ejercicios simbolistas e impresionistas, hay en este libro cosas de originalidad sorprendente que delatan vigor y sabiduría técnica. Entre los que más nos han gustado se hallan los poemas agrupados bajo el título de «Sardónicamente» en los que reina—cosa insólita en obra de mujer—poeta—un humorismo que va de lo tierno, desenfadado y, a veces, incongruente, a lo amargo y agresivo. En ellos está la nota más personal y tensa de Ileana Espinel, toda nervio y ardimiento.

VOZ Y LATIDO, por Francisco Sánchez Bautista. Colección, «Alrededor de la Mesa», Bilbao, 1959.

Buenos sonetos estos de Sánchez Bautista, con un aire rebelde y acometedor que golpea reciamente sobre lo cotidiano. Sin morderse la lengua llama a las cosas por su nombre y no rehuye la expresión gráfica y popular, que maneja con desparpajo y soltura. Hay versos, tan originales, exactos y vigorosos, que son de antología. Su ironía es acerada, quevedesca, y a veces facilidad, mala novia—escribe un poco a la pata la llana. Un vino áspero y peleón que nos borra el cansancio de tanta poesía adrede.

EL AGUA AUSENTE, por Angel N. Pou. La Habana, 1959.

Un libro de muy estimable nivel poético donde la fina sensibilidad de Angel N. Pou—demostrada ya en anteriores entregas—se avalora y perfecciona con un despliegue más ambicioso de sus cualidades. Vemos a este joven poeta en fase de evolución muy prometedora dentro de la línea intimista que cultiva.

POEMAS, por Arturo Maccanti. «Seu», La Laguna (Tenerife), 1959.

Siete sonetos equilibrados y rigurosamente contruidos. Tienen, además, calor humano, fuego lírico. Nos gustan, de modo especial, los titulados «Oración por la viudez de una mujer» y «En que el poeta recuerda».

NOCTURNO DÍA, por Elías Nandino. «Editorial Estaciones», Méjico, 1959.

Vasto poema en el que Nandino expresa su angustia, indignación y horror ante el imperio de la barbarie civilizada y la pavorosa amenaza de la destrucción atómica. Alegato y mensaje se funden en imágenes certeras, y altamente aleccionadoras, donde se busca, más que el simple artificio estético, un despertar de la conciencia moral y colectiva. Nandino ha puesto toda su fe y dotes de valioso poeta en tan laudable empeño.—J. PORCAR.

ESTAFETA

Hemos recibido los siguientes

LIBROS

Poema sin nombre, por Miguel Angel de Argumosa y Pedro Hernández.
Antología de poetas de Arcos de la Frontera, por Antonio y Carlos Murciano.
Vida de un hombre, por José Albi.
A Casa, por Renata Pallotini.
Nocturno Día, por Elías Nandino.
Viaje Maravilloso, por Jean Aristeguieta.
La rama ingrata, por Rafael Laffón.
Poemas, por Arturo Maccanti.
El Agua Ausente, por Angel N. Pou.
Piezas líricas, por Ileana Espinel.
Voz y latido, por F. Sánchez Bautista.
La llamada y el hombre, por José M.^a Osuna.
La voz en el tiempo, por Rafael Melero.
Cantata en Aleixandre, por Gabriel Celaya.
Poemas a Suilka, por Juan A. Sánchez Anes.
Destino de la Criatura, por M. A. Marrodán.
Cumplida soledad, por Elena Martín Vivaldi.
Clamor hacia la luz, por Dionisio Aymará.
Alba del viento, por Rafael Melero.
El viento Norte, por Victor M. Sandoval.
El corazón en su sitio, por Gabriel Celaya.
El alma y los sentidos, por M. A. Marrodán.
La palabra enamorada, por F. Allué y Morer.

REVISTAS

Arista, Burgos, 1.
Arrecife, Cádiz, 6, 7, 8, 9 y 10.
Axati, Lora del Río, 4.
Ayer y Hoy, Toledo, 67 y 68.
Caracola, Málaga, 78.
Cumbres, Utrera, Enero 1959.
El Cobaya, Avila, 28.
El molino de papel, Cuenca, 17, 18 y 19.
Gánigo, Sta. Cruz Tenerife, 32, 33 y 34.
Hontanar, Cazalla de la Sierra, 8.
Piedralaves, Avila, 13.
Pleamar, Portugalete, 12.
Rocamador, Palencia, 14, 15 y 16.
Uriel, Sto. Domingo de la Calzada, 10 y 11.
Yedra, La Adrada (Avila), 2.
Courrier du Centre International d'Etudes Poétiques, Bruselas, 23/24 y 25/26.
El Noticiario, San José de Costa Rica, 258.
Estaciones, Méjico, 12/13 y 14.
Gazeta literaria, Oporto, 2.^a serie: 1, 2 y 3.
Laurel, Córdoba (Argentina), 17.
Lírica Hispana, Caracas, 182 al 197.
L'Italia Illustrata, Nápoles, 9, 10, 11 y 12.
Narceja, Sao Paulo, 1, 2 y 3.
Paralelo, Aguascalientes (Méjico), 9, 10, 11 y 12.

Correspondencia al

Apartado de Correos 16 - Castellón (España)

Depósito Legal. CS. 3.-1958

MIJARES

REVISTA LITERARIA DE LA SOCIEDAD CASTELLONENSE DE CULTURA

FLORILEGIO DE PAISAJES

Nuestro propósito —el de MIJARES— es formar un ramillete antológico con las distintas visiones y versiones que de un mismo paisaje señero de nuestra comarca castellonense y de las demás comarcas comprovincianas han engalanado las páginas literarias de algunas insignes plumas foráneas, y de otras, más familiares, de nuestras plumas vernáculas. Para ese intento, la definición de paisaje que nos complace es la de evocarlo en lo íntimo del recuerdo nostálgico como un reflejo del semblante de nuestro terruño natal; así, pues, consideramos el paisaje como si fuera el vivo rostro de la patria chica, presente en la lejanía de nuestras ausencias, como presente conservamos la imagen de una mujer amada.

Este florilegio del paisaje nuestro aquí bosquejado, campesino y rústico casi siempre, y en algún caso urbano, suele animarse con figuras abocetadas en segundo término cuyo tipismo ayuda a sugerir una sensación de ambiente; otras veces el paisaje es solitario, sin vestigio alguno de casa o huella humana. En ocasiones aparecen figuras en acción, o la escena de costumbres pintorescas de un pueblo, relegando la importancia del paisaje natural al fondo del cuadro. En estas circunstancias el paisaje "se adivina" como una orla del episodio descrito, o está difuso entre los vocablos de un diálogo de los personajes, o tácito en las significativas frases de un monólogo impresionista, donde quizás no veamos directas pinceladas de color, y, sin embargo, el colorido surge de la fuerte veracidad de las palabras y de su virtud alusiva.

Vamos, pues, a recorrer idealmente las tierras de Castellón y su provincia, pasando de una comarca a otra de la mano de autores añejos muchos de ellos, y de otros más recientes, pero con textos publicados en tiempos distintos, ya pretéritos, como atestiguan las fechas que consignamos al pie de cada fragmento literario aportado. Tan sólo el primero y el último de los trabajos aquí insertos están escritos actualmente y con destino al presente número.

Ordenamos y distribuimos los textos, con arreglo a una relativa unidad temática, en seis grupos, cuyos títulos pretenden condensar el carácter geográfico de cada apartado; así como las viñetas ilustran lo más típico de su contenido. De este modo los lápices castellonenses colaboran con las plumas.

I

ANÁLISIS DEL PAISAJE

Con la ambición de compendiar en un abrazo las características esenciales de los distintos paisajes de la provincia castellonense, el profesor Sos analiza la evolución de su morfología como casi exclusiva consecuencia de los fenómenos geológicos y nos revela la prehistoria y la historia genuina del paisaje de cada comarca. Hay un proceso estético larvado en la profunda simbiosis de lo biológico y lo topográfico, que aflora en la belleza de los variados tipos paisajísticos, gala del suelo de nuestra provincia.

VICENTE SOS BAYNAT

HISTORIA Y PREHISTORIA DE UN PAISAJE

GEOLOGIA Y TIPOS DE PAISAJE DE LA PROVINCIA DE CASTELLÓN

Todo paisaje está constituido por dos elementos fundamentales: la forma y el color. Pero según el lugar donde se considere el paisaje, pueden unírsele otros caracteres circunstanciales, como son la vegetación, el mar, el factor humano, etc.; la forma es la esencia decisiva de todo paisaje,

la masa, la estructura del propio suelo del campo; el color es la esencia embellecedora complementaria, la vestimenta que armoniza los contrastes.

El literato, el poeta, el pintor..., saben describir, cantar y plasmar, por medio de sus creaciones, las bellezas de los paisajes;

saben hacer resaltar las excelencias de sus armonías y nos hacen saborear todos los matices. Pero resulta que, por mucho que se diga de los paisajes, en cada caso, siempre queda una última palabra por expresar, porque ya no es cometido de los artistas, ni de la natural sensibilidad del observador. Nos referimos a que cada paisaje tiene una historia propia, ha tenido un pasado, más o menos remoto, y en la naturaleza de su suelo y en los accidentes de su gesto está escrita su filiación.

La provincia de Castellón cuenta con una gran variedad de paisajes, muy notables por sus bellezas naturales y por los episodios cronológicos de sus pasados. Los aspectos de unos y otros son muy distintos; sin embargo, con todos ellos se puede hacer una sistematización tomando como base la misma nomenclatura de la Geografía física: montañas, llanuras, marismas, costas, ríos...

Si empezamos por el paisaje de montaña, podemos referirnos, en primer lugar, a sierras tan representativas como las de Espadán y Espina, núcleos de numerosos crestones cortantes, de picos aislados, *els puntals*, donde las areniscas bravías son de tonos rojos y cárdenos, y las margas terrosas, de colores amarillos vivos, infundiendo al paisaje gran vistosidad. Son notables, bosques de pinos como los de Santa Bárbara de Pina de Montalgrao; y bosques de alcornoques, *suros*, como los de Chovar, Eslida, Suera...; las areniscas silíceas, *els rodenos*, en tiempos muy lejanos fueron suelos de inundación, llanuras muy soleadas, en un clima duro y desértico, areniscas que más tarde fueron invadidas por el mar y, más tarde aún, pasaron a ser terrenos encharcados. Todos estos episodios se produjeron durante una larga etapa de la historia de la Tierra, llamada período Triásico.

Otros modelos de paisaje de montaña nos los dan Peñagolosa, Ares, Benifazá, Chert..., de una fisonomía distinta, porque distinta es también la naturaleza pétrea de sus componentes. Peñagolosa, con su mole severa e ingente, la más alta de todo el Reino valenciano; Benifazá, con sus calizas agrestes, colosales, *els cingles*, cumbres grises, azuladas, rojas, reflejos de la luz solar, acompañadas de barrancos profundos de intrincados recorridos. El relieve de estas montañas está formado por terrenos calizos, en grandes bancos, que tuvieron un origen submarino, por precipitaciones calcáreas, con grandes depósitos de conchas de moluscos marinos petrificados. Esto ocurrió durante los tiempos llamados Cretácicos, de larga duración.

Pero después de haberse formado terrenos como los de Espadán y los de Peñagolosa, y aún en el tránsito de unos a otros, por motivos de actividades de la dinámica de la corteza terrestre, se levantó el suelo submarino, se retiraron las aguas del mar y se produjeron grandes plegamientos y grandes fracturas. Estos cambios tuvieron fases de máxima actividad en tiempos del

Terciario inferior y del Terciario medio. Y fue entonces cuando surgieron Espadán, Peñagolosa, Ares..., y cuando, poco después, descendieron en vertical otras moles que habían logrado alturas. Esta combinación de hechos, pliegues, fracturas, hundimientos, etcétera, es lo que trastocó todo este gran sector de la provincia y la dejó muy irregular y accidentada. Las aguas de lluvia se encargaron de limar las aristas y de modelar los panoramas. Las arboledas, los matorrales y los mantos herbáceos se encargaron de poblar las laderas y los valles... Toda esta historia corresponde al pasado de todos los paisajes que se extienden desde Almenara a Pina de Montalgrao, desde Peñagolosa hasta Morella y Benifazá.

En relación con lo que se acaba de decir, tenemos el tipo de paisaje llamado de *costa brava*. Las formaciones geológicas de igual edad a las que acabamos de reseñar, dotadas de los mismos accidentes geofísicos, pero que por su posición superficial quedaron contiguas al mar, son las que han dado lugar a los acantilados y roquedos corroidos de nuestras costas. Recuérdese nuestro litoral en Sierra de Irtá, en Oropesa, etc. De esta modalidad es ejemplo notable y excepcional el que presenta Peñíscola, con su tómbolo, que no es otra cosa que el desgaje de un gran bloque, ahora en contacto con la costa por medio de una delgada lengua de arena.

El paisaje castellonense de *formas llanas* se puede diferenciar en dos tipos: el interior y el periférico. De los primeros están el Plá de Vistabella, San Mateo, Cabanes..., llanuras grandes, limitadas a lo lejos por siluetas de montañas azuladas, superficies horizontales, clima duro, vegetación arbórea llevada por el hombre, etc. De las segundas, están las *planas* litorales, Vinaroz, Benicarló, Torreblanca, Castellón..., de dimensiones grandes, vegetación densa, espacios hortelanos cuadrilongos, y... casas, inacabables en número, salpicando el conjunto con un aspecto único. Y como complemento de todo, el marco impresionante del mar.

Cuando cesaron las presiones orogénicas de los llamados movimientos alpinos terciarios, todo el país que se hallaba comprendido entre el borde de la Península y las islas Baleares, se hundió y desapareció debajo de las aguas. Como consecuencia, nuestra costa quedó con un trazado muy irregular, con algunos fragmentos en alto y otros bajos, casi sumergidos. De los altos, son testigos los ya aludidos, Irtá, Oropesa, Benicasim, etc.; de los hundidos, son testigos las planas y las marismas.

Las *planas*, en los primeros tiempos fueron espacios descendidos y ocupados por las aguas, más tarde se han convertido en espacios de relleno, colmados por transportes de los ríos procedentes del interior de la provincia, con cuyos sedimentos elevaron el nivel del suelo. En los perímetros donde los depósitos no llegaron a rellenar del todo y se hallan todavía bajos, es donde quedaron las *marismas* y estanques típicos, *les marjals*, el *Cuadro*, el *Lluent*, tan genuinos en Benicarló, Torreblanca, Castellón, Almenara, etc.

El paisaje de planas y de estanques es el más reciente de todos y datan de los tiempos geológicos llamados Cuaternario, dentro del cual nos hallamos todavía.

Otro paisaje muy representativo de nuestra provincia es el que pudiéramos llamar

paisaje fluvial. Está constituido por las ramblas, los barrancos, los regatos. Las ramblas son de valles profundos y de cuencas dilatadas. De trazados rectilíneos como lechos de ríos gigantes desecados y muertos (el Mijares, la Rambla de la Viuda) o, por el contrario, son de recorridos tortuosos, do-

blantes sin cesar, a la vez profundos y grandiosos (barranco de Valtorta, en Tírig; el Cervol, en Vallibona). Las ramblas y los ríos son siempre cauces pedregosos, repletos de cascajos redondos, grandes, grises, azulados, en acúmulos inmensos y recorridos interminables.

Todas las formaciones presentes en los cauces de las ramblas son también de edad Cuaternaria, es decir, de edad relativamente reciente, contando con medida geológica, pero toda la enmarañada red fluvial de la provincia es bastante anterior, data de los tiempos finales de Terciario medio, que fue cuando adquirió su trazado fundamental, después muy agrandado.

Para terminar. Una característica del paisaje de Castellón es que por todas partes está influenciado por la *mano del hombre*. Dondequiera que se vaya, salta a la mirada la influencia del factor humano, la huella de su presencia: la casa. En la montaña, *el mas*; en el llano, *la alquería*; en las proximidades urbanas, *els masets*; en las concentraciones de recreo, *les Villes*. Por alto y escondido que se halle el paraje que se visite, siempre están visibles las viviendas dispersas, las máculas blanquecinas, el hálito del hombre. El arbolado, cuando representa los cultivos de la provincia, también es debido a la intervención humana. Recuérdese el algarrobo, sarmentoso, de doble verde, predominando en una gran zona marginal del país. El olivo, gris plateado, difundido por las llanuras, rampante por las laderas de las montañas, rebasando todos los límites provinciales. Y la vid, también representativa de nuestros campos... Y el naranjo, de extensión superficial más restringida, pero ejemplo vivo del poderío del hombre valenciano.

Nuestra provincia es de proporciones geográficas modestas, pero en su reducido espacio alberga infinitud de paisajes de una gran belleza.

Mérida, 12 de febrero de 1960.

AL·LELUIA

Al mig del cel hi ha una monjoia
que és sortilegi contra el dol,
símbol aurífic de la joia,
Llum de la llum i sol tot sol.

I les campanes, en punt d'onze,
van repicant musicalment,
com si les ànimes de bronze
ja foren ànimes d'argent.

Volen y volen les colomes
esbatussant-se en l'aire blau
i els ocellets —pomell de plomes—
xisclen i xisclen en allau.

Les papallones —;quins deliris!—
arreu proclamen llur encís:
si l'ala, fràgil, és un iris,
el vol, lleuger, és un somris...

¡I quin festeig que té la rosa
color de rosa amb el clavell!
Ella ha restat tota desclosa
el roman ara tot vermell...

Damunt les messes en creixença
obri els seus braços l'espantall,
no per donar aspra temença
sinó en joïós escarafall.

Ressò de pluja prou-passada,
¡com riu a bots el plumicell
amb l'aigua tota enrojolada
que gairebé és un fang novell!

El salze, que era genuina
imatge lírica del plany,
mullant-se en l'aigua es despentina
com si hi trobés bon averany.

Y fins a dintre de la gleba
la lleuor pàl·lida reviu.
Arreu del món ara s'eleva
un himne fèrtil i joliu.

Però per l'horta tan alegre,
¡oh, ironies de la sort!
damunt carrossa tota negra
al cementeri marxa un mort.

F. ALMELA I VIVES

(De «La Columna i les roses», València, 1950.)

II

LA CIUDAD Y SU CAMPIÑA

He aquí el concurso entusiasta de los escritores locales, que unos en nuestro idioma vernáculo y otros en recio castellano, compiten en su fiel tributo literario a la ciudad.

Ya en fiestas y alborozo, ya en beatífica paz, tanto el paisaje urbano como el campestre de los alrededores castellonenses, viene a nuestros ojos desde las páginas de libros aquí impresos y quizá ya hasta olvidados algunos de ellos. Y entre todos una sola aportación de pluma foránea: la de Pío Baroja con dos fragmentos de su novela "Camino de perfección", refulgentes de magníficas descripciones de nuestro pueblo, cuyo nombre calla. Sin embargo, se puede localizar fácilmente el enfoque de cada visión descriptiva: la primera debe de corresponder a Villarreal de los Infantes; la sensación de llegada del viaje y el ambiente callejero y el de la casa familiar morosa y amorosamente descritos, denuncian con claridad el modelo que Baroja copia. La segunda descripción está tomada, a buen seguro, desde una alquería de la huerta de Castellón, acaso de la partida de Gombau o de Taxida.



EVOCACION

Atardecía cuando regresábamos a la ciudad, después de un largo paseo; el sol dirigía sus postreros y mortecinos rayos sobre la población, percibiéndose apenas en el campo el susurro dulce y suave del viento.

Destacábanse sobre todos los edificios la hermosa cúpula de la Arciprestal y la esbelta Torre, cuyas campanas tañían la melancólica oración de la tarde, anunciadora del diario descanso, y sus armoniosos sonidos agolpaban en nuestra mente las ya, por desgracia, lejanas ilusiones juveniles.

Contemplábamos embelesados la ciudad, cuyo espectáculo en tales momentos no podía ser más hermoso, dividiéndose en la lejanía los abruptos montes de Benicasim, y como bella cúpula, la azulada bóveda del firmamento, con ligeras nubes que recorrían el espacio llevadas por suaves brisas, aroma-

PIO BAROJA

CAMINO DE PERFECCION

CAPITULO XLVII

El pueblo es grande. Cuando llegué, las calles estaban inundadas de sol, reverberaban vívida claridad las casas blancas, amarillas, azules, continuadas por tapias y paredones que limitan huertas y corrales. A lo lejos se veía el mar y una carretera blanca, polvorienta, entre árboles altos, que termina en el puerto.

Se sentía en todo el pueblo un enorme silencio, interrumpido solamente por el cacareo de algún gallo. El tartanero, a quien dije adonde me dirigía, paró la tartana en una callejuela que tiene a ambos lados casas blancas, rebosantes de luz. Llamó y entré en el zaguán.

Mi tío salió a recibirme, me conoció, me dio la mano, pagó al tartanero e hizo que una muchacha subiese la maleta al piso de arriba. Mi tío tenía que hacer una visita y me ha dejado solo en la sala. He salido al balcón; el pueblo está silencioso; las casas, con sus persianas verdes, sus ventanas y puertas cerradas, parecen abstraídas en perezosas meditaciones. De vez en cuando pasan algunas palomas, haciendo zumbir el aire ligeramente con sus alas.

Después de comer, Blanca, que es una chiquilla muy traviesa y comunicativa, me ha enseñado la casa, que no tiene nada de particular, pero que es muy cómoda. En el piso bajo están el comedor, el despacho del padre, la cocina, la despensa y un patio que conduce a un corral; en el piso de arriba hay la sala grande, con dos balcones a la calle, y las alcobas.

El balcón del gabinete da a un terradito en cuesta, hecho sobre un tejadillo del piso bajo de la casa. En un rincón nace una parra que sube por la pared; ya con las hojas crecidas del tamaño de un murciélago, y en la pared también hay unos cuantos alambres cruzados, de los que cuelgan filamentos de enredaderas secas. En el suelo, en graderíos verdes, hay algunas macetas.

Estoy ahora aquí, sentado. ¡Qué sitio más agradable! Enfrente, por encima de las tejas, veo la torre de un convento, torcida, con su veleta adornada con un grifo largo

tizadas por el blanco y perfumado azahar.

El viento, al traspasar el espeso follaje de los hermosos naranjales, parecía murmurar poética plegaria, viéndose, de trecho en trecho, alguna que otra esbelta y flexible palmera que nos recordaba a los antiguos dominadores africanos.

Por todas partes aparecía engalanada la Naturaleza con sus más ricas y preciadas galas, surgiendo de tal conjunto una apacible armonía que hacía ensanchar de gozo el corazón, suspendiendo al espíritu en dulce melancolía.

En tan deliciosos y poéticos instantes, nuestra imaginación no pudo menos que evocar la breve historia de la hoy populosa y rica ciudad que contemplábamos.

VICENTE GIMENO MICHAVIDA

(De *Del Castellón viejo*. Castellón, 1926, pág. 9.)

y escuálido que tiene un aspecto cómicamente triste.

Dolores y yo no nos entendemos; siempre estamos regañando. Yo le digo que estos pueblos valencianos no me gustan: blanco y azul, yeso y añil, no se ve más, todo limpio, todo inundado de sol, pero sin gracia, sin arte; pueblos que no tienen grandes casas solariegas, con iglesias claras, blanqueadas, sin rincones sombríos.

DOÑA ABULIA

(NOVELA)

I

La ciudad es levantina. La tarde, de estío.

El sol bate en retirada: la sombra va ascendiendo en las fronteras; ya solo, allá en lo alto, en cornisamentos y barandales de azotea que recortan sus perfiles en el azul tenue del cielo, queda una faja luminosa, un brillante festón de oro.

Las vías son espaciosas, rectas; ahora recién regadas. De trecho en trecho, un manchón de luz áurea rompe la nota parda, monótona, del suelo y denuncia una bocacalle...

Sutil brisa mediterránea refresca el ambiente húmedo, blando, pegajoso... Banderolas y flámulas tremolan con sacudidas de epiléptico en todas las ventanas y balcones..., de estos balcones cuelgan rígidas colchas de damasco, de colorido intenso, percales rojos y amarillos; tellizas rameadas, con ahuecados faraloes de tafetán... En los arcos de follaje, enaguinaldado de mirto, de cuyo oscuro verdor destacan frescas las flores de la adelfa, más gallardetes, unas banderas y colgantes flecos de farolillos —rojos, gualdos, con listas escarlata, con listas blancas— que el aire mece dulcemente.

Va aumentando la animación, el gentío. Acuden labradores en mangas de camisa,

PAISATGES

I

Jo que'n mon pit encara
Tinc dels amors passats
La ferideta trista
Que me conhou lo cor,
Sole passejar per l'horta
Anar-me'n pels sembrats
I gaudir-me quan mire
Lo cel, lo riu, les flors.

VI

Jo m'encise si puge
Al cim de l'aspra serra
Que els garrofers guarnixen
I adornen els verds pins,
I veig a l'au que vola
Llunyant-se de la terra
Com puja esperancada
Al cel, fent son camí.

VII

I veig blanca caseta,
I veig trespasar les cabres,
I veig lo riu de plata
Que va serpentejant,
I més enllà un gran poble,
I més enllà uns quants arbres,
I més enllà, blavenca,
Junta amb lo cel, la mar.

VIII

I oblido ma desgràcia
I fuig la melengia
I soc ditzós si albire
Lo cel, lo riu, les flors...

VICENTE ALMELA MENGOD

(Publicada en «Ayer y Hoy», Revista de Castellón, año II, número 40, págs. 285-86, 15 de agosto de 1903.)

desplegados en ala, hablando a gritos; niñas emperejiladas; viejos ociosos. Pasan rápidos, jadeantes, los músicos vestidos con diversidad de uniformes, en bandolera o al hombro los instrumentos enfundados, y al pasar requiebran a las lindas menestralas. Estas artesanitas son la mejor gala de la ciudad: ligeras, esbeltas, elegantes, correen como gráciles avecillas, en bandadas...

Todo es cháchara, voces, movilidad, vivos colores, y en esa nota vibrante de bizarria, contrastan graves, solemnes, los fornidos montañeses, vestidos de pana negra y estameña...

Rehuyendo encontronazos, evitando el contacto de la plebe, discurren presurosas las familias señoriles... Y atropellando y escurriéndose por todo, la chiquillería alborotada gira, torna, vuelve y va. Entona patrióticos himnos, canciones liberales...

...Los balcones, atestados, las aceras bordeadas de mujeres, de niños acomodados en unas ringleras interminables de sillas; las bocacalles cerradas por barreras compactas de gente... Todo es bullicio, color, movimiento, alegría...

La ciudad arde en fiestas. Como Venecia sus bodas con el Adriático, la insigne Vilaplana celebra sus bodas con la Libertad.

RICARDO CARRERAS

(*Doña Abulia*. Barcelona, 1904. Imprenta de Henrich y Cía.)

GLOSA DE UNA FESTA

Quan la "Revista" aplegue a les mans dels seus llegidors, la processó de l'Assumpta haurà fet ja pels nostres carrers la seua volta secular. Té molt de característic, molt de substànciós i d'evocador l'espectacle d'eixa anyal comitiva...

M'atreiria a afirmar que no hi ha cap festa en la que tant bé es completen les circumstàncies, l'ambient i l'esperit litúrgic. Los nostres carrers, eixos dies, abandonada la vila per tota la gent desijosa de diversions ruidoses, fa impressió de soledat, d'una calma un poc inquietant a vegades... Lo sol, voltat si no és cubert pels núvols precursors de les tronades de Sant Bertomeu, afeix una nota, no de tristor precisament, però d'aplanament, d'abatiment, d'agonia... De temps en temps trenca la basca, com una protesta de la vida, l'alé d'un ventijolet, tant suau, tant poruc que apenes gosa alterar la temperatura, ni ferir los oïts, com tement desentonar del cansament de totes les coses... I cap a la mija vesprada, més prop de la mort del dia que de la mig-jornal exaltació de la llum, desfila una comitiva tranquil·la, humilment solemne que en l'esperit de la Església és un soterrà i alhora triomfal episodi d'un trànsit gloriós.

Paréix que d'eixa processó s'haja descartat d'un modo natural, pel savi automatisme de les coses inconscients, tot lo que s'adherix de fals, d'exhibicionista, de *fira de vanitats* a qualsevol altra de les festes públiques religioses. La poca gent que la forma va en lo seu paper, devota, pausada... Es la més ordenada, la millor feta de totes les processons de l'any.

Al seu pas tranquil i silenciós, mil imàgens esborrades se desvel·len en lo cerebre. La gloriosa figura del nostre Jaume I... resumint, cifrant en la fundació de les esglésies del seu reïne dedicades a la Assumpta la perfecció d'una conquesta èpica i d'una legislació prudentíssima... L'ombra del gran, del enèrgic Papa aragonés Benet XIII expandint des de la roca pontifical de Peníscola a un temps la protesta contra la espoliació, i donant forma plàstica a la fantasmes acadèmiques o episcopals, monàstiques o guerres, d'hòmens que visqueren i moriren "a lahor e gloria de Nostre Senyor Deu Jhesu-christ e de Madonna Sancta Maria" s'alcen

dels vasos evocant la existència mig oblidada d'un poble triomfador i gran que torna a sortir de les seues cendres.

I esta societat evocada al pas de la processó modesta i silenciosa, impossà un temps la pau i la guerra a mig mon i tragué per a civilitzar-lo un altre món de les escumes de la mar...

I tot açò en mig d'una serenitat admirable, d'una seguretat pasmosa que fa enveja i ensem impressiona d'imposant magestat. La serenitat d'aquells hòmens d'edats passades que a molts sembla efecte de falta de vida, i qui és pel contrari filla d'una plenitud armònica i poderosa, d'un inalterat equilibri espiritual, sembla també reflectar-se encara en la processó lenta, pausada, humil d'apariències, pletòrica de suggeridors simbolismes, de sàvies lliçons del passat.

Los esperits frèvolos que medixen la importància de les coses per la ruidosa explosió que al seu pas fan alçar, ni tan sols s'aparen al pas de eixa comitiva en la agònica vesprada estival.

LLUIS REVEST CORZO

(Publicado en *Arte y Letras*, núm. 10.
15 agosto 1915. Castellón.)

SALVADOR GUINOT

DE ROMERIA

(DE «ESCENES CASTELLONESES». BARCELONA, 1905.)

I

Me sembla vore encara al sinyô Nasio de Pagés, el sombrero de borles tapant els pels blancs, la camisa de lleng caser, més blanc que la neu; el jopet de pana damunt de la samarra, la faixa de seda negra, els saragüells estrets, les calces blaves de cotó, i les esparidenyes de cara ampla i poca veta, el gaiato en la mà, més acatxat pel pes dels anys (setanta quatre) que pel càrrec de la berena, eixir per el portal del Toll i Caputxins a les sis i mija del matí i anar-se'n cap a Lledó, dia de la Madalena i bon dia de l'any mil huitcents setanta nou.

—Pàtxol! Tamé hagueren pogut apanyar este camí un poc un dia com hui! Com se coneix que ara no té força el gremi, ni fan cas d'ell! Eixos pixavins de cà la vila no més pensen en el *Paseo* de Ribalta, i els camins del terme que es perguen. Allí, vinga de gastar-se cents i mils de lliures en abrets i floreres que no valen un sou, i pâ matros un peó els dol...

...Hala ahí, vinguen tarongers! Consevol dia haurem d'anar per blat fora vila. I en una terra tant agraïda i de bon rec, pàtxol, que es poden sembrar i arreplegar collites per a omplir la casa gran. Bé menjarà la gent jornalera!... Com no menge teronges i bollo... Bollo?... Si anem aixina, ni panís collirem. Tot terongers, pàtxol, i la pobrea que rebente de flato! Eu! Ia es menège la campana de l'ermita.

Hi, hi, hi! Arriba, caballo moro! Cap amunt... Ja estem en el meu lloc. Io tenie que viure ací; he naixcut pa la montanya, no pa'l pla. Hi ha qui no li fa'l secà? Pos ben bonico és!... Llástima de garroferal. Ben llaurat i net està, poro l'amo li té por a l'estral. Val més poqueta llenya, poro tendra i llustrosa, que eixos simalots vells i secs...

LA MADALENA

Una ermita blanca, blanca,
i un camí que va pujant.
Uns ocells que volen, volen,
i una campana brandant.

Uns romers amb canyes, canyes,
sota un castell ensorrat,
i la sang dels moros, moros,
que deixaren de comiat.

Una plana verda, verda,
amb dalers neguitejants
i uns camins que menen, menen,
tot es veu de dalt estant.

Anar a la Madalena
hui que fa un dia tan clar...
De lluny l'ermita tan blanca
sembla una vela en la mar.

E. SOLER GODES

(«Boletín Sdad. Cast. de Cultura»,
XXIII, pág. 156. 1947.)

EL PARQUE

El pino y la palmera en gallardía
compiten, y en verdor. La fronda asalta
espacios de risueña geometría,
dulces caminos lentos de luz alta.

De pájaros y flores la porfía
meliflua y suave, el parque exalta:
¿Canta el ave o la flor?... ¿Es melodía
la rosa y es color trino que salta?...

¡Remanso de las horas! Más de una
dejó sus claras huellas en mi frente;
horas tibias de sol, horas de luna.

Y esa eterna pareja adolescente
meciendo sus amores en la cuna
de tus jardines, ¡oh, parque sonriente!

JUAN PORCAR

(De *Ronda lírica*. Castellón, 1953.)

II

Que no diguen, pàtxol, que el pla no és bonico! Lo que és mirat desde ací fa goig: el quadro, el pinar, el serrallo, la mar, els abres del camí d'Almassora (el que no va no lloa), el riu de Millars... deu ser allò... Pàtxol, semble que me falte vista! L'any passat encara vee bé Vilarrel i Borrriana i més lluny... Serà que el dia està núvol... Ia està mig Castelló aci dalt!... I encara vé una ringlera de carros!...

...Poca gent s'ha quedat en el poble: quasi totes les portes estan tancaes. Pàtxol! I qui no va hui a la Madalena?

NIÑOS Y NIÑAS

¡La vieja plaza! ¡Cantarinas voces!
¡Niños y niñas! ¡La algarada ingenua!
Mayo siempre florido de colores,
Sol en la plaza vieja.
Y sol en el rincón más escondido
del alma siempre nueva.

¡Ah, si pudiera el alma trasnochada
ser lo que fue mientras la vida alienta!
¡Y andar camino sin saber qué anda!...
¡Y no saber tampoco cuándo llega!

RAFAEL CATALA LLORET

(De «Inquietud». Castellón, 1931.)

LLAURADORETA

Prop los morros de la vila, l'alqueria de la Torre, de sienós color que li dóna la pàtina del temps, s'alça magestuosa vora el camí dels Molins.

Cap allí caminava Enrique a vore a Isabel, la nineta dels seus ulls, la xica més bonica del poble, la seua llauradoretta, com ell la nomenava quan d'ella parlava als seus amics de Madrid... Fea ja un bon grapat de mesos que no l'havia vista.

—Sort que ella sap que he aplegat hui —pensava mentres anava caminant per baix l'ombra que les alhora verdoses i platejades fulles dels gegantins xops que voregen el camí, feen en la estreta senda que hi ha a la dreta de la séquia.

Encara que sos ulls inquiets miraren a totes bandes fixant-los ja en los grocs rastolls del blat, ja en los alts i verdosos cànems, ja en l'aigua joguina i riallera que les oques i patos del molí primer saforejaven, ja en les rogenques pipes dels mangraners, ja

en les terroses alqueries que hi ha en tot lo camp i que semblen les guaites del terme, ja en les altes i apuntades muntanyes, tan apuntades que es coneixen per les Agulles i que són com els braços de la mare que acaronen al seu fill, ja en totes les belleses i són moltes d'aquella raconada, no estava allí en cos i ànima...

Juny la falç al puny, pregonaven totes aquelles terres, puix la que no estava plantada de cànem era ja rastoll de blat o estaven allí el hòmens mig acatxats falç en mà segant les aurees espigues, més enllà feen sòl d'era, en altre tros estaven batent, altres estaven carregant l'empall, altres ja havien fet la pallerà al carassol de l'alqueria i tot açò estava banyat per un sol que caia de ple, un sol fort, tan fort, que sens dubte badava les penyes.

Acabaren la faena i en lo carro tornaren a casa, Isabel i els seus pares. La llum es-

mortida del sol, que anava amagant-se, ja no brillava en la típica alqueria, però contrastava més aquell terrós color de les parets amb lo vert de la parra, de la figuera i del noguer que la tapaven per llevant. Els del carro saludaven a algun capellà, a algun sinyoret que per la senda anaven a pendre l'aire. Molts llauradors retornaven al poble amb la roba de treballar i amb l'aixada al coll; l'aigua seguia murmurant en el fons de la séquia, on no es veen els testos, que encara que semblen a les olles no es podia saber si eren de plats, safes, pitxers... Era aixina, entre dos clarors.

Era la vespra de Sant Joan i aquella parella ja estaven amartellats en aquell hort, el més típic de tot el poble. Sols presenciaven aquell idilli la sinyó Ana, que amb la falda arromangà lluïa els vions a ratlles rotges i negres i llavava en un safareig que hi havia allà a l'esquerra; els blanc i pardos coloms que no paraven de remugar i de fer-se l'aleta; un estol de patos que anaven porquejant per allí i que acudien rodejant a la parella als crits d'una pintarrejada cotorra que no sabia més que imitar-los i que dins d'una gàbia s'engronsava; algun descarat "vilero" que picava les molles de pa i les gallines i pollastres que amb careig i soroll celebraven algun casament.

ANGEL SÁNCHEZ GOZALBO

(De *Llauradoretta*. Publicado en "El cuento del diumenge". Año II, número 56. Valencia, 24 enero 1915.)

DEL CAP. VIII DE

DOÑA ABULIA

(PAG. 69)

Amanece... Tenue claridad anuncia el nuevo día. El calor es grande aún a esta hora. En las solitarias calles, los vigilantes, apostados en las esquinas, toman la fresca... Unos perros hociquean en los montones de basura... Pasan anacalos, mozos de tahona en blancos calzoncillos, mandilete a listas y listada camiseta. Los primeros pájaros, los más madrugadores, pían, rinden a la aurora los honores con sus pífanos de agudo timbre. Se oye a lo lejos, allá, en las huertas, el canto de los gallos..., el traqueteo de algún carro... Todo es tranquilidad y calma augusta en Vilaplana...

Luego, suenan graves..., intensas..., tristes, las notas luengas que anuncian el alba a la ciudad laboriosa...

RICARDO CARRERAS

ARC

*L'arc tirant de la palmera,
ballester de tramuntana,
té l'atzur per espitllera;
gelosia que delera
son orient de filigrana.*

*Dansarina de la Plana;
bacanal castellanera.*

BERNAT ARTOLA

(De *Terra*. Castelló, 1935.)

Responso anónimo de "Pascual de Aurancia" en San Jaime, de Fadrell

Guarda la entrada del recinto
un melancólico ciprés;
¡qué honda paz hay en el silencio
del camposanto de Fadrell!

Ni un solo nombre nos recuerda
que allí yace alguien, ¡no sé quién!
Y sin embargo, en el regazo
de la Encomienda, en su honra y prez
duermen el sueño del olvido
fastos vernáculos de ayer
que hoy nadie sabe de sus gestas
honor de nuestro «Castell vell»...
(¡Oh, escombros históricos, reliquia
para nosotros del buen Rey!)

Ahora, a la orilla de una tumba
crece, ufano, un laurel,
—símbolo de la gloria—, que blasona
el cementerio de Fadrell.

A su sombra recemos a San Jaime
por la cristiana fe
de todos los que allí hundieron sus
[cuerpos
para nutrir la tierra y florecer;
y en su recuerdo sin memoria: ¡Her-
[manos,
«requiescat in pace»! ¡Amén!

(Publicado en «Mediterráneo», el
domingo día 25 de julio de 1954.)





SALVADOR GUINOT

ANYOR

(DE LA REVISTA VALENCIANA «NOSTRA NOVELA», N.º 3, ANY I. 31 MAIG 1930.)

I

Al trencar de l'alba, la campaneta de Lledó en mig del musti sossego de la matinata, va rompre l'aire humit i falaguer d'un dia d'estiu amb la seua veu febril, atiplada, per a cridar a missa de dumege als llauradors de l'horta del morro de la vila, en les partides del Quartó de Llevant.

I poc tardaren ells en deixar ses alqueries, i pel Caminàs, per camins i sendes, formiguejar cap a l'ermita.

Dels primers en aplegar (estava l'alqueria un tir de pedra de Lledó) van ser el vell Mustieles i tota la seua gent.

II

Ai, sinyò Romualdo, si vosté sabere que bé ha vingut pa eixe vell de mon pare!

—Sí? Pues a la Mare de Déu tindrem que agrahir-ho; que ja fa dies que vaig a l'ermita, i com mai topave com abans a ton pare, hui m'ha dit lo cor que vinguer per ací a vore com se ho pot passar un vell ben devot que viu a la vora de l'ermita, sense anar a escudrinjar com apanyen els altars i el camaril...

—Es veritat sinyò Romualdo... però me sembla que si a mossèn Jaumet li donen ales i quens, Lledó no serà mai més la nostra ermita... faces conter que tindrem un teatro pals currutacos de la vila.

—Home, no tant, no tant, que tot lo bé està bé, i pa la Patrona tot és poc...

—Poro, és que es figuren que em dol que muden les rajoles polsoses del camaril per eixes envernisaes de colors fins, i que li llaven la cara a la Mare de Déu i que li doren l'altar? Pos si tot, redell, me pareix poc! Poro si mossèn Jaumet tornare per ací, com de mocós... ja li dirie lo que vé al cas... Jo, dende que van despenjant tots els quadrets dels miracles de Lledó... Quina nosa fan? Es que no volen que pregonen les maravelles de Nostra Sinyora i la voluntat que li tenim els castelleros? Pos si li lleven a l'ermita els quadrets, les crossetes, les mans i els peus de cera, els vots que matros fem a la Lledonera en els grans perills d'esta vida, que tindrà Lledó de milagros? Que quedarà de mostra de la fe del nostre poble?

Pos no es eixa la més negra, que encara ni hi ha de pijor... Vosté ha oit en tota la vesprà la campaneta de Lledó? Pos jo, tampoc. S'ha tornat muda! Toque a migdia

i quan hi ha missa... i... pare de contar. Hi ha dies que això pareix un fossar... com si ningú s'enrecordare de vindre a Lledó a pregar a la Patrona o a donar-li gràcies... I la partida faces conte que és un cantó d'horta sense pardals, ni cigales, ni cap veu de Déu, més que els brams dels burros.

—Home, com han penjat la corda pa que els xiquelots no facen volantins dins l'ermita pa tocar la campaneta...

—Mire, jo no sé lo que em passe; però si eixa campaneta seguix muda, per ací per l'alqueria no em voran mai més la llana; en casa me quede pa que me se mengen les mosques. I digue-li, digue-li a Mossèn Jaumet, vosté que és com de la parentela, que a mi me pareix que són com angelets que es fan llengües en llaors de la Verge i li diuen a l'horta de Castelló que ací té a la Lledonera que beneix les seues collites i els nostres llars.

—Ara que no li ho diguere!

III

La plàtica que aquella mateixa vesprada, a posta de sol, al tornar al poble, tingueren el senyor Romualdo i mossèn Jaume va anar sempre, com els trills a la era, donant voltes a la malaltia del vell Mustieles, i a les novetats que el jove Vicari anave introduint a Lledó.

—Demà a punta d'alba vindré a dir missa i li promet que jo mateix despenjaré la cadena de la campana. En lo dels ex-votos vorem, vorem... potser que fem una bona tria i els millors els portem a l'escalaleta del camaril.

IV

Pocs dies després, Rosa la filla de Mustieles... se'n anà a casa el veterinari... i, este, al vore a Rosa anà a preguntar-li per la salut del vell.

—Molt bé, molt bé, sinyò Romualdo. Dende la seua vinguda a l'alqueria dirà que no és lo mateix: com si haguera posat oli a un cresol. I està tan agrait a vosté...

—...Pero dis-li a ton pare que a mí no té res que agrair-me. Saps qui l'ha curat? La campana de Lledó que torne, com en els millors temps, a ser la veu dels angels que canten les llaors de la Verge, i li pregunten pels seus castelleros... Pareix mentira que l'anyorament pugue dur a la fossa a un homenet!

EL MILACRE DE LA LLEDONERA

La campaneta se trencava de tocar; los esclafits dels masclets ensordien, la música rompia amb la marxa reial, els vitols i les aclamacions de la gentada que la placeta i lo camí omplien, bé senyalaven que la Mare de Déu del Lledó, en sa riquíssima anda daurada, a muscles de quatre forçuts llauradors amb la típica vestimenta, anava a eixir; a ésser passejada triomfalment per mig de l'horta, per baix del frondosíssim emparat de l'arbreda; a ésser chorejada per la música armoniosa dels rossinyols, per la xiuladissa celestial de tots los pardalets; a ésser festejada per lo remoreig de les bladines que com arpes gregues vibraven ses cordes al suau ventijolet de nostra mar llatina; a ésser vitolada, aclamada, adorada per les gents que des del fons del cor li demanaven conhort per als pesars i consol per a les penes.

I qué hermosíssima anava la Lledonera quan l'esmortit sol del capvespre, desbordant-se per les clarures dels arbres la illuminava de ple, fent brollar de son mantell los mil irisats colors que amagats estaven en la pedreria, donant bellesa i més bellesa a aquella cara menuda, graciosa, expressiva, i a aquells ulls blaus, que te feen agenollar i que jo no puc descriure.

JOSEP PASCUAL TIRADO

(Del llibre *De la meua garbera*. Castellón, 1935.)

EX-VOTO

*En su ermitorio de la huerta umbrosa
venera Castellón
la imagen de una Virgen milagrosa:
la Virgen del Lidón.*

*Tiene el Santuario llenas las paredes,
desde el atrio al altar,
de cuadros en que muestra sus mercedes
la Virgen tutelar.*

*Y en todas las pinturas fervorosas
a la Virgen se ve
presidiendo, entre nubes vaporosas,
los milagros de fe.*

*Y hay exvotos de cera y, junto a ellos,
ramos de mustia flor,
y trenzas de negrissimos cabellos:
¡sacrificios de amor!*

*Dentro del camarín, donde venera
su Virgen Castellón,
cuelga un exvoto de amarilla cera,
copia de un corazón.*

*Chimeta, la preciosa huertanilla,
fue quien lo dejó allí;
entró un día, temblando, en la capilla,
se ahinó y rezó así:*

*Y Chimeta siguió orando de hinojos
con los brazos en cruz,
y lágrimas temblándole en los ojos
como gotas de luz.
Y después de rezar devotamente,
sacó su corazón,
lo besó y lo dejó colgando enfrente
del altar de la Virgen del Lidón.*

CARLOS G. ESPRESATI

(De *Azahar*. Castellón, 1930.)

FRUITA DE REPOM

DEL LLIBRE «DE LA MEUA CARBERA». CASTELLO, 1935

Era l'alqueria del sinyó Batiste el Ros, una de les més antigues de la partida de Ramell. Té bassa per al cànem, pou d'aigua fresca, i d'arbres fruitals, la gana; margeant la fila, tota classe de mangraners, codonyers i pruneres

L'ombra la regalen dos figueres desaforades, pampoloses; l'una flor, i l'altra napolitana, a més d'un emparat espés, de pilars grossos, per el que pugen ufanes les vares, emmaranyant-se per la cabironada i complementant la bellesa d'aquell racó plàcid o "mansió terrenal", com el va classificar un jornaler un poc enterat de coses bíbliques.

El pou té anomenada i de tot el contorn acudix la gent a omplir els canterells; que és un regal i bendició de Déu la sanitat i frescor d'aquella aigua, més clara que uns miralls.

Allí prop de la bassa queden quatre parets a mig caure que foren de l'ermita del Pare Sant Francesc, però hui no valen ni per aixopugar los vianants rodamons dels gitanos.

Per baix terra i sense saber d'on ni com, va una séquia que desemboca, cercant lo

sol i l'aire, ja cansada d'anar a les fosques qui sap les llegendes, en una bassa redona gran, de fons llimacós i en la que viuen molt a gust les tretze mil dotzenes de grànules i renocs, que tenen per costum armar la gran escandalera, allà a posta de sol; comença aleshores i dura tota la nit i matinata. Allò és lo gran punt per a curar-se un dolor de cap. Què espill més clar a on se miren al suau manejar de les seues rames, pel bufit atesat del garbí, els oms i els eucaliptus que la voregen...! Quin deliciós colp

PIO BAROJA

CAMINO DE PERFECCION

CAPITULO LII

Llegamos a la casa de la abuela por un camino que cruza entre naranjales llenos de azahar, que todavía tienen naranjas rojizas. Dolores echa a correr y las otras dos hacen lo mismo.

—Nada, me persigue la mala suerte —murmuro, y me pongo a contemplar la casa filosóficamente. Esta es de piso bajo solo, pintada de azul, y se halla al borde de la carretera. En el centro tiene una puerta que conduce al zaguán, y a los lados, ventanas enrejadas.

El zaguán, que ocupa todo lo ancho de la casa, termina por la parte de atrás en una hermosa galería, cubierta por un parral por arriba y limitada a lo largo por una valla en la que se tejen y entretejen las enredaderas, las hiedras y las pasionarias, formando un muro verde lleno de flores y de campanulas.

de naranja; alguna canción triste y monótona llegaba hasta nosotros.

Anochece; un anochecer de primavera espléndido. Se veían por todas partes huertos verdes de naranjos, y en medio se destacaban las casas blancas y las barracas, también blancas, de techo negruzco.

La llanura se extendía hacia un lado muda, inmensa, hasta perderse de vista, con algunos pueblecillos lejanos con sus erguidas torres envueltas en la niebla; hacia otra parte limitaba el llano una sierra azulada, cadena de montañas altas, negruzcas, con pedruscos de formas fantásticas en las cumbres.

Enfrente se extendía el Mediterráneo, cuya masa azul cortaba el cielo pálido en una línea recta. Bordeando la costa se veía la mancha alargada, oscura y estrecha de

EL CAMPANARIO DE MI PUEBLO

Yo escuché en diferentes urbes lejanas la voz de las campanas que otros alientan.
;Pero ninguna suena cual tus campanas!
;Pero ninguna cuenta lo que ellas cuentan!

Y es que reflejan fieles toda mi vida sus toques ora dulces, ora viriles.

La voz de tus campanas, dulce y sonora, las penas y alegrías del pueblo canta...
;Ella conmigo ríe, conmigo llora, y es la voz con que al alma, ensoñadora, habla mi madre muerta, mi madre santa!

CARLOS LLINAS

(Publicado en «Revista de Castellón», página 12 del núm. 30. Año 1913.)

XOPS

Vora la séquia marjalera
de borinots i samarucs,
els xops s'apleguen en renglera
i encar tremolen de porucs.
En l'aigua, espill, la imatge sura,
i al fang de llim negre del fons
es fa les ondes la Natura
amb les anguiles i escurçons.

BERNAT ARTOLA

(De Terra. Castelló, 1935.)



De la galería se baja por una escalera al huerto, y el camino que de aquí parte concluye en un cenador; un tinglado de maderas y de palitroques, sobre los cuales se sostienen gruesos trozos de un rosál silvestre lleno de hojas, que derrama un turbión de sencillísimas flores blancas y amarillentas.

A la entrada del cenador, sobre pedestales de ladrillo, hay dos estatuas, de Flora y Pomona; en el centro, debajo de la cortina verde del rosál silvestre, una mesa rústica y bancos de madera.

Subí por una escalerilla de caracol. Dolores, con la actitud que toma cuando se enfada, se apoyaba en un jarrón toco de barro que tiene el barandado de la azotea, mirando atentamente, con los ojos más tenebrosos que nunca, las avispas que revoloteaban cerca de sus avisperos.

A los lados del huerto se veían marjales divididos en cuadros por anchas y profundas acequias, en cuyo fondo verdeaba el agua.

Por la carretera, cubierta de polvo, iban pasando, camino del puerto, carros cargados

un pinar que parecía algún inmenso reptil dormido sobre el agua.

A espaldas veíase la ciudad. Bajo las nubes fundidas se ocultaba el sol envuelto en rojas incandescencias, como un gran brasero que incendiara el cielo heroico en una hoguera radiante, en la gloria de una apoteosis de luz y de colores. Absortos, contemplábamos el campo, la tarde que pasaba, los rojos resplandores del horizonte. Brillaba el agua con sangriento tono en las acequias de los marjales; el terral venía blando, suave, cargado de olor de azahar; por el camino, entre nubes de polvo, seguían pasando los carros cargados de naranja...

Fue oscureciendo; sonaron a lo lejos las campanadas del Angelus; últimos suspiros de la tarde. Hacía poniente, quedó en el cielo una gran irradiación luminosa de un color verde, purísimo, de nácar...

El cielo se llenaba lentamente de estrellas; envolvía la tierra en su cúpula azul, oscura, como en manto regio cuajado de diamantes, y a medida que oscurecía, el mar iba tiñéndose de negro...

MARINA

Allà sobre el verde mar
haciendo rumbo a la orilla
se ve una frágil barquilla
viento en popa, navegar
cortando el mar con su quilla.

Como el viento no le falta,
la barca a merced del viento
por el undoso elemento
se desliza, corre y salta
con gracioso movimiento.

Dejando una extensa raya
desde la barca a la arena
hinchada la blanca vela,
parece desde la playa
más que barquilla, gacela

No tarda luego en saltar
desde la barca a la arena
un viejo, un lobo de mar
que vuelve al tranquilo hogar
terminada su faena.

Trae una arroba de fresca
sardina, que desembarca
entre el barullo y la gresca
que al ver la abundante pesca
se arma en torno de la barca

JOSE FOLA IGURBIDE

(Poema publicado en la pág. 45 del
tomo I de «Castalia», semanario
ilustrado, núm. 6. Castellón, 1 de
agosto de 1886.)

TERRA

*La boira dalt dels brucs s'esfilagarsa
i pels forats hi ha un decessall de flames.*

*En els cocons, que vessen, s'insinúa
la victòria de l'iris. Ja no ploren
els núvols de tristor. Torna a la vida
d'impotència i de somni, l'esperança
que es moria de set entre les fulles
i volia ésser lleu i anar per l'aire
en els braços del vent, a collir boires.*

*La mar propera s'ha tornat més blava.
Hi ha olor d'espígol i claror de posta.*

*La plana és cap de molsa, tota verda
i tendra d'humitat. No s'endevinen
els pobles ni els camins. Sols una ermita
encesa de fervor i de mirades
relluix sota l'opac dosser de núvols,
coronada pel Sol de la victòria.*

*Torna el paisatge al mon de la celistia
per l'arc triomfal on cremen les set llànties.*

BERNAT ARTOLA

(De Terra, págs. 9 y 10. Castelló, 1935.)

CANT A LA TERRA ROJA

Terra roja, terra solta,
arrastra de les muntanyes.
Terra verge, terra roja,
duta pels vents i les aigües.

Amb l'aroma dels timons
de l'espígol i el romer
baixa a germinar els horts
de llimons i tarongers.

Als fruits dóna la dolcor
calenteta de la mel;
a les flors dóna color
pur i net del nostre cel.

Terra roja del secà,
molsa que engendra la vida,
paratge d'homens quallats
enamorats de llur dida.

Viver de brunes donzelles
amb ànima d'albor pura;
esclat de roses vermelles,
llavis com fruita madura.

ENRIC FORCADA TRAVER

(De «Casolanes», pág. 7. Castelló, MCMLIV.)

III

DESDE EL SECANO

El famoso físico francés d'Arago, que a los comienzos del siglo XIX triscaba por nuestros andurriales en misión de verificar vértices geodésicos, corrió cierta pintoresca aventura relatada en sus Memorias. Y resulta interesante colocarla como colofón de este indígena manojo literario de flores silvestres del secano castellonense, cuyas montaraces laderas y serrijones se encadenan con las de Benicasim y Oropesa, de cuyos parajes nos habla el sabio extranjero.

RICARDO CARRERAS

DOÑA ABULIA

CAPITULOS XII Y XIV

Están en el Pigrós. Una albarrada, po-yuelo bajo de piedra seca y bien trabada, circunda la terraza, que algunos cipreses bordean; en medio eleva ingente su obscura copa rotunda el pino que da nombre a la masía.

Componen ésta dos cuerpos vetustos: el uno abovedado, caliginoso, tiene un "llar" de amplísima campana allá en la negrura del fondo... Una viejecilla apergamizada cuece una olla enorme, digna, por su capacidad, de las bodas de Camacho el rico, ya que no por su substancia, pues son las tajadas de amarilla calabaza y el complemento tiernas bajocas, pedregal de secas habichuelas y granizada de arroz, que la vieja revuelve con un cucharón de palo fuliginoso... El ambiente de este túnel es acre, saturado de emanaciones, de fermentos; imprégna el humo rústico de los gañanes y la tufarada de las zahurdas... Es la casa de labor; que tiene bodegas, lagares, cilla con panzudas tinajas y en el corral espacioso, sobre un porche, la garrofera con piso de tarima.

Adosada a uno de sus flancos está la de los señores..., con la cocina anchurosa, brocal de aljibe y arranque de la escalera que a los dormitorios altos conduce. Bien provista de menaje... De lo indispensable y aun de lo superfluo, atiborradas las despensas... Todo con mucha luz, con mucho aire...

Da peculiar carácter a la masía una cupulilla de barnizadas tejas cobrizas que espejean metálicos reflejos, caperuza de una capillita en cuya roñosa fachada, allá en lo alto, se yergue una resquebrajada espadaña con su cruz de hierro torcida y una campanaja cascada.

El cielo está cubierto; unos hinchados cúmulos corren veloces y descubren un telón pizarroso, hosco, amenazante... Allá, hondo, lejano, se percibe el fragor de la tormenta... Se entenebrece la estancia, los ánimos se inquietan. El viento brama frenético, iracundo... Un trueno seco, formidable, sin ecos amplios, estalla..., el firmamento parece desgajarse y luego comienza, atronador, el repiqueteo del granizo. El granizo salta y rebota en el suelo, en las paredes, disparado de las nubes pizarrosas, que rompen en serpentinadas de lívido centelleo... A través del líquido velo percíbense los corpulentos algarrobos, sacudidos por el huracán como cañas débiles..., la espléndida cabellera de sus hojas barre los suelos con chasquido de ramaje y estrépito de desgajamientos... Remite la ventolera... El agua se desprende con redoblada fuerza de las nubes sombrías... su ímpetu arranca pellas al enjalbiego de

las paredes. Del líquido polvillo, rastrera nebulosa que forman las salpicaduras, va surgiendo una corriente... una corriente luego avasalladora, que convierte cada rodiera en un arroyo, cada camino en un río, en lagos cenagosos los bancales... Y retumban, retumban los truenos y ensordece el fragor de la lluvia y destacando de este rumor se oye bramar la corriente que se desliza atropellada y rompe en pavoroso estrépito al caer en cascadas por las peñas adustas de los barrancos...

(Del cap. XIV de Doña Abulia.)

La mañana es fresca, diáfana... La tempestad ha barrido la calina y el sol centellea... Remonta mayestático, deslumbrante, de la faja de turquesa de la mar lejana... Refulge el esplendente disco y tiñe de ópalo las nubes, las tiñe de rosa, y a la turquesa del mar arranca argentadas brillanteces, áureas y nacarinas irisaciones...

Vivificada por el sol la feraz llanura, resurge en su verdor de tonos variados, en una gama espléndida de matices. Allá abajo, junto al azul del mar, que cierra el horizonte, de la mancha parda, verdinosa, oscura, de los naranjales, en la que destacan alquerías blancas, campanarios de un rojizo deslustrado, viejo; siluetas de pueblos... Una carretera blancuzca serpentea y el seco cauce de una rambla traza meandros grises... En la lontananza un puente de piedra blanca muestra las oquedades de sus ojos, y por un puente rojo, de hierro, pasa veloz un tren negro que deja en el espacio flotantes vedijas grises... Cerca, las viñas, de un verde fresco, presado, dórnanse al sol, y amarillean las pomposas copas de estos algarrobos con su verdor caliente, perenne, y los copudos olivos grises, mecen sus álaves rehilantes... Aquí y allá muéstrase bermeja la tierra labrantía y unas escasas mallas verdinegras denuncian yermos, tierras llecas. Del verdor emergen enhiestas las chimeneas altas, esbeltas, juncales; surgen caserías rojizas, blancas y amarillas, con techumbres pardas... Y cercándolo todo, la ingente muralla de la sierra, de un azul obscuro intenso con grises pinceladas y golpes violáceos, traza un arco gigante, cuya cuerda es el mar... Este mar tan azul, del que surge gris en el horizonte remoto la vaga silueta de las Columbreas; el mar, cuya brisa anima los algarrobos, el que ahora se tacha de puntitos blancos de las velas... Pita un tren y trepida; tañen campanas; llegan vagos, flébiles sonidos, tenues rumores... Aquí pían alegres pájaros, un gallo entona airado sus agudas notas... Y la esquila cascada repica incesante, impulsada por el viejo masovero.

LLAMA DE AMOR

DE «LLAMA DE AMOR», CAP. IV. MADRID, 1912

IV

Dos higueras lozanas amenazan sepultar bajo la pompa desbordante de sus pámpanos el caserío encumbrado en una loma; la ingente montaña del "Desierto" es su guardián del norte, a sus espaldas; a la diestra, hacia el sur, Montalto alza sobre su pelada cima las quebrantadas torres que fueron desprecio al aire, y las ruinosas murallas de un rancio castillo feudal rendido, ¡ay!, a su gran pesadumbre; y los remotos picos de Santa Gadea, vestidos de pinar verde y espeso desde las cumbres afiladas, donde las nubes se desgarran, hasta la fimbria de sus faldas orladas por las espumas del Mediterráneo, cierran el horizonte de la Frondalia, dejando apenas, entre sus laderas y las de Montalto, un risueño ventanal por donde se escapan las miradas hacia la faja del mar fronterizo, cuna del sol en cada aurora. Desviados los ojos a ras del perfil abrupto de Montalto,

se columbra la deleitosa campiña, siempre verde, perfumada y geórgica, ofrendadora de frutos jugosos a la ciudad agrupada en torno de su campanil esbelto. ¡Aurancia, en medio de sus huertas, parece una alegoría de la gentil Pomona rodeada de ninfas y de faunos que le brindaran cestos de frutas y guirnalda de flores!

Por las noches, desde la terraza del casal, se oye el lejano zumbido de las olas como si alentaran en aquellos barrancos que cercan la finca, y que al lucir el sol se muestran llenos de floridas adelfas. Maravilla de los ojos es este valle, donde la vista se entretiene y disfruta de fresco verdor y, al deslizarse por él, placidamente encarcelada, se encuentra a su término, con delicioso asombro, el alegre mar azul; un jirón de mar lleno de luz, que tiene por marco este valle encantador.

F. DE ARAGO

HISTORIA DE MI JUVENTUD

«VIAJE POR ESPAÑA» (1803-1809). PUBLICADO EN COLEC. AUSTRAL. BUENOS AIRES. 1946

Una dirección inexacta dada a los reverberos situados en Ibiza, sobre el monte Campvey, hizo que las observaciones efectuadas sobre el continente fueran sumamente difíciles. La luz de la señal de Campvey se veía muy de tarde en tarde; estuve, durante seis meses, en el *Desierto de las Palmas*, sin vislumbrarla, mientras que después la luz establecida en el *Desierto*, pero ya bien dirigida, se veía todas las noches desde el monte Campvey. Podrán ustedes darse fácilmente cuenta del aburrimiento que debía experimentar un astrónomo joven y activo, confinado sobre un picacho, sin tener para estirar las piernas más que una extensión de unos veinte metros cuadrados, y por toda distracción la conversación de dos cartujos cuyo monasterio quedaba al pie de la montaña.

En el momento en que escribo las presentes líneas, viejo e inválido, con dos piernas que a duras penas me sostienen, mi pensamiento, involuntariamente, vuela hacia esa época de mi vida en la que, joven y fuerte, resistía las mayores fatigas y caminaba día y noche en las comarcas montañosas que separan los reinos de Valencia y de Cataluña del reino de Aragón, para levantar de nuevo las señales geodésicas que los huracanes habían derribado.

Los salteadores de caminos peor afamados tenían por centro de sus correrías los alrededores de Oropesa. Los dueños de las tres mulas en las que cabalgábamos por aquellos parajes, el señor Rodríguez, yo y mi sirviente, una noche nos narraban las "grandes hazañas" de estos ladrones, hazañas que aun en pleno día habrían puesto los pelos de punta al más valiente. Estábamos en esto, cuando de pronto observamos a un hombre que trataba de esconderse detrás de un árbol; éramos seis, y, sin embargo, tuvo la audacia de pedirnos la bolsa o la vida; mi sirviente le contestó en el acto:

—Nos debes creer muy cobardes; apártate de nuestro camino si no quieres que te pegue un tiro.

—Está bien, me retiro —contestó el miserable—, pero pronto tendrás noticias mías.

Impresionados por las historias que acababan de contarnos, los arrieros nos su-

plicaron que abandonáramos la ruta real y nos internáramos en un bosque que había a nuestra izquierda. Accedimos a sus ruegos, pero, por desgracia, al poco rato nos perdimos.

—Deténganse —nos dijeron los guías—; las mulas han obedecido a las riendas y ustedes las han dirigido mal. Rehagamos el camino hasta llegar de nuevo a la carretera, y allí abandonen las mulas a su instinto y ellas solas sabrán llevarnos en buena dirección.

Apenas hubimos realizado esta maniobra, por cierto que con gran éxito, oímos una acalorada discusión a pocos pasos de nosotros:

—Tenemos que seguir por el camino principal y los encontraremos—decían unos.

Los otros, por el contrario, afirmaban que había que penetrar en el bosque por la derecha. Los ladridos de los perros que acompañaban a estos individuos hacían un ruido ensordecedor. Mientras tanto, nosotros, más muertos que vivos, caminábamos silenciosamente. Serían alrededor de las dos de la madrugada. De pronto vimos una luz débil en una casa aislada; era lo mismo que para el navegante un faro en medio de la tempestad, y el único medio que podía salvarnos de nuestra situación. Al llegar a la puerta de la granja, golpeamos y pedimos albergue. Sus moradores, con gran desconfianza, pues temían habérselas con ladrones, no se apresuraban a abrir.

Impaciente y nervioso por la tardanza, exclamé (estaba autorizado para ello):

—¡En nombre del rey, abrid!

Ante semejante orden, se apresuraron a desatracar la puerta; inmediatamente nos precipitamos, sin orden ni concierto, en la cocina, que era la primera habitación que encontramos al paso; y con premura apagamos las luces, a fin de no despertar las sospechas de los bandoleros que nos buscaban. Al poco rato los oímos, en efecto, pasar una y varias veces cerca de la casa, maldiciendo con toda la fuerza de sus pulmones su mala suerte. Ya en pleno día, abandonamos esta casa aislada y proseguimos nuestro camino a Tortosa, no sin antes haber remunerado convenientemente a nuestros inesperados huéspedes. Pero antes de marcharnos quise saber debido a qué cir-

EL DESIERTO DE LAS PALMAS

Rodeada de cipreses
y piedras despedregadas,
la ermita blanca aparece
subida la escalinata.

Sobre las ruinas de un fuerte
estos versos de algarrobos.
(Olorosa calma
de la Magdalena.)

Arboles, piedras y campo.
Parajes inhóspitos
en la dura soledad castellanense.
Entre parraños, la Plana.

Sitúase el
silencioso monasterio
escondido en el desierto.
Santuario del bien
¡píntame el alma de ti,
carmelitano concierto!

Nuestra Señora del Buen Consuelo:
Custodia esta santa madre
el misero cuerpo hoy pío.
Ermitas de penitencia.
(Tal, la monje Eufrosyna
—casta y en yermo de hombres disfra-

zada—,
Por tradición conventual
milenarios orantes.

Memorables inscripciones.
La mía la pongo así,
poca para sus verdades:
«Dejadme vivir de Dios
y en la gracia sostenerme.
Tenderme mirando al cielo
y tener por lecho la yerba verde.»

Todo es vuelo y lejanía
tras los montes.

MARIO ANGEL MARRODAN

(Castellón, estío, 1959.)

SINFONIA AGRESTE

¡Aire de abril...! ¡Tropel de golondrinas!
En medio del paisaje montaños
yacen las melancólicas ruinas
del castillo pairal de Montornés.

Arde al Sol rubio el esqueleto pardo
de Montornés, sobre el peñasco rudo,
y un águila escapada de su escudo
alza su vuelo de oro, agosto y tardo.

Picachos de Santa Agueda, altas rocas
cuyo perfil robusto se dibuja
sobre las nubes en que se arrebuj
la cumbre del Bartolo en blancas tocas.

Montaña de pinares susurrantes:
por sus recias laderas y barrancos
tañen dulces esquilas tintineantes
cabras bermejas y borregos blancos.

Trisca el rebaño, libre a sus antojos,
entre los matorrales montesinos,
a la lírica sombra de los pinos
y por riscos verdeantes de matojos.

CARLOS G. ESPRESATI

(De Azahar. Castellón, 1930.)

cunstancias providenciales habían encendido una lámpara a hora tan inoportuna. "Fue debido —me contestaron— a que durante el día sacrificamos un cerdo y estábamos preparando morcilla." Hagan ustedes vivir al cerdo un día más o supriman la morcilla, y es casi seguro que no estaría más en este mundo y, por lo tanto, no podría contarles la historia de los bandoleros de Oropesa.

FONTROBADA

(DE «FONTROBADA». PÀGS. 14 Y 23. CASTELLÓ, 1932)

Després de ben arremullats arribaren al camí que el camperol els digué. Allí canviava el paisatge. Era un vessant, el que arremataven de pujar; es veïa encara una gran part de la Plana i més properes les vinyes, garroferals i pins de Poblivilles, la rojor i verdor de les muntanyes que ara xafarien contrastava amb la blancor a taques cendroses d'aquell pla entrecreuat per les innumbrables vetetes rosades, blanques i fosques del camins, carreteres i ferro-carrils.

Què bé s'anava de revallada! No tardaren deu minuts en arribar a vore la vall oposta al vessant de la part de Poblivilles en la que a l'esquerra es veïen pinars frondosíssims, ombrívols, pels que no tardarien

gens a ficar-se, ja que per ells es perdia el camí de la font serpentejant entre les frauds, soques, brosses i malees del bosc. A la part dreta de la vall, una grandiosa i extensa plantonada d'oliveres resta a la terra la sanguinosa color amb llurs rames d'un verd clar i boirós. Damunt dels bancals, s'alcen magestuoses les dues puntes més altes de Santa Agata. Ara ja no es pot vore la blava veta de la mar; la deixaren darrere de la barrera de les agulles que com un serrutxo colosal clavat per Hèrcules en la terra amb les dents cap amunt, separa el terme de Cabanelles dels termes dels poblets de la banda de la marina.

Ja quan acabaren la revallada al barranc trobaren una d'aquelles masades —la més gran de totes— vorejada de terres sembrades que de lluny n'eren com un vellutat tapís d'una brillant color verda puntejat de roig, groc i blanc.

IV

POR LA ORILLA DEL MAR

El protagonista de la novela de Pío Baroja, "Camino de Perfección", que en los fragmentos antes reproducidos inicia su idilio con Dolores (sobre el paisaje de Castellón, al fondo), acaba casándose con ella. El viaje de novios, hacia Barcelona, ofrece a Baroja motivo para escribir una página descriptiva de nuestra costa recorrida por el trazado del ferrocarril, cuya nocturna visión desaparece al atravesar el túnel de Oropesa.

Los accidentes de la faja litoral, con sus marjales, sus playas, sus pinares y sus farallones, son tema en prosa y verso de plumas castellanenses que se honran viéndose acompañadas por otras dos, si no indígenas, sí valencianas y de nombradía mundial: las de Blasco Ibáñez y Gabriel Miró.

MARJALES

No recuerdo ahora quién dijo que muchos lugares de nuestra marjalería evocan países orientales por el color de su cielo, la disposición de las tierras, su vegetación abundante, entre cuya espesura se abren paso las acequias orilladas por la sombra de los granados en flor y reflejan —cuando la flora silvestre que crece en ellas se retira y dejan nítida la superficie de las aguas— los cultivos de las huertas, los juncos, los lirios y las ríngleras de los chopos.

En los marjales, el paisaje agrario castellonense ofrece una armónica complejidad de aspectos totalmente nuevos y una bellísima escala de tonos, calidades y matices.

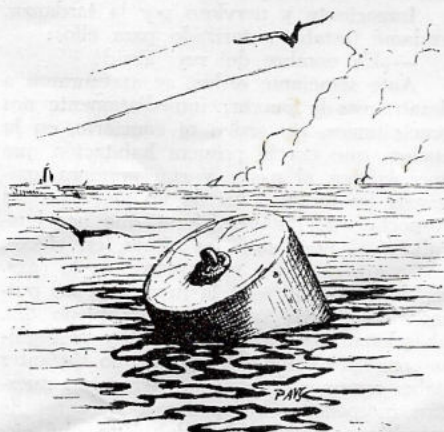
Estas tierras bajas y húmedas del litoral, cubren una estrecha y larga zona que se extiende a ambos lados de la capital, entre las huertas que riega el Mijares, y el mar. En ellas, el agua que brota de los "ullals", veneros inagotables, aumentada con la que sobra de los riegos de las huertas inmediatas, fue debidamente encauzada con la apertura de amplios y caudalosos azarbes que dejan entre sí altas parcelas rectangulares de tierra negruzca, muy apta para el cultivo.

Para el riego de la marjalería alta se utiliza el agua de las mismas acequias elevando un reducido caudal con pequeñas norias o típicos balancines denominados "tahones". En los marjales bajos, la lenta y constante filtración del agua de las zanjales para mantener jugosas las frutas, legumbres y hortalizas.

Estas feraces huertas de hoy "marjals i sortanells" con su pequeño refugio de sencilla arquitectura, la "alquería", que ha venido a reemplazar a las antiguas barracas cubiertas de "senill", son regalo del hombre labrador y fruto de aquel trabajo que sus antepasados culminaron en los siglos XVII y XVIII y se inició en el XIII, cuando empezó el saneamiento de estos terrenos incultos, pantanosos y repletos de maleza, que sirvieron más de una vez para el ejercicio de animadas cacerías reales.

EDUARDO CODINA

(De la revista *Penyagolosa*, diciembre, 1959. Castellón.)



A l'estable hi havien dos matxos de lluentosa i negra pell, ventant les mosques. Una retorçada parra s'agarrava per la paret escampant els seus pàmpols i bagots pels cabirons entrecreuat de l'emparat. Patos, gallines i pollastres s'escarotaven al pas de la camada, fugint amb incertitud a petites



corregudetes. Un gos lleig i pelut, d'ulls llaganyosos, molt brut tot ell, s'estirava i badallava pereós en el brançal de la farumejant porquera, on grunyien varies truges encara més brutes que el gos, reboquant-se pel fem.

Rodaren pel costat del mas; al banquet de pedra i rajola proper al portó del casaliç n'eren assegudes varies persones. Un vell, al mig, contava un conte; una xiqueta de llustrosa i vermella careta de poma, ulls vius i monyo rematat en pirri que nugava un gran floc de llista blanca, seria la neteta de l'avi que parlava, al que oïen, además, unes masoveretes, també de cara espavilada, i altres dues d'aspecte de senyoretetes...

LLUENT

Aviram espars.
Tamarius i roses.
Tremola en les brosses
la febra de Mare.

Molt lluny el pinar;
aprop, les palmeres
i moltes dreces
de cap a la mar.

Senill i senill.
En un camp d'arròs
un núvol boirós
es mira a l'espill.

Senill i fenoll
i enmig, amagat,
paren l'enfilat
amb l'aigua al genoll.

¡Quin ventet més fi
duu la mar propera!
¡Gronxa la palmera
com si fos un bri.

Passa un caçador
amb el gos nugat
que fuig, enfangat,
ple de tremolor.

I brunz el mosquit
que empelta tercià
y la tramuntana
que acosta la nit...

Aviram espars,
Tamarius i roses.
Tremola en les brosses
la febra de Mare.

BERNAT ARTOLA

(De «Terra», Castellón, 1935.)

PLAYAS CASTELLONENSES

(DE LA REVISTA "PENYAGOLOSA", DICIEMBRE 1957)

Dentro del amplio seno que la costa mediterránea española dibuja entre el cabo de la Nao y la desembocadura del Ebro, algo más de un centenar de kilómetros corresponden a las playas castellonenses. Son playas de peculiaridades diversas, de variados matices, playas en cuyas arenas se conjuga con amplitud de tonalidades, toda la gama de los colores del oro, pero respondiendo en conjunto al denominador común de un mar tranquilo y un alto cielo de viva luminosidad —*techo tranquilo*, del verso valeryniano—, despejado la mayor parte del año. Riberas serenas, evocadoras de clásicos perfiles en el remolino fugaz de sus espumas, abiertas en las planas litorales y con un fondo, silueteado en azul, de espaldares montañosos —fragancia mediterránea del tomillo y del romero, del olivo y del almendro, del algarrobo y de la vid— que en ocasiones se acercan al mar para urdir con él viejas historias de piratas.

Avanzada septentrional de la geografía marinera castellonense, Vinaroz ofrece, con su limpia playa, la fama de sus productos pesqueros...

Por carretera, que se desliza al borde del mar, se llega a Peñíscola, la joya de las playas castellonenses. Como la estampa de una potente nave de piedra anclada frente a la costa luminosa, Peñíscola se adentra en el mar por el istmo que separa sus dos playas —arenas gratas, aguas transparentes— y levanta en su cima el castillo que albergó los sueños de Pedro de Luna...

Ceñida por el promontorio del faro... y las alturas de Oropesa la Vieja, la playa de Oropesa adopta la curva de una graciosa bahía de suaves arenas... Entre Oropesa y Benicasim, los montes del Desierto de las Palmas se precipitan en el mar, recortando diminutas calas (*Playetas de Bellver*) que en otros tiempos ofrecieron seguro lugar de ataque para los piratas berberiscos y hoy conocen el bullicio de la concurrencia veraniega. Y nos asomamos a Benicasim, a la vista

de la Plana... Al amparo de las naturales condiciones de su "olla" vio convertirse en airoas casas de recreo las chozas de los pescadores, hasta llegar a constituir "Las Villas", en el día de hoy uno de los más famosos centros estivales de España.

Próximo a Castellón de la Plana se levanta el caserío marítimo del Grao... Al norte de éste, el extenso bosque del "Pinar" presta el encanto de sus umbrosas copas y de su verdeante suelo a la amplia e inmediata playa que se estira en lontananza hasta enlazar con la de Benicasim...

En el corazón de la Plana, Burriana posee su Grao y su puerto... La playa es luminosa, de canto rodado y arena, y se adorna con el tono moderno de muchos hoteles y villas... En Chilches y Almenara, confín de la Plana y de la provincia, nos despedimos de las playas de Castellón.

Toda la costa provincial es, realmente, una sola y única playa, recorrida a lo largo por el ferrocarril y la carretera general de Valencia a Barcelona. Pero dentro de esta unidad pueden distinguirse dos sectores, con características propias, sirviendo de separación, como fiel de compensada balanza, el Grao castellonense.

Las playas del tramo septentrional sugieren por la historia que a ellas está ligada y el paisaje que las rodea, por los castillos roqueros y las viejas construcciones de

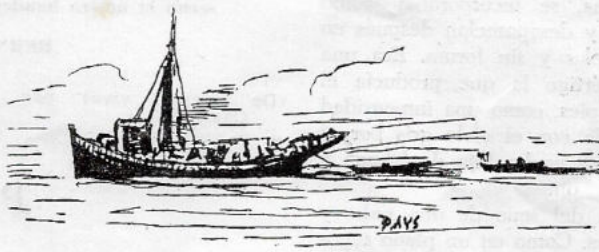
ANGEL SANCHEZ GOZALBO

COLOR Y FORMA

(DE «BOLANGERA DE DIMONIS», CASTELLO, 1931.)

Un ventijolet suau refresca la calitja d'aquella nit d'estiu. El jagant de pedra, acaronat pel blanc vellutat de la lluna, comença a daurar-se, a encendre's en el foc de tots els segles i s'emmiralla en l'espill de la mar. El castell del cim se'n puja al cel i guaita les immensitats llunyanes i blaves, les properes i tendres verdors de les ubèrri-

la serralada, pampoloses de verdors d'ametllers i de pins. Estols de blanques barquetes s'albiren per front de la Ràpita, de les cases d'Alcanar, de Vinaroz, de Benicarló, del Pebret, d'Alcocebre; altres més properes són barques del tiret que acaben de xorrar els ormeigs i que ara entren amb els cóvens plens de llangostins, de palaí, de



mes Doies, Merceres i Llandells, de les Borrianes, Sorlines i terres del barranc de Moles arrapades muntanya amunt, amb les hortes roges que confonen la ufanía seua amb la verdor xarolada de les garroferes dels Poais.

Alça el cap el jagant; comença a moure's aquell moteró de pedra apretat pel cinturó de muralles. Ixen dels caus els bon pagesos i aparellen cavalls i someres per anar-se'n a l'horta, al trenc de l'alba. Altres se'n van als Pitxells, a les Irtes, les terres aspres de

mabres, de raps i gallinetes, de galeres i de caragols punxosos. El jagant se despereja i les rep amorós amb el seus braços, a l'ensems que foragita al pagés conreador d'aquella grandassa catifa verda. El sol torra la seua corpenta milenària i enjoia d'or vell aquell moteró que es recolza damunt del verdosc matalaf de la mar a la matinada.

Des del roquissar de la punta del Mabre contempla Paniscola Howard amb els pinzells i la paleta a la mà...

SI DIGO EL MAR

Si digo el mar digo su dentellada verde, su ira, la ola que se esfuma y renace otra vez y muere espuma cantando en caracola sosegada.

Digo su faz mudable, la rasgada planicie de los vientos que rezuma un vaho secular; digo esa bruma que el sol en rosicleres anonada.

Y otro mar entrañable también digo, que me desvela y ciñe y no desmayá; mar creciente de mí. ¡Oh, mar testigo de mis propias orillas! De atalaya tu corazón de rey, alto, conmigo, aupándome en silencio donde vaya.

JUAN PORCAR

BIOMBO

I

Cerca del puerto desde la linde baja de un huerto de limoneros, en el marjal, se ve el paisaje bajo un celaje primaveral.

Paisaje de colores gayos —malva, azul, violeta y naranja— que el sol dora con sus últimos rayos en una luminosa franja.

Una gasa leve de bruma las montañas lejanas esfuma, y en un cielo de nácar y raso se disuelve el azul de las cumbres entre el polvo de oro de las lumbres del Ocaso...

El terciopelo verde del pinar, surge a la orilla del mar azul con espumas de plata, y a la luz del crepúsculo naranja y escarlata, un pino se destaca sobre el cielo con su fronda de terciopelo y el tronco retorcido como un músculo.

II

Junto al pinar, detrás de la duna, extiende una charca pantanosa su espejo de agua verdosa donde se retrata la luna pálida y ojerosa.

CARLOS G. ESPRESATI

(De «Azahar». Castellón, 1930.)

defensa en ellas tan frecuentes, acentos y rimas de antiguo sabor épico. Las del sur, por el contrario, están envueltas en un perfume huertano, por el tenue aroma de la flor y del fruto, poniendo en su paisaje la gracia aérea de las oscilantes palmeras una nota de resonancias moriscas y meridionales.

EL PAPA DEL MAR

(«EL PAPA DEL MAR», CAP. II, DE 3.ª PARTE.)

Dos días llevaba Borja nada más en el último refugio del Papa Benedicto y se imaginaba haber vivido sin salir de él una suma considerable de meses. Conocía Peñíscola por la visita hecha años antes. Al volver, la encontraba igual, como si el tiempo no existiese para sus edificios y sus habitantes.

Le gustaba salir de su recinto amurallado, pasar la lengua arenosa que la une a la costa y desde allí abarcar en una ojeada los anillos superpuestos de sus baluartes, el caserío apretado y en escalones, de una blancura luminosa y sobre la cúspide su robusto castillo de torres desmochadas. En él había vivido durante ocho años el abandonado Pontífice, insistiendo en su legitimidad, haciéndose temer hasta el último momento por los mismos que fingían despreciarlo.

Este promontorio se convertía en una isla cuando el Mediterráneo empezaba a encrespase contra sus murallas, cubriendo con el avance de sus olas en volutas, lívidas y cóncavas, empenachadas de espuma, la faja de arena que lo une con la tierra firme.

En tiempo de bonanza, toda la flota pescadora de Peñíscola, barcos embreados y de gruesas bordas, se ponían allí en seco, formando doble fila sobre dicho istmo.

Borja, al dar la vuelta al peñón en una barca, había apreciado sus maravillas marítimas. Una espléndida flora se deja entrever, con temblores verdes, rojos y nacarados en el fondo de las aguas. Grandes rebaños de salmonetes pastaban en estas praderas submarinas, conservando en su interior hasta después de haber sido despojados de sus entrañas, el saborcillo amargo y la pulpa verde de las hierbas devoradas. El langostino, regio ornato del Mediterráneo, pululaba con transparencia de cristal en las cuevas profundas del peñón o se extendía

en bandadas por las llanuras herbáceas y en declive que forman el gran parque subacuático en torno de Peñíscola.

Las barcas de pesca y los laúdes de cabotaje no necesitaban enviar sus tripulaciones al interior del pueblo para hacer provisión de agua dulce. Les bastaba atracar al pie de uno de los baluartes que aún mantiene el escudo del Papa Luna, grabado en sus piedras. Entre el muro y las rocas del suelo surgía una fuente, y los navegantes, desde la cubierta del barco, podían llenar sus toneles. En esta muralla marítima, un gran arco tapiado marcaba el sitio por donde las galeras del citado Papa podían penetrar en la población, quedando al amparo de la primera línea de fortificaciones.

Una fuente de agua salada existía dentro de Peñíscola entre las varias de agua dulce, siendo llamada *El Bufador* a causa de sus gigantescos soplos. El peñón estaba socavado por varias cavernas, siendo todo él a modo de una esponja pétreo. En las cuevas más angostas se refugiaban los peces para reproducirse al abrigo de las agitaciones exteriores. En la bóveda del socavón más grande existía un agujero, a modo de tubo de chimenea que venía a terminar en una plazoleta del pueblo. Los días de tormenta penetraban las olas tumultuosamente en la gruta submarina, empujándose unas a otras en su avance y su reflujo, y estos choques

elevaban una gruesa columna de agua salada por el respiradero de *El Bufador*, rociando a los transeúntes desprevénidos.

Todas las calles ascendían en forma de escalera; una sucesión de mesetas empedradas de guijarros azules, tan pulidos por la lluvia que resultaba peligroso marchar sobre ellos. Aglomerado el vecindario de marineros y labradores dentro de una fortaleza, las calles eran angostas y las casas carecían de espaciosos corrales.



Los despojos de la pesca y el estiércol de las reducidas cuadras mantenían una perpetua nube de moscas. Y al final de esta pirámide de edificios blancos con su doble anillo de baluartes que parecían sustentarla, lo mismo que los aros de un tonel sostienen sus duelas, se alzaba el castillo, designado por las gentes del país con el apodo viril de *El Macho* a causa de su robustez.

MARINERIA

El meu pare és mariner,
i ma mare, marinera;
el meu bres, la blava mar;
el meu somni, la tempesta.
Xiqueta si vols pujar
ja és llesta la barca meua;
navegarem mar endins
fins perdre dels ulls la terra.

Ben juntets, escoltarem
la encisadora sirena;
el teu cap, sobre el meu pit
i el meu cor a cau d'orella,
bategant entre daurades
ones de cabells de seda,
com un peix en un alguer
esverat per la tenebra.
La tremolor de la mar
pareixerà més quieta;
puix no hi ha guerra ni plany
quan és l'amor qui navega.

Els nuvols se'n aniran
cap al port sens moure fressa,
i nosaltres, mar endins,
navegarem amb empena
mirant com tornen les naus
girant-se plenes d'enveja.

La brisa serà l'amor;
el meu pit la blanca vela.
Tos cabells, sirena d'or,
seran la nostra bandera.

BERNAT ARTOLA

(De «Llantia viva», pág. 112. Any 1947, Castelló.)

ALAS

Del barco frágil ya sólo
te queda el velamen. Alma,
¿qué piensas del barco roto
sobre la arena dorada?

El viaje aguarda de nuevo
sobre la mar ya encalmada,
el viaje de idas y vueltas,
de nunca cumplidas ansias.

Arriba, el espacio inmenso,
mar sin orillas, calada,
se apresta el bogar en rutas
de sendas jamás holladas.

¡Mar sin orillas! Es bella
la senda nunca acabada,
¡la senda de los que arriban
sin término de jornada!

Verás; esta noche, solos,
para cuando llegue el alba,
de las velas de este barco
te voy a hacer unas alas.

RAFAEL CATALA LLORET

(De *Inquietud*. Castellón, 1931.)

PIO BAROJA

CAMINO DE PERFECCION

CAPITULO LVIII

Fueron (a Barcelona) en un tren correo, completamente solos en el vagón...

Algunas veces el tren se acercaba tanto a la playa, que se veían a pocos pasos las olas, que avanzaban en masas negras y plomizas, se hinchaban con una línea brillante de espuma, se incorporaban como para mirar algo y desaparecían después en el abismo sin color y sin forma. Era una impresión de vértigo la que producía el mar, visto a los pies, como una inmensidad negra, confundida con el cielo gris por el intermedio de una ancha faja de bruma y de sombra...

Salió la luna del seno de una nube y rieló en las aguas. Como en un plano topográfico se dibujó la línea de la costa, con sus promontorios y sus entradas de mar y sus lenguas de tierra largas y estrechas que parecían negros peces monstruosos dormidos sobre las olas.

A veces la luna vertía por debajo de una nube una luz que dejaba el mar plateado y entonces se veían sus olas redondas sombreadas de negro, agitadas en continuo movimiento.

De pronto penetró el tren en un túnel. A la salida se vio la noche negra; se había ocultado la luna. El tren pareció apresurar su marcha.

POEMES MARINS

II

Tenia els ulls plens de veles.
La mar li feia el vestit.
Prenia amb daler les teles
salobres del blau teixit.

L'immensitat sobre d'ella.
El cor hissant dins de nu.
Al cel el bleix d'una estrella
i al far els rajos que llu.

Unes barques peixcadors
van encendre els seus fanals.
La mar obria aleshores
ses pupilles fantasmals.

III

Hi ha al lluny una vela
al Sol
i una aspiració suprema
en l'horitzó;

i un benganti de llana que navega
pel cel
anclat
en el cor del vent.
I ací prop hi ha
la fortor de l'alga
i el rogle de dones
que circunden la xarxa.
Entre la mar i jo
la platja.
Entre el cel i jo
les gavines; i
entre tú i jo
l'horitzó mari.

CARLES SALVADOR

(De «Rosa dels Vents». Castelló, 1930.)

EN EL MAR: VINARÓZ

Las luces de la ciudad se hunden estre-
mecidamente en las aguas negras del puerto.

Va engulléndose el barco a una muche-
dumbre cargada de hijos, de hoces y azadas,
de fardelicos y costales de ropas pobres que
huelan a hogar muy humilde, y hay un vo-
cerío de feria aldeana.

Cuando la sirena del vapor ha arrastrado
su lamento en el fondo de toda la noche y
comienza a latir la hélice entre un fresco
nudo de espumas, Sigüenza sube al puente
con su camarada de viaje...

Un trozo de luna muestra el contorno de
la costa desnuda y ruborosa, porque hay en
la noche de la playa una emoción delicada
de mujer.

Los faros de destellos rápidos, inquietos,
y de ojos fijos, dan como una idea de soli-
citud, de vigilancia, de intimidad con el po-
bre barco solo en las inmensidades...

Por la mañana el viejo vapor se acerca
un poquitín cansado, a la costa.

Los pinares se asoman a las doradas emi-
nencias de los montes como si hubiesen su-
bido sólo por ver a los viajeros.

El sol los traspasa y calienta gozosamente.
En las laderas se descubre, a retazos, la
carne viva de la rojiza tierra labrada.

Y aparece Peñíscola, abrupta y gentil; res-
plandecen sus casas como vestiduras inmacu-
ladas de doncellas. En el mar silencioso, liso
y azul, se copia toda la diminuta península.

TOROS EN VINARÓZ

Vinaroz tiene una plaza
de toros junto a la mar,
donde celebra corridas
en la tarde de San Juan.

Es una plaza muy blanca,
no con blancura de cal,
sí con blancura de espumas
que reluce mucho más.
Y es airosa, porque el céfiro,
la brisa y el vendaval
por ella corren y pasan,
por ella vienen y van.

Acaso fue en otros tiempos
una magnífica nao
que, fatigada del ponto,
varó para descansar
y, por gracia de gitanos,
fue permutando su faz
y se quedó convertida
en coso de torear...

¡Acaso fue en otros tiempos
una magnífica nao!

Toreros y torerillos
que en el cartel figuráis:
hoy es día de lucirse
con valor y habilidad,
porque si así no ocurriese,
más valdría contemplar,
desde un arco de la plaza
y olvidando lo demás,
el espectáculo eterna-
mente bello de la mar.
¡Lámina sin fin de azules!
¡Cuánto añil en libertad!
¡Cómo palpan las aguas
con besos de oro estival!
Una vela de tres ángulos
avanza con majestad:
tres gaviotas juguetean
por el gusto de jugar...

ALMELA Y VIVES

(De *Lidia de toros y versos*. Valencia,
año 1945.)

(DEL «LIBRO DE SIGÜENZA». AÑO MCMXVII.)

Sobre las ruinas del castillo vuela una ga-
viota.

Peñíscola se funde, se esfuma debajo de
un oro ardiente y brumoso; su blanda silueta
recuerda los palacios de encantamiento.

Entretanto, se va ofreciendo el pueblo de
Vinaroz.

El ingeniero tiende su brazo hacia dos
chimeneas y la blancura redonda de la Plaza
de Toros...

—¡Ya estamos en Vinaroz! Sigüenza. ¿No
viste esos cables? Son del teléfono interurba-

no. Vinaroz tiene teléfono. Apostaría algo a
que tú no lo imaginabas.
No, no lo imaginaba.

Sobre el azul humean dos fábricas. Tomé
quiere visitarlas. Pero por un cantón aparece
un hombre enlutado que lleva bajo su brazo
una vara de borlas negras, y tañe un cuerno
de azofar. Le rodean las gentes, y él, leyendo
en un papel un trabajoso rato...

Y toca el cuerno y se aleja dando unas
zancadas cuya sombra inmensa se quiebra
en los tapiales soleados de un huerto callado
y melancólico...

El barco se entra por la negrura del mar.
Están las aguas tan paradas que las estrellas
se copian en su inquietud como las lumbrer-
cillas de un pueblo infinito y glorioso.

V

MAESTRAZGO ARRIBA

Iniciamos la exploración con el fuerte sabor popular del poemita de García Girona
describiendo la entrada, a todo escape, por las calles en fiesta de la ciudad de San Mateo
(capital del Maestrazgo de Montesa), de una corrida de toros envuelta por el gentío-proeza
que recuerda los encierros pamplonicos de los "sanfermines".

A partir de este episodio, todos los fragmentos antológicos del presente epígrafe son
"elatos, en marcha desde la llanura hacia las escabrosas altitudes de Zorita con su Santua-
rio milagrero de La Balma, o hacia Morella circuida de murallas en la cima de una
escarpada muela. Y durante el viaje la mirada ojoavisor del cronista descubre y su mano
ta anotando al paso, el colorido del paisaje o la curiosidad de una escena costumbrista o
la silueta de unas ruinas. O bien, como Baroja, rasguea, a lo relámpago, todo un itinerario
escueto.

L'ENTRADA DELS BOUS

I

¡Qué hermoses són les festes
del poble meu!
¡Qué alegres són los bous
de Sant Mateu!
Pel portal de València
entren los bous;
los fadrins, xiquets i homens,
¡que'n van de tous!
¡Ara entren! ¡Ja entren!,
diuen a crits.
Pel carrer de València
tot són xillits.
Els bous entren en corro
molt poc a poc,
mirant amb lo cap catxo
i els ulls de foc.
Set bous formen lo corro
que fan temor,
i un manso de plaxes
que du el pastor.
Los xiquets van a espentes
i a remolins;
a remolins i a espentes
van los fadrins.
A la plaça les Monges
han arribat,
on los dixeran rogle
ben eixamplat.
Los bous alcen la vista,
¡qué temor fan!
¡Ja menegen la coa!
¡A arrancar van!

II

¡Ara entren! ¡Ja entren!,
tornen a dir.
La gent se desemboque
formant motí.
Los homens amanixen
els seus bastons,
i es posen per les portes
i carrerons.
Per balcons i finestres
que dore el sol,
de dones i fadrines
en hi ha un estol.

Los xics tiren galotxes
i volantins;
les xiquetes pareixen
poms de raïms.
Lo fadrí de més cames
corre davant,
agarrat a les banyes
del manso blanc.
Los bous van com dimonis,
van escapats;
trisquen, saltan i corren
desatinats.
Los xics corren i peguen:
tot són xullits.
¡Pobret del que es retrasse!
¡Lo faran trit!
Los cops, crits i roïdo
tot s'ho embeu,
una mola de hòmens
darrere es veu.
A l'endret del Casino
un home cau,
lo xafan i el pategen
dixant-lo blau.
¡I cametes me valguen!,
diuen la gent;
a vint passes del manso
tots van corrent.
Los bous al mig la plaça
se veuen ja,
i al cadafal de Vila
toque el xulà.
¡Qué hermoses són les festes
del poble meu!
¡Qué alegres són los bous
de Sant Mateu!

J. GARCIA GIRONA

(De «Los Angeles», revista ma-
riana mensual, ilustrada, que
se publicó en San Mateo los
años 1920, 1921 y 1925. Año I,
núm. 9, pág. 6.)

LA LEGENDA DE LA VERGE

(DE «BOLANGERA DE DIMONIS», CASTELLO, 1931.)

Eren les nou del matí quan aplegaren al centre de la porxada plaça de l'Angel de Sant Mateu. Tot el pla, des de molt abans de passar Salzedella, atraïa les mirades del canonge. Les lluentes oliveres amb la seua pluja d'argent donaven més austeritat al paisatge. Per damunt de la grisor dels arbres milenaris de retorçudes soques, reeixia l'or vell de les pedres venerades de l'església i del campanar, groixut i gentil alhora... Camí de l'abadia, després d'haver contemplat la façana plateresca de la casa de Villores, sentiren una veu prima, però plena, que sortia d'una casa propera cantant la cançó

*Les sinyores xertolines
Vergonya se'n poden dà
Per que tenen un'angorfa
En conte de campanà.*

I amb aquesta conversa emprengueren el camí de la Serafina sense adonar-se'n de la gentil Torre dels Moragues que rellenteja l'or de les seues pedres en mig de la planúria empolsimada de l'argent de les centenàries oliveres, allí a l'esquerra de la carretera. Tampoc pararen esment al travessar l'ampla Rambla, ni veren l'hostal, a la vora de la carretera de Morella, des d'on arranca el camí que du a Xert.

Comencen les ondulacions suaus, atractives, que pugen poc a poc, sense alenar, sense fatigar-se i acaben en les replaces dels cims de les muntanyes. Els vessants estan pelats i no mostren més que la verdor vellutada de les botxes, de les matisses de té, les vermelles tulipes dels brucs, els poms morats del romani, les gemes de l'espígol que a l'esclatar el violat de les seues campanes embaumen moles i turons. Çà i enllà case-

rius, grupets de masades que se situen a algun racer o desafien els vents allà dalt d'un tossal.

Hem deixat a la dreta la Venta de l'Aire; de l'esquerra de la carretera i després d'una revol'ta surt el camí que va a Catí. Més avant s'albiren des d'una llometa uns finestrals gòtics i un portal barroc.

La verdor dels pampolosos àlbers descobrix aigua propera. Allí mateix una font. Al costat el casalic de l'antic hostal i de l'ermita de la Mare de Déu de Vallivana, la patrona de Morella...

Poc després corrien amunt, entre mig del bosc d'alzines zizaguejant voltes i revoltes de l'empinada carretera. Deixen darrere les arcades senyorivols que copsen una atractívola gràcia entre l'aspror del boscatge de carrasques. Pugen i baixen llomes i turons.

Ho veren i ho escorcollaren tot; la severa església i els seus tresors; el claustre, l'enteixinat i l'àbsis de l'església de Sant Francesc; el gegantí castell que es dreça damunt del rocam encinglerat d'on s'albiren els pobles de la rodalia i la tanca de muntanyes que amb la ressor dels seus conreus i el gris blau de les roques dels cims venen a confondre's amb el blau del cel. Un polsim d'or ho enlluernava tot i emboirava els perfils de la Canada d'Ares, de Palomita, del Turmell, de la mola de Xert, de Sant Marc, de la mola de la Garumba, de Morella la Vella i dels altres plans grandíssims dels cims de les muntanyes. S'afamava l'ambient a l'hora del migdia; el sol badava les penyes, daurava els patinats carreus, retostinava la terra dels camins mig-evals i mustigava les herbes montesques

alhora que encenia en flama l'esperit dels tres excursionistes, que folls d'entusiasme, miraven, remiraven i tornaven a mirar aquell paisatge milenari.

Després d'haver dinat, ja prop de les quatre, ixqueren de Morella, camí de l'ermita de la Balma. L'encant de les centenàries muralles i dels monumentals portals de Morella mantenien la conversa dels excursionistes. Arribaren a la força on conflueixen els rius que formen el Bergantes. Aquella niuada de cases arracerades a baix de la mola de Garumba, al capdamunt d'una llometa suau, ondulada graciosament i guardada de la verdor dels àlbers que creixen a la riba del Caldés, és el Forcall.

L'oratge era roïn. El vent galzejava les ventalles dels finestrals; forrellats i baldes no eren prou per immobilitzar-les i acabar el bamboleig. Badalls i corques rellentejaven la viva llum dels rellampecs. Una remor de trons redolava d'allà lluny. Les gotes eren grosses i caïen amb força sobre l'arbreda, les teulades dels casalicis i damunt les violades pedres de la tossa de la Balma. Ametllers i savines, lledoners i pins rebien xorrosos les assotades de la pluja i tremolaven de por; els seus gemecs es confonien amb els xiulits del vent, amb el remoreig dels canyars del riu, amb les aigües que refregaven els vessants i xorraven pels barranquissos cap avall, el riu hauria eixit gros i aniria ple, de gom a gom. La remor oïda abans seria del cap del riu que portaria a burribarra tot el que hauria trobat al davant.

visión cinematográfica de las cumbres que escoltan la carretera: a la derecha, erguida y amenazante sobre nuestras cabezas, la mola de "Morella la Vella", cuyos macizos de roca forman torreones gigantescos, huecadas murallas con grietas negras, cubos derruidos, almenas melladas, matabanes y rebellines temerarios, brechas ciclópeas vomitando derrumbes de peñascos rojizos y dorados y grises y ocre en amontonamiento de cataclismo. Sobre esta desolación grandiosa vuelan unos pajarracos rapaces de largas alas puntiagudas... Y a la izquierda, en la otra parte de la cañada, coronan la montaña los hirsutos acantilados de la mola "Garumba", empenachada de bravios pinos solitarios, rotundamente recortados sobre el cielo como aviones de un casco salvaje.

Mutación. A una revuelta del camino, este paisaje serio inicia una casi imperceptible sonrisa: asoma Forcall, rubio al sol, amarrado a su puente, entre la horca de sus dos ríos que fluyen una corriente miserable, de estiaje. Otra guiñada y lo dejamos atrás, a nuestra espalda, mientras la carretera sigue por la margen derecha del Bergantes. La ribera se ensancha, henchida de grava, monda y dura y blanquecina. De trecho en trecho, un gran pedrusco, un charco y un chorrito de agua que el sol descubre arrancándole un reflejo de cristal. Aquí y más allá, como islas verdes entre la cenicienta desnudez del cauce, una huerterecita en los convexos de todos los meandros... En las cañadas, maizales y verdura jugosa... Junto al terraplén del camino y al borde del río viene ahora una faja de lozanía. Frutales en las viñas..., acerolos, nogales, higueras; en la margen, chopos. Vertientes arriba, encinar y pinadas de un azuloso verde oscuro. Y sobre la carretera, para que pasemos ahora nosotros bajo su arco desmayado, la bóveda de unos sauces con sus colgantes estalactitas de esmeralda.

Casi al vuelo —a ojo de pájaro, o a mirada de soslayo de pájaro en fuga—, el escueto caserío de Villores, con la torre aguda, se descubre tras su recato escarpado, en la opuesta ribera... Abajo, en un remanso del río, unas lavanderas yerguen el busto para curiosear mirándonos con la mano en visera sobre los ojos: una saluda a nuestro coche agitando un trapo azul...

CARLOS G. ESPRESATI

UNA EXCURSION A LA BALMA

(DEL «BOLETIN DE LA SOCIEDAD CASTELLONENSE DE CULTURA». T. XII, PAG. 40, AÑO 1931.)

Corre el coche por la cornisa de la carretera, asomada al mar. Dejamos las playas de Benicasim y las playetas, la punta de la Colomera, atalaya solitaria erguida en lo alto de rocas y espumas. Son las ocho de la mañana, y el sol se quiebra en deslumbrantes ascuas sobre el temblor de la llanura azul... La ensenada de Oropesa, la torre del Rey Don Jaime en el oro matinal y, poco más allá, pasado el pueblo, tomamos la carretera de Cabanes.

Cuestas arriba, el aire se adelgaza: es fino, claro y oloroso a monte. Vemos —un momento aún, desde el collado de la divisoria— refulgir el áureo chisporroteo del mar lejano, en un destello glorioso, y nos despedimos de los horizontes marinos. Tierra adentro, sin parar en estos pueblecitos apergamínados, vamos devorando con ojos ilusos kilómetros de paisaje en evolución. Hemos perdido ya los algarrobos costeros: aparecen carrascas, higueras, masías dispersas. Y olivos; cada vez más denso el gris plateado de los olivares. De cuando en cuando, un abrigo de barranco; cañaverales junto a un molino; unas huertecitas jugosas..., y de pronto surge la sorpresa de San Mateo, con sus palmeras ante el cobrizo prisma de la torre, señoreando el caserío, y el verde de unos huertos que desbordan sus frondas sobre unas tapias blancas bruñidas de sol: impresión moruna.

Pie a tierra. Una ojeda al señorial gótico francés de la arquitectura del Palacio de Villores, con huellas floridas del renacimiento italiano; un vistazo a las ojivas airoas y al majestuoso recinto de la iglesia; un momento de recreo ante las portadas parroquiales sobre cuyas arquivoltas, orladas de afiligranado festón, derramó el tiempo

los nobles dorados de la vejez; un saludo, al paso, ante los ajimeces elegantes en su gótica esbeltez, de la casa del Concejo..., y otra vez en marcha, carretera adelante.

El paisaje se exprime, se retrae y torna más seco. Ahora es adusto en las cumbres de roca gris con pecas oscuras de matorral, sobrio en las laderas amarillas de rastrojos y moteadas de pardas carrascas, áspero y rencoroso de sequedad en los barranquillos de peñascal calcinado. Alguna vez se abre al sol el valle con masías dispersas —cuadritos blancos con el tilde oscuro del tejado— y pretende solemnizar una visión de amplitud que pronto se agazapa, asfixiada, en un recodo de la carretera ensombrecida entre montañas recias.

He aquí también, con súbita aparición, el venerado santuario de la Vallivana. Nos reciben, con sus jaspes y pórfidos de boato funerario, los dos arcos barrocos tendidos como puentes sobre el río polvoriento de la carretera, que apenas salida del patio de la ermita empieza a culebrear enroscándose a las montañas, ahora más austeras y más desamparadas que nunca, menos del cielo, que las colma de azul con nubes.

Breve descanso. Comemos y salimos de Morella por el camino ribereño de Zorita, a media ladera sobre el hondo río que se esconde bajo la gravera del álveo, entre grupos de olmos y huertecitas humildes... En un recodo, un molino, con su empujado y sus gallinas; entre las rocas y matojos de la vertiente fronteriza, un rebaño, disperso, de borregos blancos... ¡Y un silencio y una paz de égloga!

Por contraste con esta impresión idílica, miramos hacia lo alto y al ritmo vertiginoso de nuestra rápida marcha se desarrolla la

EL CASAMENT DEL DIMONI DE ZORITA

(DE «BOLANGERA DE DIMONIS, CASTELLO, 1931.)

Es girava a vore els dracs i sargantanes les serps i les banyes de l'angel del mal, d'aquell mascaró, vençut abans al pou de prop de la creu coberta. Anava dessiparant a la gent amb la carxofa, quan es va sentir, magnetitzat per la vivor d'uns ulls negrissims que encuriosits, oberts de bat a bat, contemplaven els domassos vermells, blancs i verds que a la punta dels pals i enarborats pel vent relluentaven al sol, a l'enxems que la melodia de la gaita i el redoble del tabalet puntejaven el ritme senyorívol de les danses de llauradores i gitanetes, de nanos i caballets, de dansants amb faldetes blanques, mocador de farol i creuats els pitrals per cintes blaves, verdes i roges. La blancor de les vérgens i el daurat patinó, d'orívell, de les peanyes de la Verge del Roser, dels Sants Abdó i Senèn, de Sant Antoni i de la Verge de la Balma sobreixien per damunt del gris violat d'aquells altíssims turons de la tossa de la Balma; mentrestant s'arrapava la comitiva amunt, cap a l'esglesia de la Balma milenària; la verdor dels canyars i dels conreus, que allà al meandre del riu estaven arracerats baix el Collet de la Salve, guarnien amb la blavor del cel aquella milenària processó, himne triomfal de color i de ritme, de pregona devoció envers aquella bruna mascarada imatge, que una llegenda ens diu torna orb a tot aquell que pretén escorcollar les postises vestimentes.

¡Quin goig més gran tenia Vicenteta aquella matinada! No li cabia el cor dins del pit. En clarejar l'alba ja hi eren damunt del carro envelat son pare, sa mare i els seus germanets. De biaix travessaren el riu Caldés, deixaren darrere la mola de Garumba i anaren vorejant el riu Bergantes a l'ombra de l'altíssima i encinglada mola de Morella la Vella... A Palanques l'han deixat a l'esquerra i ja estan molt prop de Zorita. Al peiró espera Vicent... Són les dotze quan Vicenteta i Vicent caminen per el passadís de rocam, cap a l'església, a visitar a la devotíssima Verge. Davant de la forjada reixa es cremen centenars de ciris; unes dones agenollades, les mans creuades al pit, els ulls fit a fit a la Verge resen i demanen pietat. Des d'una trona del darrere, trenta, quaranta cares largarudes unes, rodones altres, brunes, envermellides, sudoroses se veuen; uns mocadors negres guarnixen uns ovals facials, però, més encara uns ulls encuriosits, afanosos i exorbitats que volen, que esperen, que desitgen el miracle per a després anar a contar-lo a casa seus, a la vora de la llar en una nit d'hivern. El silenci és gran; ni l'alè de tanta gent, ni la congoixa dels que esperen rebre gràcies de la miraculosa Verge trenquen el sobtat misteri d'aquella cova. Un so metàl·lic de quan en quan copsa un valor insospitat; la gentada devota que ve de lluny, que ha fet el viatge en dos, en tres jornades, que ha patit fam i set pel camí i que anheia el remei, afegit un sacrifici més als ja realitzats i ofrena els diners a la Verge pels buits d'aquella reixa de ferro, mentres altres mans trèmules d'emoció pengen allí mateix les figures de cera, la promesa que recorda alguna gràcia alcançada. El so que fan les monedes al caure a terra és com un volteig prim —l'alegria del cimbalet— dels cors anguniosos que apremen la veu per a parlar-li a la generosa

Verge, a vore si els ou i assistix en aquella tribulació.

Els dos promesos s'alcen de repent. Vicent té que aguantar a Vicenteta i apartar-la de prop de la reixa. Sembla que s'ha enfosquit l'església i que no hi han per totes bandes més que ulls que miren, que travessen, que apleguen a l'ànima; els ciris pareix que afuen la flama; no s'ou el tic metàl·lic de les monedes al caure; la Verge sembla flotar en l'aire, per damunt l'altar, i que es somriu emparadora; el silenci és gran i les mirades es concentren a un sol punt. Avança lentament una jove d'uns vint anys; avança encarcarada, erta, com un autómata; la segueixen una dona i un home fornit que van espentejant-la. Dos passes prop de la reixa ha començat a moure el braç dret, ha girat la boca a un costat, ha posat els ulls en blanc i s'ha clavat a terra sense guanyar un pas. Ha caigut a terra. L'home fornit intenta fer-la avançar, vol que redole. Unes dones semes, endurides, de grogor de cera, li nuguen uns llacets blaus als dits. Són les velles sacerdotesses d'aquell rite milenari. En un santiamen mans i cames es contorsionen com aspes de vent; les flexions s'accelereren rítmicament; es desnuguen les llagades dels apretats dits d'una manera sincrònica amb el ritme convulsioniari; les violentes contorsions llancen a l'aire tenebrós de la cova la blavor de les vetes; la cabellera s'emmaranya i onduladament s'estira com si fóra una medusa; els ulls brillants, injectats, surten de les conques; la bromera s'espixorra de la boca i esguita als dels voltants; les rítmiques, accelerades convulsions paren, les succeix una tirantor en arc. La jove barboteja crits inarticulats. De sobte un pit turgent, nacarat, es vessa per damunt del gipó roig tot desbotonat. L'home fornit l'abraona quan unes convulsions de ritme accelerat tornen a tremolar aquell organisme; salten les esparnyes dels peus. El ritme augmenta; són més violentes les contorsionades convulsions i queda desabillat aquell cos blanc com la neu i ple de joventut davant de la Verge miraculosa i d'aquella multitud devota, enardida, que a l'enxems que xilla esgarifada: —¡Pels ulls, no, que es tornarà cega! ¡Pels peus, per les mans, pels peus! ¡Per la punta dels dits! ¡Que ixquen els dimonis pels peus! —canta els Goigs a la Verge i contempla tota ulls a aquell cadàver que més bé sembla una estàtua plena d'hellènica bellesa.

Les eixutes velles sacerdotesses frisosas de nous endiablats fugen fora l'esglesiola de roca, s'escampen pels indrets rublits de gentada, comenten el miracle i aguaiten l'arribada de malalts. Són l'estol de corbs coratjosos aplegats en romiatge als turons de la Balma en la tardoral festa anyal dels devots pelegrins que venen a agenollar-se als peus de la miraculosa Verge.

L'ermità replega els vestits escampats arreu i els tira dins la Cova del Diable per a cremar-los al sendemà.

Les tenebres de l'església s'esbargixen. Els esblaimats ciris tornen sa flama més blanca. La frisanç passada es torna esborrament en la multitud que folla canta i xilla. Pels racons de la sagrada espelunca sembla s'amaguen i acurruquen els dimonis foragitats. L'aldarull és gran.

L'encuriosida gentada alliberada del pes del miracle, alleugerida de la frisor inconeguda d'allò que li contaren al poble, alena fort, batega el cor d'emoció, imantada per

la devota imatge, la mira amorosida i canta, canta agraïda mentrestant contempla tota ulls a la jove alliberada dels banyuts hostes.

Vicenteta plora emocionada. El miracle de la Verge l'ha deixada esparverada, acongoixada al vore a aquella jove que en sa nuesa nacarada es somriu eufòrica mentres l'home fornit i la dona que l'acompanyaven l'habillen amb nous vestits.

—Resem, resem! Agenolla't, Vicent, demana-li a la Mare de Déu que ens lliure d'aquestes malvestats. Lluny, ben lluny de nosaltres el malastruc dimoni!

I Vicent, agenollat prop la reixa, al costat d'ella li demana a la Verge santa allò que volia Vicenteta.

*Dau salut a qui us visita,
Mare de Déu de la Balma.*

A les afores del poble, i baix un edícul d'olorosa murta i de romani florit de blau, al capvespre de la vigília de la Nativitat de la Verge, ixen les danses i autoritats a rebre a la Mare de Déu de la Balma, la patrona volguda. Un pastor qui mena la dansa de gitanetes declama amb èmfasi una salutació de benvinguda. Comença el redoble del tabal i saltironaja la gaita una melodia ancestral mentres nanos i cavallets, llauradores i gitanes zigzaquegen i salten suaument; els braços en alt aleshores, en ansa de cànter després, repicant les castanyetes més tard, exornen el ball pausat, lent, atractívol, d'aquelles belles zoritanes que dansen, dansen amb un ritme i una gràcia rituals; el pastor aplana i alça els peus amb lentitud senyorívola, fita al centre entrecreuaments i canvis, les corbes i mudances, les giragonses i passadetes que hi fan les boniques xiques que més bé que dansar sembla que oficien.

Les tenebres de la nit envolten aquella processó que camina aureolada per la llum dels cirials i voltejada pels batecs dels cors de la vària multitud congregada al costerut poblet. Altra parada és feta a la plaça de l'església on altre pastor, aquell qui guarda a les llauradores, saluda a la Verge amb altra loa. I baix de l'estelada, enlluernat el blau del cel per les llums de bengala i els calfits de la traca, entra la Mare de tots els zoritans al temple. Rojors fugisseres, grogors fantàstiques de foguerades, fosforescències de llums, encenen a poc a poc la foscuria de la tossa de la Balma. Els atabaladors calfits, els enlluernadors reallamps dels coets voladors adreçats al cel anuncien als pelegrins de la Balma que la Verge, aollida pels braços i cors zoritans, ha pres estatge i és aixoplugada dins l'església del poble...

CARD

*¡Oh, flor gòtica del card,
punxaguda i oblidada
com l'amor d'aquella amiga!
Creixes vora del camí,
l'aire bla te gronxa i passa
com l'amor que ompli una vida...
¡Oh, flor gòtica del card!
Cada aresta té una gota
gloriosa de ma sang.*

CARLES SALVADOR

(Del llibre *Rosa dels vents*. Castelló, 1930.)

PUERTOS DE MORELLA

(DE «LOS ENDEMONIADOS DE LA BALMA». VALENCIA, 1900.)

Hasta Morella hicieron el viaje con relativa comodidad, pero desde allí tuvieron que utilizar caballerías, porque no había más que camino de herradura.

—Dejemos paso —dijeron los bagajeros separando las cabalgaduras para que pasara al trote largo un jinete con una muchacha a la grupa de un hermoso caballo tordo.

—Es el alcalde del Forcall, que va con su moza a la Balma...

Aquella pareja les pasó delante con el desembarazo del que tiene un derecho preferente.

El era un joven arrogante y bien portado; ella, una morena graciosa y sonriente.

El frío comenzaba a dejarse sentir y tuvieron que abrigarse con los *plaid*s. Así llegaron al pueblecillo de Ortells, colgado en la cumbre de unos riscos. Nada más parecido a las descripciones que hace Hoffmann, que aquella fantástica agrupación de viviendas, cuyas siluetas se destacaban en la oscuridad sobre el fondo estrellado del firmamento. Las casas debían estar inhabitadas, porque repercutía en sus concavidades el ruido de los pasos de nuestras cabalgaduras.

Ni una persona, ni una luz, ni el ladrillo de un perro; nada turbaba el silencio de aquellas calles, nada daba allí señales de vida. Aquello no eran viviendas humanas; era una alucinación de pesadilla, un pueblo muerto, evocado por los genios maléficos.

Felizmente cruzaron pronto aquellas viviendas encantadas.

El murmullo de una fuente disipó la mala impresión de Elena, y siguieron caminando en la oscuridad por un terreno cada vez más abrupto y salvaje.

Ya casi mediaba la noche cuando divisaron en lontananza varias luces que parpadeaban en el repliegue de una montaña.

—Aquella es la Balma —dijo el guía—.

Y a los pocos momentos, al traspasar un repecho, ¡Zorita!, repitieron varias voces. Y, efectivamente, se hallaban a poca distancia del pueblo, donde esperaban que el cura y el alcalde, a los que iban recomendados, les facilitaran alojamiento en la hospedería del Ermitorio.

Cuando la vista había vuelto a zozobrar en la oscuridad, y las manos de los viajeros estaban agarrotadas de hacer presión en la montura para no caer, entraron en un camino pedregoso. Era el barranco de Bergantes.

El número de hogueras esparcidas por el monte aumentaba por momentos, tiéndolo todo de una luz siniestra de la que salían gritos, ruidos extraños y seres con figura humana que saltaban las llamas o danzaban en torno de ellas. Aquello era un espectáculo dantesco; diríase que los demonios, extraídos aquella noche en la milagrosa gruta, celebraban su libertad con un festín infernal.

De vez en vez, el acompasado tañer de una campana producía un sonido lúgubre que, al rodar por las oquedades de las montañas, se convertía en apocalíptico quejido.

Era la campana de los endemoniados, que sólo podía ser tañida por los poseídos cuando alguno de ellos penetraba en el Ermitorio a postrarse ante la Virgen.

Desde un ciprés colosal y aislado, que en la oscuridad semejava fúnebre obelisco, comenzó el camino a ser menos molesto, pero más emocionante, porque, tendidos en el suelo, o en montones, rígidos o agachados, vislumbraban cuerpos humanos, algunos de los cuales se erguían levantando los brazos al cielo en muda protesta, mientras sus pier-

nas eran aprisionadas por los colosales tentáculos de unos monstruos denegridos y horripilantes.

Siguieron subiendo por una suave pendiente y, lo que momentos antes hacían lúgubres las lejanías, se tornó en alegre y bulliciosa aglomeración de gentes que reían, cantaban, bailaban y corrían en torno de hogueras hechas con ramas de tomillo y romeros. Grupos de jóvenes rasgueando guitarras y cantando la jota, molestaban a los vendedores de los puestos de torrados, guirache, cirios y aguardiente, que pregonaban



a gritos su mercancía, invitando a las muchachas para que les compraran.

Cruzando entre un enjambre de gente y de caballerías, aturdidos por los gritos, risas y blasfemias, con algunos incisos de acordeón, llegaron a una porchada sin haber logrado ver la Ermita.

Traspusieron el portón por donde había salido el cura la noche anterior, y deslizándose por una hendidura horizontal de la Peña, que era en algunos puntos galería con vistas al abismo, y en otros lóbrego túnel por donde no podía pasarse sino agachado, llegaron a la puerta de la Ermita sin encontrar rastro de endemoniados.

Es el Ermitorio de la Balma una cueva cubierta en su parte izquierda por una pared, a la que está adosado medio campanario. En la parte interior hay dos pequeños altares y, en el fondo, una verja en forma de rectángulo que cierra la capilla de la milagrosa imagen. En el espacio cerrado por la verja depositan los fieles las limosnas en metálico, y frente al altar, adosado a la

pared y sostenido por rústicos pilares, hay una tribuna de madera.

Como la cueva no es muy alta, todo allí resulta raquítico y aplanado...

La atmósfera calurosa, saturada de malos olores, hacía repulsiva la estancia en la cueva, pero todo podía soportarse por librar a Elena de los malos espíritus que creía Paula la tenían dominada.

Un grupo apelmazado de gente, empujándose ansiosa delante del altar, rodeaba a varios desgraciados que se retorcían en convulsiones epilépticas, dando alaridos unos, y desplomados, inmóviles, idiotizados, otros, devorando con la vista a la pequeña imagen, de la que esperaban su curación. Mientras que amontonada también la gente en la tribuna, vociferaba despiadadamente cantando los gozos.

...

...

Elena se quedó tan aturdida como si le hubieran dado con una maza en la cabeza. El compacto grupo vaciló un momento al oír el mandato de Paula, y, después de aquel doloroso estremecimiento de pisotones, se agrietó para dejar el paso libre a la pobre joven, que, empujada por Paula, llegó ante el altar, cayendo de rodillas junto a la verja, a la que se agarró convulsivamente, sin darse cuenta ni de lo que hacía ni dónde estaba.

—¿Por dónde quieres que te salga el mal espíritu, por los ojos? —preguntaba un hombre con tono hipnotizante a una pobre mujer que, sentada en el suelo, se apoyaba, toda despeinada y sudorosa, en el hombro de un viejo.

—Por los ojos, no, que se quedará ciega —gritó la multitud—. Por los pies, por los pies.

La paciente abrió los ojos espantados; paseó su mirada vaga por los que la rodeaban cantando como energúmenos:

*Dad salud al que os visita,
Virgen santa de la Balma...*

J. SEGURA BARREDA

A MORELLA POR VALLIVANA

(DE «MORELLA Y SUS ALDEAS». MORELLA. IMP. DE F. JAVIER SOTO, AÑO 1868, PAG. 33.)

Cuando un viajero, después de haber atravesado las hermosas campiñas que bañan el Júcar, el Turia y el Mijares, ese pensil de nuestra España que no en vano se le compara al Edén de la Europa, quiere visitar las montañas del Maestrazgo, y llega hasta los riscos de Morella, pierde por grados la ilusión encantadora producida por el vistoso paisaje del litoral de nuestro mar. Apenas deja la capital de la provincia, el terreno muda de aspecto. A su vista se ofrecen los montes de Burriol, como masas de aluvión antiguo, descarnadas y con vegetación pobre; pero en las vertientes crecen con lozanía el algarrobo, la higuera, el olivo y la vid; dejando en el fondo algunos valles que semejan a las mejores huertas del reino. Sigue después para atravesar los llanos de Cabanes y del viejo Maestrazgo, y apenas reconoce mudanza notable; pero al dejar a sus espaldas el pueblo de Chert, para entrar en el término de Morella, parécete ya un mundo nuevo. Desaparecen los árboles frutales y sólo ve bosques de encinas o pinos sobre las cumbres de los montes. Entra en el barranco de Vallivana y en una y otra

parte halla cerros con pendientes pedregosas, y algunas pequeñas zonas en que vegetan pobremente el romero, espliego o el coscojo. Tal vez, cansado de caminar por una tierra ingrata, desea llegar al fin de su jornada cuando el sonido de una campana llama su atención.

—¿Estamos cerca de Morella? —pregunta.

—No, faltan cuatro leguas. La campana que habéis oído es del Santuario de Vallivana.

Y, unos momentos después, se ofrece de improviso, en el fondo del barranco, el caserío de la ermita, y parece respirar del cansancio.

Es el Santuario de Vallivana uno de los más hermosos que hay en el Reino. La iglesia, bastante capaz y de una esbeltez que admira; la casa hospedería, con todas las comodidades, y la posada para los caminantes, forman un grupo de elegantes edificios que hacen de él el lugar más cómodo para descansar y tomar nuevo aliento para continuar el viaje.

Déjase el Santuario, siguiendo la dere-

cha del barranco hasta atravesar un puente de sillería para pasar a la izquierda y encajonarse en aquel grandé surco, cuyos altos muros parecen tocar a las nubes. Aquí el viajero mira a la naturaleza sola, sin el auxilio del hombre. Por todas partes se presentan extensos bosques de encinas o robles, que se levantan sobre un suelo enmarañado de matorrales; rocas calizas de cuyas grietas y hendiduras salen corpulentas carrascas, hayas, o cien arbustos de familia diferente...

En todo este barranco, que comprende cuatro leguas cuadradas, no se encuentra vivienda alguna del hombre, si exceptuamos la casa de los camineros; ni una choza, ni una miserable paridera. El cielo sirve de techumbre a los pastores, y alguna cueva o las grutas les abrigan en las crudas noches de la estación más fría.

Al terminar el barranco se ha de cruzar un alto monte, la cordillera de Idúbeda, y para esto el arte ha podido suavizar la penitente formando curvas. Llegase a la cumbre y, bajando con suavidad, aparece el hermoso parador de Santa Cruz, *La Torreta*. Su presencia hace recordar al viajero las deliciosas quintas que dejó en las cercanías de Valencia. Media legua más y atraviesa la garganta del *Collet den Vellela*, y ante sus ojos se ofrece un cuadro que llama su atención. Detrás de un pequeño monte de rocas calizas, despojado de arboleda, levántase un soberbio peñón de dos cuerpos, y a sus faldas, mirando al sur, está recostada Morella, cercada de muros y esbeltas torres; diríase que era una pirámide, monumento erigido en medio del desierto, o más bien un anfiteatro de semicírculos salientes, que se estrechan a medida que se levantan hacia el castillo. Como una gran parte de sus habitantes se ocupa en la fabricación de tejidos de lana, las azoteas de sus casas parecen tapizadas de ropas de color diferente, que hacen el cuadro más bello e interesante.

Se pasa media legua atravesando el llano de la Batallera, y llega el viajero al pie del monte sobre el que se halla la población, y necesita un nuevo esfuerzo para llegar a sus puertas. Ni aquí descansa, porque otra fatiga le aguarda para llegar a la plaza, siquiera a alguna de las posadas. Las calles de Morella se curvan en semicírculos alrededor del castillo; pero las travesías que suben desde los muros son escalinatas de empedrado que se levantan del nivel a los cuarenta grados del semicírculo; tal es el panorama de la población que nos ocupa.

HOMBRE

Estoy aquí, bien concreto,
afirmación reditiva
en el espacio y el tiempo.
Al alcance de mis manos
la flor y la espiga tengo,
y otras espigas y flores
me nacen, puras, adentro.
¡Qué salmo en el corazón
dulcemente va diciendo
la alegría de esta hora
limpia, bajo el cielo abierto!
Estoy aquí... Con el alma
llena de aromas secretos
que la quietud del paisaje
le va dando al pensamiento
mío, mío para siempre:
¡con ansias de hacerse eterno!
Oh, serena plenitud,
goce de estar en el viento,
llama viva, estrella, hombre...
¡Hombre, no más, bajo el cielo!

JUAN PORCAR MONTOLIU

(De Ronda lírica. Castellón, 1953.)

PIO BAROJA

LA VENTA DE MIRAMBEL

(DE «LA VENTA DE MIRAMBEL». ESPASA CALPE. MADRID, 1942.)

CAPÍTULO I

La comarca entre Mirambel y Morella es árida, áspera, desolada, erizada de colinas yermas. Hay grandes cerros de piedra caliza, formaciones de moles rojas y amarillentas como ruina de inmensos palacios y castillos, de ciudadelas de ciclopes o de gigantes, que a veces figuran detalles que parecen por un momento de construcción humana...

El Maestrazgo se halla en el límite de las dos influencias, la de la meseta y la del mar, la castellana y la valenciana. Mirambel se encuentra en la frontera de esta zona en la parte castellana, y Morella, en la valenciana...

Los pueblos de altura tienen siempre un aire más aristocrático, más hermético que

los pueblos del llano o de las orillas del mar...

Otro de los pueblos de la comarca, Olocau del Rey, ofrecía hasta hace años la curiosidad de una cueva con la figura de un caballo misterioso, al cual se rendía culto, quizá un resto del paganismo celtíbero. En Olocau había un castillo restaurado y desfigurado y se hablaba de que en él existían unos calabozos extraños que se podían inundar.

En Todoella estaba la ermita de San Onofre, con unos ternos muy ricos y ornamentados; en el Forcall se veían varias casas góticas y, entre ellas, en la plaza, la de los Osset, con un salón enorme y una escalera muy decorativa. La familia ostentaba como lema esta frase latina: *In ferro et in lancea vici...*

LA FIRA DE SANT PAU, D'ALBOCACER

II

¡Qué espectacle més hermós
veu el sol aquell matí!
Es la plana d'Albocàcer
esmeralda entre rubins,
plena com es d'oliveres,
vinyes i camps de panís,
i voltà de tossals rotjos
quan los pinte el sol eixint.
Els de la esquerra són alts
i d'ells lo més gegantí
es Sant Juan Nepomuceno,
que hasta els nuvols alce el cim
A dreta té a Montegordo
un cònic volcà extinguit,
i allà més llunt a Moncatil;
i encara molt més adins
se veu a Penyagolosa,
rei dels tossals més altius.
¡Qué espectacle més hermós
veu el sol aquell matí!

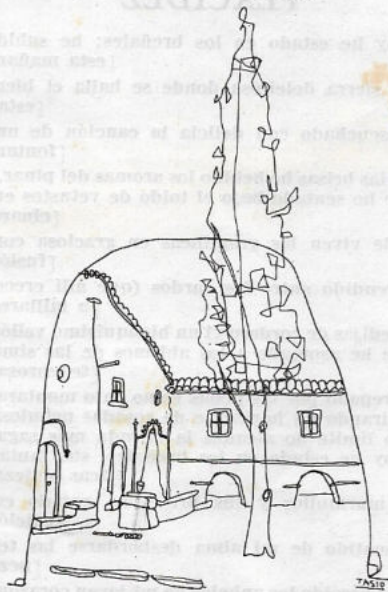
Per totes les venes blanques
que tenen per nom «camins»
i creuen tot aquell pla
se veu la vida afluir,
l'animació i el bullici
de tots los pobles vehins,
cap a Sant Pau, que és el cor
a on se van a reunir.
Mes l'artèria principal
és de Sant Pau el camí
per on va tot Albocàcer
desbordant-se com un riu.
¡Quina provessó més llerga!
¡Quina algarasa i quins crits!
¡Qué varietat de colors
en les robes de d'estiu!
De carros blancs el rosari
van al pas i porten dins
a la gent d'enteniment
o a la que del tràfec viu.
Per mig d'ells i més apressa
passen grups de fadrins
novio i novia dalt d'un matxo
aparellat en mandils.

III

Figurevos aquell pla
tan gran i tan espaiós
que se estén davant l'ermita,
ple de gent de gom a gom.
Van i venen entre els rengs
de taules i mostradós

en que'ls firatans presenten
sa vendeduria a tots.

Lo moviment de la fira
creix a medida que el sol
va pujant en son camí;
i allà vora de les nou
està ja al ple, pos arriben
les gents de tot el contorn.



Voreu los de Benassal
aseats i parlados,
los d'Ares molt borrasqueros,
i els de Cati, gent de tró;
los de Culla i de la Serra
gent calmosa i de bon cor;
els de les Coves, rumbosos,
els de Sant Mateu, sinyós;
¿i qué dir dels d'Alcalà?,
que son d'Alcalà... i aló.
Encara en van de més pobles,
però no es poden dir tots;
sols diré que hasta ne van
de Tortosa i Castelló.

AGUSTI LLOPIS MIRALLS

(Opúsculo impreso en casa de Antonio Monreal, en Castellón, 1902.)

LA CANÇO DELS PINS

Els uns, plomalls de muntanyoles;
els altres, joia dels abisms,
i sempre en tàlem aromàtic
naixen els pins, naixen els pins.
Tot enfonsant arrels en pedra,
tot enlairant el tronc gentil,
sense cuitar i sense pausa
creixen els pins, creixen els pins.
En els matins de primavera,
quan fa un solet escoladís,
tot bellugant la copa tendra
riuen els pins, riuen els pins.
En les diades estiuenques,
amb tot el món estemordit,
si s'allibera un poc de zèfir
canten els pins, canten els pins.
En les vesprades de l'autumne,
quan cau la pluja fil a fil,
sota les núvoles unflades
ploren els pins, ploren els pins.
I en les calendes hivernenques,
quan fins el dia sembla nit,
entre les ombres i els pesombres
dormen els pins, dormen els pins.
Primer el jorn, després l'anyada;
ara el plaer, ara el neguit;
com les persones, com les bèsties,
viuen els pins, viuen els pins.
I per un llamp d'origen cèlic,
entre les flames sense fi,
o a mans d'un negre llenyataire
moren els pins, moren els pins...

F. ALMELA I VIVES

(De *Les taronges amargues*. Barcelona, 1955.)

PLACIDEZ

Hoy he estado en los breñales; he subido
[esta mañana
a la sierra deleitosa donde se halla el bien-
[estar,
he escuchado con delicia la canción de una
[fontana
y en las brisas he bebido los aromas del pinar.
Me he sentado bajo el toldo de vetustos en-
[cinareos
donde viven las gramíneas en graciosas con-
[fusión,
y prendido entre los cardos (que allí crecen
[a millares)
de vedijas de cordero vi un blanquísimo vellón.
Me he asomado a los abismos de las simas
[tenebrosas;
he trepado por las peñas como gato montaraz,
admirando un horizonte de rosadas nebulosas
cuyo límite no alcanza la mirada más sagaz.
Hoy he estado en los breñales; sus fantás-
[ticas bellezas,
sus murmullos y sus brisas he gozado con
[frucción,
he sentido de mi alma desbordarse las ter-
[nezas
y han crecido los anhelos de mi joven corazón.

JOSE SEGARRA GIL

(Del libro «Apuntes y ensayos literarios», Castellón, 1905.)

LES 11 DEL MATI

Quin sol!
El blat, en garbes, d'esquena al sol.
Les núvoles, clares, pels aires.
Caldeja el vent i no plou.

En l'era veïna
canta un fadrí camperol
una cançó d'amor i de sol.
Quin sol!
I les garbes —tostades, tombades— al sol.

CARLES SALVADOR

(De *Rosa dels vents*. Castelló, 1930.)

VI DE RIO A RIO

Los límites que trazan el curso del río Cenia o Cerbol, al norte, y el curso del río Palancia, al sur, comprenden toda la provincia de Castellón. En su ámbito quedan desde las ruinas del Monasterio de Benifazá, cerca de los desfiladeros del río Cenia —donde sitúa Galdós el episodio de la página que reproducimos—, hasta las fragosidades del santuario de la Cueva Santa en Altura y los escombros del Monasterio de Val de Cristo y la vega de Segorbe, en las riberas del Palancia, que nos describe puntualmente el sabio botánico Cavanilles.

Las estrofas que copiamos del poemita "Placidez" de José Segarra Gil, escritas en su refugio veraniego de Sarrión, se inspiraron sin duda en los vericuetos aragoneses por donde triscaba a sus anchas, mirando a lo lejos las cumbres de nuestra Peñagolosa y de la Sierra Espadán. Pero no hemos querido prescindir en este florilegio de la firma del malogrado Pepito, pues aun revelándonos en estos versos tan profunda huella de Gabriel y Galán, era la tierna pluma de este juvenil ingenio castellanense la de un auténtico poeta que murió en capullo. Y muestra más personal de su numen nos dejó en otros poemas que por cantar motivos líricos ajenos al paisaje, no hemos podido incluir aquí.

Cierra el presente florilegio un jugoso cuento de guerra, palpitante de emoción, hisajista, que para el caso ha escrito Federico Alcácer, cuyo seudónimo "Andreuet" ha popularizado en los periódicos valencianos.

POR TIERRAS DE BENIFAZA

Ambos se alegraron cuando se dio la orden de que Nelet marchase con la mitad de su regimiento a relevar a la guarnición de Benifazá, lugar que también tenían toscamente fortificado en el centro de aquel núcleo de montes elevadísimos que llaman la Tinenza. Por los desfiladeros del río de la Cenia, faldeando la Peña del Aguila, pasaron de la zona de Rosell a Benifazá y a la célebre abadía cisterciense fundada por don Jaime, edificio devastado sucesivamente por tres guerras: la de las Germanías, la de Sucesión y la que ahora se relata. Daba pena ver su noble arquitectura mutilada por bárbaras manos: aquí, señales de incendios; allá, desplomados muros; la iglesia, con medio techo de menos; la torre, melancólica y sin campanas, con sus espadañas ciegas y mudas; las junturas, pobladas de jaramagos y ortigas, y el claustro, en fin, con sólo tres costados, más triste que todo lo demás y más poético y ensañador. Aposentaron a don Beltrán en un pasadizo entre el claustro y la iglesia, donde gozaba la hermosa vista del despedazado monumento que apreciar podía en su esbeltez de conjunto, no en sus riquísimos detalles. No era lego en arqueología el buen aragonés, y sentía verdadera pasión por el estilo llamado románico y su elegante austeridad; en tiempos más felices había visitado con entusiasmo de artista los monasterios de Veruela y San Juan de la Peña; conocía el de Rueda como su propia casa, y todo lo románico y gótico del siglo XIII que encierran las ilustres villas y ciudades de Aragón. Se extasiaba reco-

riendo los venerables restos de la construcción medieval, los tres ábsides semicirculares, el claustro, la sala del Capítulo, el palacio abacial; y tan dulce encanto encontró en



aquella paz y en el poético lenguaje de las nobles y tristes piedras, que habría deseado permanecer allí todo el tiempo que su prisión durase.

BENITO PÉREZ GALDÓS

(De *La campaña del Maestrazgo*, capítulo XVIII.)

EL DE LA SENIA

...A la Tinença de Benifassà es forma aquest riu, que per passar durant el seu curs pel poble de la Sénia, vingué a prendre el seu nom.

Fredes és un poblet diminut, simpàtic per la senzillesa dels seus carrers, dels seus habitants —que en sumen una norantena— i per la seua pintoresca situació, en mig d'una foia, al voltant de mil metres d'altitud, i encerclat de pinedes frondoses...

Un muntanyam extens ens volta. Al N. s'escampa Cantaperdius, amb el vèrtex geodèsic de 1.245 metres d'altitud, i més al N. encara, guaita el Tossal del Rei, que amb els 1.356 metres constitueix un punt assenyalat, perquè al seu cim coincidixen

el Principat de Catalunya, Aragó i el País Valencià. Aquesta circumstància de servir de molló trifini ha donat motiu a una llegenda. Es conta que allí menjaren tres reis sobre la pell d'un tambor i assegut cadascú al seu territori jurisdiccional. Clar que açò hauria de ser, si de cas, en època àrab, i els reis els de Saragossa, Tortosa i València, perquè després de la conquesta, en què els tres països eren regits pel mateix monarca, sols podien ser els governadors, "com es més segur" com opinava l'historiador Mossèn Betí.

EMILI BEUT

(De *Camins d'argent*. Valencia, 1959.)

ONDA

En mi infancia, mecida en el regazo muchas veces secular de Onda, un vago sentimiento me asaltaba; aquel castillo de las trescientas torres, cuyos venerables muros eran escalados con irreverencia en nuestros juegos, las viejas barbacanas de la iglesia que daban un pórtico señorial a su interior suntuoso, las románicas arcadas de la plazuela del Almudín, recoleta como claustro conventual, en una de cuyas casas abrió los ojos a la primera luz, las empedradas cuevas de las calles del castillo, llenas de sabor medieval, con nombres evocadores, el portal renacentista de San Pedro, todo, en fin, de la villa antigua y moderna, me sugería la sensación de un pasado glorioso.

RALTASAR RULL

(De «Noticiario histórico de Onda»,
pág. 7.)

LA NIEVE

*Cejo en el norte,
cuervo al pinar;
enciende el fuego,
que va a nevar.*

*Caían pequeños copos
rápidos, fugaces, blandos,
en las solitarias calles
y encima de los tejados.
En la plaza, bulliciosos,
se reían los muchachos,
parándolos en sus mantas
y en sus gorros colorados.*

*Seguía; cuatro pilones
de nuestra torre mostraron
la cónica caperuza
del astrólogo o del mago.
En la puerta de la iglesia,
las cornisas y los santos
vistieron blancas túnicas
y barba y bigotes blancos.*

*Seguía; las altas cimas
de los montes blanquearon,
fingiendo vistoso encaje
encima de los sembrados.
Los pinos que hay en la falda
sus anchas copas doblaron,
como silenciosos sauces
de néveas flores cuajados.
Asustadas, las palomas
iban, turbadas, volando
desde el campanario al monte
y del monte al campanario.
De repente sopló el viento
revuelto, frío y airado,
y ocultóse en blanco velo
cielo y tierra, pueblo y campo.*

*Cejo en el norte,
cuervo al pinar;
enciende el fuego,
que nieva ya.*

EMILIANO BENAGES

(De *En la sierra*. Valencia, 1900.)

EL PALANCIA

Al terme municipal d'El Toro, i en un ampli amfiteatre que formen altes penyes, s'origina el riu Palància.

A aquest amfiteatre, obert pel S., ve a parar cap a l'extrem de ponent un estret congost, que més bé és un badall de la muntanya, ja que té per terme mig una amplària de tan solt un parell de metres, arribant a llocs on a penes pot passar una persona. La llargada d'aquesta escaleta és bastant. Pel congost i per les penyes de l'amfiteatre, cau l'aigua per tot arreu produint un espectacle meravellós...

El Palància seguix des d'ací un curs molt pintoresc; els desnivells i clotades de Los Cloticos donen lloc a boniques cascades. Alguns indrets amb pineda, entre els que passa el corrent de l'aigua, són també molt bells.

EMILI BEUT BELENGUER

(De *Camins d'argent*)

ANTONIO JOSEPH CAVANILLES

OBSERVACIONES SOBRE LA HISTORIA NATURAL, GEOGRAFIA, AGRICULTURA, POBLACION Y FRUTOS DEL REINO DE VALENCIA

(TOMO II, PAG. 105. 2.ª EDICION. ZARAGOZA 1958.)

Las cercanías orientales de Alcublas están enteramente cultivadas por más de media hora, donde se ven hermosos sembrados y viñedos: no pueden subsistir en aquel clima olivos, ni algarrobos... Y empieza la aspereza, la soledad y el grupo montuoso en cuyo centro está la Cueva Santa. Todos aquellos montes son calizos, y muchos de mármol negruzco con venas blancas: vense por allí profundos barrancos, cuevas ásperas, picos que se desmoronan y mucha maleza; los pinos, aunque en bastante número, se levantan a poca altura; el monte bajo se reduce a enebros, aliagas, sabinas y romero: el espliego, algunas especies de tomillo, y muchas más de xaras crecen a cada paso. Por entre la maleza y breña se ven muy malas sendas y éstas son el único camino. En dos horas llegué desde Alcublas a la Cueva, santuario de Nuestra Señora, que visitan los doce leguas de la comarca, y muchos a diez y nueve leguas de distancia. En la raíz oriental de uno de aquellos montes hay una espaciosa cueva, y en su fondo la Iglesia, cuyo techo es la bóveda natural, formada por los bancos inferiores del monte: la boca es grande, y por ella recibe luz lo interior.

Síguese al norte de la Cueva otro monte hacia el oriente, separado por un barranco y dilatadas cuevas. Desde la cumbre de la más oriental se empieza a descubrir un suelo menos ingrato: vese la profunda llanura que con alguna interrupción y lomas se prolonga hasta Segorbe... En las arroyadas crece la adelfa que anuncia la benignidad de la atmósfera, y el que viaja reconoce otro clima y otro suelo. Las vistas son también muy diferentes apenas se llega a lo alto de la loma contigua; porque a las breñas, barrancos y maleza, se siguen llanura, huertas y pueblos numerosos. Vense a muy corta distancia Altura, Segorbe y la Cartuxa, cuyo conjunto de edificios resaltan sobre la verde alfombra de sus dilatadas huertas; luego se pisa un suelo mucho mejor que el antecedente, y más proporcionado para variedad de frutos: hállanse aguas

abundantes y claras; y por todas partes, industria, actividad y cuidado.

• • •

Caminaba hacia Segorbe por entre jardines útiles plantados de moreras y frutales, y vi al paso la Cartuxa de Val de Christo, rica como todos los monasterios de su instituto. Cultivan aquellos monjes sus haciendas con tanto esmero, que pueden servir de modelo en agricultura: atravesé sus huertas y las contiguas de Segorbe hasta entrar en esta ciudad, que nuestro Escolano prueba ser la antigua Segóbriga. Tiene espaciosas calles, buen número de edificios docentes, iglesia catedral, y muchos hacendados; pero con todo eso es inferior a diversas villas del Reino; si bien es muy recomendable por su posición ventajosa junto a un cerro a la derecha del Palancia, y como en el centro de las huertas... Recréase el ánimo cuando de algún punto elevado descubre y registra este recinto, mayormente después de haber pisado tantas leguas de montes destemplados y desiertos. El sitio mejor para lograr la vista deliciosa es la cumbre del cerro de la misma ciudad que está como aislado, y se compone de tierra gredosa más o menos compacta que oculta en sus entrañas un peñón calizo, el cual se manifiesta en algunos puntos de las faldas y mucho más en la cumbre. Allí se presentan de un golpe las dilatadas huertas, y en ellas aquella variedad de verdes propios de los vegetales, sembrados o plantados por el prudente labrador. Vense las curvas que el río describe al bajar por la parte occidental; cómo se dobla en arco para pasar por el norte de la ciudad, y cómo continúa con declinación al sur serpenteando por el valle: distinguese los canales de riego, las casas de campo y los lugares vecinos.

PANORAMAS

DEL PALANCIA

Es ponderar, del río, la hermosura; del valle y de su vega, el panorama; del clima, la bonanza y la dulzura; de su valor agrícola, la fama; de su cielo, la transparencia pura, que un ambiente de flores embalsama. Conocido es por esto en todo el orbe, que el terrenal Paraíso está en Segorbe.

¡Palancia rumoroso!, tú le envías las perlas de tus nítidas corrientes; tú les cantas tus penas y alegrías; tú reflejas sus huertos sonrientes; suspiros de las altas serranías bajas entre tus besos refringentes. ¡Cuánto debe Segorbe a su Palancia, benefactor y heraldo de abundancia!

Cuando el sol se ha ocultado y oscurece y las nocturnas sombras, por Oriente, van invadiendo el valle, y aparece la luna, cuyo rostro sonriente con su luz melancólica embellece el paisaje, la vega y el ambiente, embujado misterio, paz y calma; en la noche silente, invade el alma.

RAIMUNDO TORRES BLESA

(De «Panoramas».)

NIT

*"Roc, roc", canten els batracis
agombolant desficiacs
en llur humida cançó.
"Ric, ric", diu la tocateta
que el grill fa sortir, mofeta,
del seu negre guitarró.*

*L'horta, que ha passat el dia
generant amb ufania
sota les flames del sol,
ara, com que no està nua,
té tanta batega i sua
(mentres dorm el camperol).*

*El ventijol —entelequia—
té, remullant-se en la sequia,
els seus pacífics cavalls.
Desmunt el camp i les eres
em tallen les palmeres,
que són estàtics ventalls.*

F. ALMELA I VIVES

(De *La llum tremolosa*. Valencia,
año 1948.)

EL RETORNO

«El paisaje y el hombre son hermanos.»

El cabo Fabregat, moreno, ancho de hombros, más bien bajo, daba muestras de nerviosismo poco habitual en él.

Era de las personas menos permeables, hombre que no sabía sonreír y manifestaba con sus ojos, de refulgencias metálicas, bien alegría, ya pesar.

Venía con el Ejército Nacional desde África: El 17 de julio se convirtió, sin él darse cuenta, de soldado pela-guardias en combatiente.

Hablaba poco, lo preciso. Pero siempre cumplió su obligación sin rechistar y todo lo suyo era de todos.

El día que fue liberado el Alcázar de Toledo, la pitima de la compañía fue general, casi. El casi fue Fabregat, cabo de camilleros, que dedicó la tarde y velada del asueto a cambiar cigarros por librillos de papel. ¡Ya llegaría la hora de vender los librillos!

Y aquel hombre pétreo, al reorganizarse las fuerzas en las playas doradas, tibias, luminosas de Vinaroz, tras el avance impetuoso desde la histórica Morella al Mar, sorprendió a todos —camaradas y mandos— con una petición increíble: Un puesto en los grupos de reconocimiento de vanguardia.

El teniente Somoja saltó de gozo: Le conocía bien.

—Vendrá conmigo.

—¡Pero si el capitán Claret ya lo ha hecho su motorista!

—¡Siempre madrugadores, estos catalanes!

...

Con las primeras claridades del alba hallábase el cabo Fabregat, flamante motorista, pegado a los prismáticos. Desde las trincheras del Collado veían casi a sus pies, como princesa en vasallaje, la villa de Cuevas de Vinromá, rodeada de olivos lozanos, viñas en toda su opulencia de verdor, oro en las cuadrículas de mieses.

Y después, entre la Sierra de Engarcerán y las estribaciones del Desierto de las Palmas, rebasando el Molar de Subarra, el valle donde se asentaban Villanueva de Alcolea, Torre Endoménech, Benlloch, Cabanes, Vall d'Alba con sus cientos de masías, La Barona y Villafamés.

Dominaban los amarillos desleídos en gris, tierras no lejos del mar —le llamaban con angustia desde los puntos altos— al carecer de río donde reflejarse, desengañadas de las nubes vacías, que pocas veces y aun parcas mojaban el polvo de sus caminos.

Se iniciaba junio, después de una primavera húmeda, regalo de secanos jamás ahitos.

Al fondo, a su derecha, la figura prócer del atrevido triángulo de Peñagolosa, que parecía querer hablar de tú incluso a la inmensidad.

El coloso era histriónico y después de algunos ensayos de ponerse barbas de algodón en rama, adoptaba una capellina gris alar-gada.

Su reclamo sinuoso, conchavado con fino airecillo del mar, «venid a mí, nubesillas vírgenes, vellocinos preciosos, que mis romeros y lentiscos tienen compromiso con las operarias de la miel y les asusta la sequía hirsuta», parecía decir.

Y un suspiro rumoroso nacía de las hojas inquietas por el temblor de arrugas —rúbrica de juventud perdida— cuando el columbrar ansioso descubría en las cumbres del hermano menor —El Bartolo— el mismo atuendo de gasas en forma de bufanda, promesa de lluvia tan segura como cumplida fiesta de toros —«en plaza, en villa»—, cuando los prohombres confirman el ansia de los mozos con cabezada unánime.

Cumbres del Bartolo, encandiladas por la visión del mar surcado por los navíos de Grecia, tiernas bajo la sombra de la Cruz de Roma.

El capitán Claret interrumpió el éxtasis de su ayudante:

—¿Buscas una sirena?

—Mi capitán, soy un zoquete: Con vista de lince y cristales de Germania no logro ver algo tan visto que lo llevo pintado dentro de mi retina: La gran Cruz del Bartolo.

—Trae.

—Por encima de aquella manada de dinosaurios pardos, que asciende por las colinas grises hacia el «Tosal de la Ferradura», el poblado de Cabanes. A la derecha, continuación «Les Agulles de Santa Agueda», en el punto más alto.

—¿No me querrás hacer creer que los burros vuelan?

—Soy de Benlloch, mi capitán. La vi centenares, miles de veces. Cuando el sol se ponía en vertical, sonaban las badajadas del mediodía...

—¡A no ser que la derribaran!

El cabo Fabregat le miró con asombro,

inquieto; aquello quería decir: «¿Qué barbaridades dice mi capitán? ¿Tan de mañana, bebido?»

Y después de un breve silencio, la lengua del cabo Fabregat articuló frases apresuradas.

—¡Pronto saldremos de dudas, ¿no?

El capitán Claret había estado bastante —demasiado, le pareció— en zona Roja y ahora vestía el uniforme de cuando salió de la Academia Militar General. Con su silencio no quiso indicar nada, mas Fabregat saltó de alegría: «¡Pronto, pronto, pronto!», cantaba por lo bajo su corazón.

—Ahora me doy cuenta —dijo el capitán tras breve cavileo—. Conoces el terreno palmo a palmo y has querido lucirte.

—Otras pulgas me quitan el sueño, mi capitán. Ahí enfrente, a pocas, muy pocas leguas, en la llanada verde gris, vive mi novia; no logro ver su masía, disimulada entre los pliegues suaves de Vall d'Alba. Pero con los ojos cerrados sí la veo, y sin abrirlos la encuentro, camino adelante.

El capitán Claret, también joven, paladeó un caramelo de ansiedad infuso en el aire y fue incapaz de resistir su dulzor:

—Tal vez mañana, cabo Fabregat.

...

Las primeras luces del alba sorprendieron al cabo Fabregat en el observatorio de avanzada; la motocicleta quedaba bajo la encina umbrosa, con la cara lavada y ganas oleosas de triscar.

Oyó pasos y con el ruido de las botas conoció a su jefe: La emoción hizo nudo en su garganta. Tal vez había llegado el gran momento.

—¿Cómo no adiviné antes con el brillo de la incipiente mañana, el vuelo juguetón de las cojugadas, la prisa del venticillo leve, el temblor de los chatos coscojos?

—A la paz de Dios.

La voz era grave, algo como anuncio de fiesta.

—Arriba España, mi capitán.

—Toma estos prismáticos. Yo miraré con los míos. Enfrente, a la derecha.

—La Sierra de Engarcerán. Agazapada tras el collado azul pardo, Sarratella. A la izquierda del risco, pincelada de blancura entre verdes turbios, «Más de Villalonga». Siguen «Tosal de Zaragoza, Pous, Mayo». En una hendidura Sierra Engarcerán, con sus diez riquísimas —en calidad, no en cantidad— fuentes. La cara del mediodía de los montes, menos húmeda y de acceso más fácil ha sido talada sin piedad. En las barrancadas y vallecitos de la otra parte, el llamado «Bosc» con encinas y sabinas espesas, que hacen oscuras, difíciles de cruzar, algunas gargantas. Casi en línea del horizonte, hacia Peñagolosa, «Más d'en Coll» y de «Montinos», rebasado el presumido y pobre «Cogulló»; y la ermita de San Miguel con su enorme Cípris, mutilado en la cúspide.

Al fondo, frente a nosotros, Villafamés, abrazado al monte, con alfombras de grises olivos a sus pies. Volviendo hacia la izquierda, la cruzante lanza del campanario de Villanueva de Alcolea, en altozano sobre tierras de pan llevar, de profundidad y consistencia. Tosal de Subarra, hosco y adormilado con sus piedras que parecen esqueletos calcinados de monstruos y los grises de sus doloridos coscojos y lentiscos. Masías de «Pelechana» y «Pedrafitas»; alcanzamos la renombrada Cabanes, pueblo de Ribera y de Montaña, de burla y tragedia, con enhiestos vestigios de la dominación árabe —Albalat, castillo y mezquita, aljibe a prueba de sequías; Miravet, cuyo empaque de señorío no han logrado batir la pesadumbre del exilio y la depauperación centenaria de sus fundadores—, la Ermita de «Les Santes» y las cuatro atrevidas puntas de las «Agulles de Santa Agueda».

—Basta, Fabregat. Diez minutos de tiempo para llenar las cartucheras y poner a punto la motocicleta.

—¡Me sobrarán cinco! —Y se alejaba con el retozar de corderillo libre del redil.

...

Antes de iniciar la marcha, pusieron el oído alerta: Efectivamente, percibían roncadas explosiones por la parte Villafamés-Borriol, en dirección al objeto soñado, Castellón de la Plana, cuya verde corona de naranjos y marjales semejava ser la llanada por donde habían de avanzar, banda que sirviera de contraste seco a la humedad.

—Seguiremos los caminos rurales. Tenemos noticias de la voladura de dos puentes: El del Barranco de Cervera y el de la Rambla de Benlloch; puede haber otros con carga de dinamita en la barriga.

—Bien, capitán. Ese camino que bordea la falda de la colina es el nombradísimo «Camí dels Romans». El nos conducirá, Dios me-

dante, al admirado Arco Romano de Cabanes, en medio del valle, entre la villa citada, Benlloch y Vall d'Alba.

—En marcha y buena vista, cabo. Instintivamente hicieron la señal de la cruz.

Las tierras amarillas y pardas se mostraban orgullosas nodrizas de almendros, olivos, higueras en los alcortes; viñas y sembrados en llanos y hondonadas; norias al costado de los barrancos, abanicadas por cañaverales blandos.

A la derecha, Torre Endoménech; a la izquierda, Villanueva de Alcolea, como amodorradas de sol, sin vestigio humano, vacías las cuencas de los ojos de sus campanarios.

—¡Adelante, Fabregat!

Este apretaba los labios para que la emoción estuviera quieta en sus entrañas y no se desbordara en gritos.

Al coronar suave collado amarillo-grís, la espléndida llanada de Benlloch, inundada de cepas hasta la cintura de las colinas; a la derecha, cornisa de olivares y, punteado al cielo, la línea de cipreses de la ermita de Nuestra Señora del Advutorio. (Allí fue Fabregat con su novia, de romería, en la conmemoración de los Santos Mártires, con el carro sombreado de ramas verdes, aromados de albahaca.) El grupo de cipreses pensativos y como amargados del Cementerio; la escuadra de puntiagudas coníferas del Calvario, como eternos penitentes de la Pasión de Cristo.

—Hemos de subir a la colina dominante, Fabregat.

—Se llama «Tosalet de les Forques». Allí, a la vista de todos, estaba la picota ejemplarizadora de la justicia primitiva. Bajo las tierras de labor, duermen vestigios del Benlloch de Benifayós y por eso el paraje actual se llama del «Benixó», por economía de letras —a lo que son muy dados los paisanos— y corrupción del lenguaje.

—Haré la señal convenida y seguiremos.

—Gracias, mi capitán. Ya estamos cerca...

—Sólo podemos llegar hasta el Arco Romano.

—¡Oh! ¡Por dos kilómetros!

—Era una broma...

Fabregat aceleraba sin darse cuenta.

—¡Vamos despacio, muchacho, que tengo prisa!

—¿No le causa extrañeza esta soledad, este silencio? ¡Ni un alma en todo el camino!

—La bolsa estaba muy clara y el enemigo ha evacuado.

—¿Y el personal civil?

Amanece el escorzo de piedra, el desafío a los milenios, grandeza entre humildad. El capitán Claret, universitario, bebía universo y, al reparar en la impaciencia del cabo, expresó su admiración:

—El De Bará tiene clavetes a sus pies y asfalto para contemplarlo sin llenarse las botas de polvo.

—En cinco minutos, llegamos a la masía de mi novia...

—Vamos por ello, impaciente.

Ni el ruido de la máquina ni el sonar continuado de la bocina lograron correspondencia humana. Fabregat, los ojos en el suelo, se apoyó en el quicio de la puerta cerrada y diríase que lágrimas de plomo pugnaban por surgir al rostro impasible.

Fabregat no había llorado nunca desde que su padre le dio consejo y bofetón a la vez: «Los hombres no lloran».

El gallinero y la cuadra, vacíos. Puertas y ventanas herméticas. Mustias las plantas de los tiestos. Hojarasca y polvo viejo en el umbral. Hacía varios días que la planta humana no dejaba huella.

Y estaba tan convencido y tan amargo Fabregat que, ahogada la prudencia por el dolor, dio gritos estentóreos:

—¡Senteta, soc Juan!

—¡Senteta, soc Juan!

—¡Senteta, soc Juan!

Pausa martirizada de silencios.

De pronto, las cañas del Regajo que se mueven y un viejo con barba de diez días, lo menos, que se precipita en brazos del cabo Fabregat.

—¡Juanet!

—¡Tío! ¿Y Senteta?

—Obligados a partir. Hace ocho días. Yo estaba escondido y reconoci tu voz.

—¿Y dónde podré ver a Senteta?

—Fueron camino de Castellón.

—¡Si pudiéramos alcanzarles!

—¡Recapacita, Juanet! ¡Entre nosotros y ellos hay una lengua de fuego taraceada de balas!

—¡Tienes razón!

Quedaron los tres en mudo silencio de funeral, pues el dolor, desencanto, casi remordimiento del cabo Fabregat ensombrecían el aire.

El enamorado pensarla, sin duda, que ocho días antes hubiera podido ver a su novia, deseo contenido y soñado en dos años largos...

—Mi capitán —dijo, con el tono de quien adopta una decisión súbita—, ordene y monte sin miedo. ¡Los hombres no lloran!

ANDREUET

Benlloch, verano 1960.

DOS CONMEMORACIONES

MEDITACIONES SOBRE MARAGALL

La conmemoración centenaria de Maragall, que se inició el pasado octubre con la de su natalicio, ha de ser clausurada el próximo diciembre con la del cincuentenario de su fallecimiento. Celebración completa de toda una vida fecunda y ejemplar del altísimo poeta de Cataluña, cuya aventura humana, ciudadana y literaria tan dilatados horizontes nos pueden ofrecer hoy a la meditación de los españoles de este momento.

Cediendo a esta excitación, quisiéramos fijar nuestra atención en una de las facetas más sobresalientes —y no menos discutidas— como es la del patriotismo en la ideología del poeta, tan pura y rectilínea como fervorosa y subyugante, que, no siempre con recta intención, se ha procurado soslayar, cuando no enconar, con manifiesta mala fe y peor voluntad por quienes plantean la controversia para sacar de su revuelto río ganancia de bastardas pasiones partidistas.

Hay que presentar el tema sin paliativos. Este patriotismo de Maragall es —como sus sentimientos y todas sus ideas— tan noble como es insobornable. Maragall fue un español íntegro y consciente, y lo fue porque se sintió siempre —y plenamente— un auténtico catalán que amaba a su Cataluña y sabía aceptarla en su historia y su geografía más auténticas. Supo comprender en toda su profundidad la grandeza y también las miserias de la patria. Conoció la tradición nacional, distinguiendo el oro del oropel, valorando con justa estimativa lo que a tantos deslumbró sin comprenderlo. Maragall vio claro las perspectivas del pasado para intuir las del porvenir de la patria, en cuyas entrañas estaba la fuente de su propia regeneración nacional.

Y para esa patria en derrota acertó a señalar un certero camino hacia el futuro, si es que los españoles querían, de verdad, la solución; que no estaba ya en un patriotismo a ultranza, sino en buscar lo esencial que lo anecdótico había anquilosado. Maragall, el catalán, fue el que, con aquella sinceridad auténtica, había lanzado su viril *Visca Espanya* en su lengua materna —que era también lengua española—, porque España había de ser —si había de ser— la que encontrara su unidad siguiendo el dictado de amor, que el poeta formularía más adelante en su genial *Himne Ibéric*, auténtica ley de amor vertebrador de España.

Pasaba la Patria por un momento —aciago momento— de su historia contemporánea, en que se liquidaba su pasado glorioso y se enfrentaba con el porvenir. Y en este momento se oyó, viril, la voz del poeta; sus palabras poéticas —esto es, *proféticas*— eran un grito entrañable de dolor y de esperanza, que desvelaban lo esencial de la Patria, en el trance de angustia que no podía ya ahogar la charanga de la *Marcha de Cádiz*, ni podría ya salvar la jactanciosa arenga de un gobierno que pedía “el último hombre y la última peseta”.

El dolor de España era más profundo, y el esfuerzo humano no era en el sacrificio de la muerte, sino en la esperanza de la vida donde debía buscarse. Fue el momento histórico de nuestro desastre colonial, en 1898, en que el gobierno del país enviaba a nuestra juventud a morir en las tierras hispánicas de Cuba y Filipinas, de donde volvía víctima de la fiebre y la tisis. Maragall vio, desde su Barcelona, la hecatombe y sintió en sus entrañas de español el dolor de la Patria, de cuya exaltación vino a nacer aque-

lla *Oda* que era su voz de vate —adivino— que transformó al poeta catalán en el máximo “poeta cívico” de la afligida madre patria. Elegía desesperada, pero llena de esperanza en el porvenir; dolorida, pero con la alegría del triunfo espiritual futuro. Supo oír la voz del pueblo —esta vez, *vox dei*— para abrir el camino de la regeneración nacional más auténtica.

En esta inmortal *Oda a Espanya*, uno de los pocos rasgos de civismo de nuestra literatura moderna, se oyó la voz de un catalán consciente que mide y comprende el dolor de España, que “si por ley de amor es una, por la ley del hablar es una y trina”.

Esta es la genial *Oda* que fue escrita en lengua catalana y que, vertida en la hermosa lengua de Castilla, traemos ahora aquí como homenaje al poeta, en su centenario, y glorificación de la literatura española.

ODA A ESPAÑA

*Escucha, España, — la voz de un hijo
que te habla en lengua — no castellana;
te hablo en la lengua — que me ha legado
la tierra áspera.*

*En esta lengua — te hablaron poco;
en la otra, muchos.*

*Asaz te hablaron — de saguntinos,
de los que mueren por una patria;
y de tus glorias — y tus recuerdos,
recuerdos, glorias — sólo de muertes:
triste has vivido.*

*Yo quiero hablarte — de otra manera.
¿Por qué verter — la sangre inútil?*

*La sangre es vida — si está en las venas
de los de ahora, — de los que vengan;
vertida, es muerte.*

*Mucho pensabas — en tus honores,
pero muy poco — en tu vivir:
tus hijos, trágica, — diste a la muerte,
satisfaciaste — de honras mortales
y eran tus fiestas — los funerales,
¡oh, triste España!*

*Yo vi los barcos — salir repletos
de hijos que dabas — para la muerte:
alegres iban — hacia el azar;
y tú cantabas — junto a la mar
como una loca.*

*¿Dó están tus barcos? — ¿Dónde tus hijos?
Dilo al Poniente y a la ola brava:
todo perdido; — ya nada tienes.*

*¡España, España — vuelve en ti misma,
llora como una madre!*

*¡Sálvate, sálvate — de tantos males;
que el llanto te haga fecunda y viva;
piensa en la vida que en torno tienes:
alza tu frente,*

*sonríe al iris que hay en tus nubes.
¿Dó estás, España? — Yo no te encuentro.
¿No oyes mis voces atronadoras?*

*¿No entiendes esta lengua — que te habla
[entre peligros?]*

*¿Has olvidado ya escuchar a tus hijos?
¡Adiós, España!*

1898.

La eficacia de los centenarios estriba en la meditación de la ejemplaridad de lo que conmemoramos. Creemos, por esto, un deber de patriotismo incitar a la meditación de este momento histórico, de esta obra ejemplar, y para glorificación de este poeta que así sintió y amó a España.

LUIS GUARNER

RONDA PARA GUITARRA Y CORAZON

A Tárrega, en el 50 aniversario de su muerte.

*Pongo mi labio al filo de esas cuerdas
—dulces espadas que cortaron plumas
al aire de la noche y de los pájaros,
y vellones de seda y azahares
sobre la intensa piel de estos naranjos—.
Pongo mi labio al filo de esas cuerdas.
Y el corazón, también.*

*(La boca dice te amo;
y el corazón se quiebra en un «eres
de avara intimidad, para gozada
contigo a solas, en azul remanso
de «scherzos» y palomas, sonatas y
triscando al pie de una impoluta Al-
[hembra
hecha «Ensueño» y «Capricho» entre
[tus manos*

*¡Oh excelsa inmensidad de tu guitarra
sobre plata y cristal siempre vibrando!...*

*¡Oh estupenda sonoridad en vilo
donde se oyó el silencio, goteando
espumas de marfil, lágrimas de ángel
y sangre —inquieta sangre roja—
gloria y dolor del corazón humano!...*

*¡Tus dedos, oh maestro, pluricordes,
vastísimos, elementales, sabios!...
¿Qué deidad los ungió para ese místico
desposorio de amor con la guitarra?...*

*¡Y el corazón, maestro, violado
por una diosa antigua, habitadora
en cumbres de armonía y en el ámbito
donde, a la vez, el Arte se hizo carne
y a la tuya se unió como un hermano!...*

*Nadie anunció, maestro, tu venida;
¡ah!, pero aquí, más de mil años virgen,
estaba esa guitarra suspirando
por abrazarse a ti. Digo que virgen,
porque nadie hasta ti la había amado
con la celeste llama esponsalicia
que hace fecundo el nombre y el abrazo.*

*Amor fue todo el tuyo. Y desde entonces
como reina la aupaste entre tus brazos
sobre un fondo de mar de terciopelo
hasta un trono de azul sobre los astros.*

*En tu solar estoy, donde nacieras
para ensancharle mundo al genio hispano
Estoy en tu solar y entre los tuyos,
en tu casa, en tu calle y en tu campo:
aquel cuyas sonoridades sorprendiste
para hacerlas clamor entre tus manos;
el mismo que esta noche se estremece
en un bronco delirio desatado,
y en su grandeza de asena tensa y viva
las venas siente abrirse en el desgarró
de una ronda nocturna a tu memoria
hecha de espuma, de silencio y llanto.*

*Estoy en tu solar y entre los tuyos,
esperando tal vez que ahí en la esquina
nos sorprenda de nuevo tu milagro:
aquella «jota» inmensa, sólo tuya,
una «suite» caprichosa, algún «adagio»
florecido en la muerte y el misterio,
una sombra de ti, tú mismo, algo
que nos madure esta certeza simple
de tu estar todavía a nuestro lado.
¡Cómo te estamos todos esperando!...*

*¡Y con qué seriedad, noche y guitarra,
silencio y corazón, te están amando!...*

LEOPOLDO PENARROJA

MARAGALL, MIRO Y LA PALABRA VIVA

Algunas veces desaparece la aparente distancia que separa, por su exterior atavio y estilo, la personalidad de dos escritores bien diferenciados, si por escudriñar el tuétano nos hundimos en él y abandonamos el examen superficial. Al profundizar hasta la raíz de su ideología psico-estética, acaso se nos descubra la existencia de una esotérica simpatía encauzada por secretas afinidades de la sensibilidad y del gusto, que justifican en muchos casos el fenómeno de la "armonía de contrarios".

Algo de esto me llevó a escribir en otras páginas sobre los acordes espirituales entre Bécquer y Rubén Darío, siendo aquél tan parco y éste tan opulento, en la apariencia, de sus frutos poéticos; y hoy me aventuro a ensayar semejante visión paralelística entre la dispar palpación literaria de Maragall y la de Gabriel Miró. Ambos, no obstante, comulgan en la misma virtud creadora de la palabra.

Maragall ve en la palabra, como expresión de una realidad, el origen y esencia de la poesía. Así, es la palabra, el verbo, la fuente de toda idea poética; y el ideal de la poesía es sugerir un mundo con sólo una palabra intensa. Pero esto lo consigue sólo el poeta gracias al ritmo de sus palabras, puesto que la palabra del poeta brota con ritmo y luz, con el ritmo luminoso de la belleza. Aquí, la teoría de Maragall recuerda el *Principio poético*, de E. Allan Poe.

Pero no son la misma cosa. Tienen más alto valor estético las palabras de Maragall en su propio resumen: "Poesía sólo hay que hacerla cuando se está en estado de poesía... en que uno no sabe lo que se dice y dice mucho más que cuando sabe."

O sea, en raptó de inspiración, por ejemplo:

"Si el mon ja es tan formós, Senyor, si es
[mira
amb la pau vostra a dintre de l'ull nostre,
què més em podeu dà en un altra vida?"]

Razona M. de Montoliu que el concepto de la "palabra viva" es la tesis genial de Maragall, y que el encanto y atractivo de su estilo proviene del secreto que él posea de hablar con palabra viva en todos sus escritos, o sea, según el propio Maragall quiere, "decir el mayor número de cosas posibles con las menos palabras posibles".

Por eso el léxico de la poesía maragalliana, a pesar de ser más pobre que el de otros poetas, tiene mayor riqueza de sentido e intensidad que en ninguno de ellos, según observa Querol Gavaldá.

Le bastan esas preciosas palabras suyas, que son vivas por nacer espontáneamente de una necesidad real de expresar un emblesmo del vate ante la belleza exterior que lo subyuga o una emoción que lo conmueve. En consecuencia, para juzgar la poesía de Maragall, podemos coincidir con el juicio de José Plá: "es una poesía tocada de algo sin duda parecido al estado de gracia, es una poesía que aspira a ser inefable".

Cuando murió Gabriel Miró —mayo de 1930—, cuya amistad tuvo para mí fraternal afecto, escribí, bajo la apremiante impresión dolorosa de la noticia aciaga, un par de páginas, que se publicaron en el "Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura", como anónimo sufragio de su Redacción.

Toda la efusión admirativa de mi espíritu se me escapó, espontánea y gárrula, por la pluma, acompañando a un liviano juicio crítico sobre el arte literario de Gabriel que, para mí, es tan sólo una revelación iluminada de su íntima estética cordial.

Y dije así:

"Nadie como él encarnó en las palabras de su idioma tanta intensidad de emoción y de virtud radiante. Ni tanta belleza pura y humana.

"Del estilo de otros excelsos prosistas puede decirse que es una joya; que éste lo burila, que aquél lo talla, que esotro lo pule... Siempre imágenes inanimadas, con rigidez de cristal. De nadie más que de Miró puede decirse que su estilo es de carne: de carne macerada por la austeridad y purificada por la llama espiritual. Carne palpitante y transida de emociones hondas. Y así, esta prosa no puede tallarse, ni pulirse, ni burilarse, porque las herramientas rasgarían su carne, ensangrentándola. El estilo de Miró sólo puede acariciarse, mimarse, aún en caso raro de rebeldía, porque sus palabras son la real transubstanciación del mismo que las alumbró. La encarnación del verbo de Gabriel Miró.

Y siendo de esta manera, el vaso repujado de las palabras castellanas está siempre lleno de oloroso vino de Levante. Sangre de su sangre; y cuando oficia el lírico, alza el cáliz que para las miradas es de oro, pero es de sabrosos bálsamos del terruño natal, por dentro, para el gusto, para el saboro largo y deleitoso en las honduras del sentir.

Difícilmente puede encontrarse en la literatura regional valenciana, expresión tan genuina y maravillosamente intensa de las almas, de los paisajes y de las escenas costumbristas de la tierra, como logró exaltarlas Miró en su prosa castellana, salvando la dificultad diferencial idiomática, sin perder acento típico ni valor de caracterización ética, antes bien acendrándolos en universalidad..."

Cuando escribí estos párrafos, desconocía yo el epistolario de Maragall, que he podido luego leer en sus obras completas (Editorial Selecta, Barcelona 1947) y en el que figuran unas interesantes cartas dirigidas a Gabriel Miró. En una de ellas, fechada el 14 de enero de 1909, acúsale de haber recibido sus dos libros *Del vivir* y *La Novela de mi amigo*, y añade "...son la visión fuerte y la palabra viva como yo no sé de nadie más en nuestra España. Dios le bendiga y le conserve el precioso don y se lo aumente, porque siempre hay un "más allá", ¿no es verdad?, un más allá de sinceridad y pureza en la palabra".

He aquí la confesión de una fraternidad verbal íntima, de austero franciscanismo, pese a las diferencias ornamentales que al exterior afloran.

Y aún ahonda más Maragall al escribirle a Miró el 1 de octubre de 1911, a propósito de la novela de éste, *Las cerezas del cementerio*: "Yo no comprendo cómo la poesía que es esencial en todas sus obras, se le puede quedar contenida en esa prosa extraña que parece va a prorrumpir en canto a cada momento; pero no, queda prosa teniendo dentro toda la luz de la poesía, y esto le da una transparencia maravillosa; queda por fuera el humilde vestido de la prosa..."

Y es que esta prosa es de palabra viva y, por lo tanto, parafraseando mi panegírico, puedo decir que es prosa "palpitante y transida de emociones hondas". A lo que ahora añado, que pues se ciñe siempre a su objeto con avidez de exactitud, es de contagio maragalliano ese "interior de luz poética" que el autor del *Cantic espiritual* nos descubre sagazmente.

Pues bien, aún hay más.

En el cuento de Miró *El Angel*, un espíritu angélico desciende a la Tierra para custodiar almas, y todas las que logra salvar las envía al Cielo sin acompañarlas en su viaje, como hacen los otros ángeles custodios. De este modo transcurre tiempo y tiempo, sin que el Angel vuelva a la Gloria, mientras en este mundo se dedica a pasar de un mortal a otro en su ejercicio de guarda de almas. Extrañados en el Cielo de la anómala tardanza en regresar del Angel,

envían a la Tierra a un Serafín que busque al voluntario desterrado y le recuerde que debe volver al Cielo; y le contesta el Angel estas palabras ungidas de lirismo franciscano, tan próximo a la visión poética del mundo en la boca de Maragall:

"¿Adonde? No, Querubín. Mira la Tierra. Va saliendo la luna. Hay luna llena y el mar y los jardines y las montañas y los senderos solitarios y hasta la frente y las tristezas de los hombres, y las manos, la mirada y la boca de la mujer, y el pensamiento de la muerte, todo adquiere una inocencia, una intimidad, una perfección inefable, Querubín. ¡Qué dulce es sentirnos cerca del Cielo desde la tierra!... ¡No, Querubín; yo no subo! Díselo a Nuestro Señor. No hay obra suya que más se ame y que más nos posea que este mundo. Lo sabe el Señor: ¡por ella dio su sangre y yo doy mi Gloria!"

¿No son estas emocionadas palabras de Gabriel Miró hermanas espirituales de los primeros versos del *Cántico* de Maragall?

"Si el mundo es ya tan bello, Señor, visto con vuestra paz dentro de nuestros ojos, ¿qué más darme podéis en otra vida?"

Dicho queda a la mayor gloria del poeta.

VISION MARAGALLIANA

*El poeta ha entonado su cántico espiritual
y en éxtasis se queda alabando al Señor
con sus palabras vivas, de gozo celestial;
Seráfico también, Juan Maragall*

*es hermano en amor
del Mínimo Francisco, el de las "floreillas"*

*"¡Gracias Señor, pues me dejáis gozar
contemplando del mundo la inmensa mara-
villa!"*

*¡Es tan bella la tierra y es tan sublime
[el mar!*

*(El mar que el poeta sueña que lo vea Cas-
tilla*

*y se acerque después, sin recelo, a su orilla,
como hizo un día el Cid Rodrigo, el de
[Vivar.)*

*Cierto que al ser el mar tan propicio al
[azar*

*y, en contraste, tan cauta el ánima labriega
en su vida de hogar,*

*el labrador prudente desconfía y se niega
a perder esta paz que él disfruta,
en la cual es inmóvil la veleta del sino
y están todas las cosas quietas en donde están;
donde cada camino es para los que van,
ayer, hoy y mañana por su ruta;
y hasta una vaca ciega,
cada tarde, siguiendo igual camino
cabe su abrevadero, a tientas, llega
meneando su cola...*

*Mira, sin verlo, al cielo; lenta, bebe
y se marcha después como antes vino...,
con la misma cautela,
tropezando, y ¡tan sola!*

*Maragall —que lo ha visto—, se conmueve,
y esta escena su pluma la cincela
en un poema peregrino:
¡tal un friso de mármol en relieve!*

UNA HISTORIA DE ALMAZORA

He aquí, ante todo, la obra de un enamorado de su pueblo. Un libro que, bajo la circunspecta apariencia de las formas eruditas, es el canto lírico —canto de cisne, pues pocos meses sobrevivió el autor— de un hombre que, habiendo corrido el ancho mundo, sólo encuentra motivo para dar salida a sus internas inquietudes intelectuales, componiendo una historia de su cuna huertana de Almazora.

Almazora, típico municipio de la Plana, recostada a lo largo del río Mijares, en los últimos kilómetros de su curso, tiene su vida ligada estrechamente al desarrollo histórico de la comarca, y de una manera especial, al de la ciudad de Castellón. Ello ha permitido al autor superar el penoso inconveniente de la carencia de documentación local —desaparecida, como en tantos otros casos, de los archivos locales— con el aprovechamiento de noticias de las vecinas villas, con las cuales ha podido ir trazando los rasgos básicos de la propia historia.

El primer tercio de la obra se dedica a hacer una exposición del pasado de la villa hasta fines de los tiempos medievales, pasando ya los capítulos sucesivos a estudiar aspectos diversos de la vida de Almazora, centrados de manera especial sobre el río Mijares y el aprovechamiento de sus aguas. Y, como no podía ser menos, el cultivo del naranjo, fundamento de la actual economía almazorina.

Pero transcurridas estas páginas, vuelve a presidir la parte final del libro una preocupación urbana; de sus gentes, de sus tradiciones y fiestas, de sus costumbres, etc., para terminar con una revisión a la Almazora de hoy, con sus realidades económico-sociales y sus afanes de engrandecimiento hacia los que se halla proyectada. Una obra, en suma, de copiosa recopilación de datos, trabajados con amoroso entusiasmo y enriquecida por una interesante colección de ilustraciones fotográficas de Rodolfo Agut.

J. S. A.

(1) BELTRÁN MANRIQUE, ENRIQUE. *Almazora. El Mijares. Narración histórica*. Castellón. Talleres Gráficos de Hijos de F. Armengot. 1958. 458 p. 23 cm.

MARGINALIA

Las Escuelas del Magisterio, de Castellón (cuyos locales habían sido inaugurados por el ministro de Educación Nacional unos meses antes), celebraron una solemne sesión académica con motivo de haber sido adoptados los nombres de Isabel Ferrer y Francisco Tárrega para los centros femenino y masculino, respectivamente. La celebración se hizo coincidir con la fecha en que los restos del genial guitarrista castellonense fueron trasladados, en el cementerio de Castellón, de una modesta tumba a un digno mausoleo, en acto patrocinado por el Excmo. Ayuntamiento de la capital. En la sesión académica —a la que asistieron, con las autoridades, los hijos de Tárrega—, hicieron uso de la palabra el director de la Escuela del Magisterio masculino, don Isidoro Andrés; el director del *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, don Angel Sánchez Gozalbo, y el presidente de esta sociedad, don Carlos G. Espresati.

Tuvo lugar en el Desierto de las Palmas

la III Acampada Regional de los Centros Excursionistas Valencianos. Entre los actos celebrados figuró una exposición fotográfica de castillos y torres de la provincia de Castellón, debida al artista Vicente Forcada.

En el último certamen literario de las Fiestas de la Magdalena, de Castellón, fue premiado con la flor natural el poeta Carlos G. Espresati. La composición galardonada llevaba por título "El canto del cisne".

En la histórica, pintoresca y monumental ciudad de Peñíscola —incorporada intensamente, por otra parte, a las rutas del turismo internacional—, vienen desarrollándose cada año cursos de verano para extranjeros, que organiza el Instituto de Estudios "Castillo de Peñíscola", de la Excmo. Diputación Provincial.

Han sido puestas en funcionamiento tres nuevas bibliotecas públicas municipales en las localidades castellonenses de San Mateo, Lucena del Cid y Altura.

La Escuela de Bellas Artes y Artesanía,

de Castellón, ha incorporado de forma ya tradicional a la vida artística de la ciudad las exposiciones de final de curso en que, bajo la forma de concurso, son mostradas al público las realizaciones de sus alumnos en las distintas disciplinas que se cursan en dicho Centro.

Siguiendo su proceso de ininterrumpida superación, la Banda Municipal de Castellón ha venido ofreciendo en los últimos meses una serie de conciertos con solistas de prestigio internacional. Junto a esta actividad de la Banda, siguen prestando realce a la vida musical castellonense los cursos que con altura y dignidad ofrecen la veterana Sociedad Filarmónica y el Círculo Medina.

A la labor que en el campo de las artes plásticas desarrollan dos salas particulares —Estilo y Bernat—, cabe añadir las exposiciones que de vez en cuando patrocinan diversos organismos e instituciones. Entre éstas puede destacarse la muestra de Arte Mediterráneo que tuvo por marco los salones de la Jefatura Provincial del Movimiento, y que dio ocasión a un acto literario en que hizo uso de la palabra el académico Camilo José Cela.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

LA PALABRA ENAMORADA, por Fernando Allué y Mover. Talleres Gráficos "Ceres", Valladolid, 1959.

Integran este librito siete hermosos poemas en los que se exalta a la naturaleza. En ellos, Fernando Allué despliega inspiración a raudales y esa finura intelectual tan suya, resultando de todo ello una breve pero valiosa muestra de poesía decantada, ágil y esencialmente bella.

CLAMOR HACIA LA LUZ, por Dionisio Aymará. Caracas, 1959.

Como ya su título deja entrever, la actitud espiritual que anima este libro es la de hallar un camino a la esperanza, superando con serena hombría la angustia vital que parece ser estigma de nuestra época. Sin optimismos de ocasión falsamente coloreados, Dionisio Aymará reafirma con voz plena y consciente su fe en los valores íntimos del hombre. En tal aspecto, su poesía carece de concomitancias con el oportunismo lírico y se nos muestra, en todo momento, convincente y digna, con un lenguaje claro y bello, dando cumplido testimonio de un poeta entero, de personalidad muy prometedora.

EL CORAZÓN EN SU SITIO, por Gabriel Celaya. "Lírica Hispana", Caracas, 1959.

Celaya reúne en este tomito de la ejemplar revista venezolana algunos poemas ya publicados. Como siempre, Celaya no desmiente su modo personal de entender y "hacer" la poesía, y en este nuevo título sigue derramando agudeza verbal, revistiendo, con la sorpresa continuada de su léxico dinámico y cautivador, la hondura de un pensamiento que significa —más allá de una muy legítima actitud estética— un ansia de afirmación y renovación de lo esencialmente humano. Los poemas —cartas a Blas de Otero, Picasso y Cela, entre otros— son realmente fascinantes.

POEMAS A SUIJKA, por Juan A. Sánchez Anés. Colección "Arrecife", Cádiz, 1959.

Un exotismo expectante y tenso es la nota característica de este libro, donde el autor revela dotes imaginativas y originalidad metafórica, pero también un pulso muy irregular en cuanto a la consecución y man-

tenimiento de un buen nivel medio a lo largo del volumen.

EL VIENTO NORTE, por Víctor M. Sandoval. Sociedad Interamericana de Cultura. Méjico, 1959.

Poemas escuetos, de expresión acerada e incisiva. La imagen, siempre justa y eficaz. Este poemario resulta demasiado breve para las excelentes cosas que en él apuntan. Esperemos que su autor se muestre más ambicioso en futuras entregas y, así, poder apreciar cabalmente todo el alcance de sus posibilidades, ciertamente prometedoras.

LA VOZ EN EL TIEMPO, por Rafael Melero. Colección "Marina", Orense, 1959.

Poesía responsabilizada, esto es, fruto de una necesidad vocacional y, por tanto, con un contenido humano. Libro sobrio y bien trazado, sin concesiones a lo fácil ni a lo bonito. Rafael Melero conoce su camino; es un buen poeta.

EL ALMA Y LOS SENTIDOS, por Mario Angel Marrodán. "Lírica Hispana", Caracas, año 1959.

Este nuevo libro de Marrodán se halla en la misma línea que los anteriores de su autor. Aquí también vibra una expresividad compleja y torturada que lucha por abrirse paso en un mundo espiritual multiforme y escurridizo. Marrodán quiere dar estado verbal a lo abstracto y casi indecible; de ahí el que su lenguaje, empeñado en arduas configuraciones, opere a base de contrastes que oscilan desde lo indeciso, confuso y harto superfluo a lo altamente lírico y estremecedor. El claroscuro surcado por relámpagos intuitivos parece ser la técnica impuesta a este tipo de poesía por sus propias limitaciones. Poesía, en todo caso, difícil, de realización comprometida por su voluntaria renuncia a la normal percepción de lo inmediato para moverse en esa zona aventurada —enorme en peligros y riquezas— de lo casi subconsciente.

EL PARQUE PEQUEÑO Y ELEGÍA EN COVALEDA, por José García Nieto. Ediciones "Punta Europa", Madrid, 1959.

Hoy día es corriente la poesía a grandes rasgos, o, para ser más precisos, a brochazo

limpio. Ello, en gran parte, es fruto del tiempo sensacionalista y acelerado en que vivimos. La hora, con presagios apocalípticos, tiende más al género estruendoso, sinfónico, que a la música de cámara. Pero, felizmente, no todas las voces han pasado a la fanfarria, y entre estas valiosas excepciones hay que contar a José García Nieto, fiel a una línea poética en que no cabe la estridencia ni el falso dramatismo. Así, en el libro que motiva este comentario, no sabemos qué es lo más digno de encomio: si la difícil sencillez que reverbera en la palabra tersa y fluyente del poeta o la ternura íntima y coloquial que discurre serenamente por toda la peripecia lírica. No diremos que este libro, integrado por dos poemas extensos, sea lo mejor de García Nieto, pero sí tiene méritos bastantes para considerarlo como un buen exponente de la firme continuidad de su obra poética.

DIMENSIONES, por *Eduardo de la Rica*. Colección "Alrededor de la Mesa", Bilbao, 1959.

En esta nueva entrega del poeta conquense E. de la Rica, nos encaramos con una poesía de tipo evasivo e irónico, profundamente intelectual. Existe en estos poemas de "Dimensiones", como ya advertimos en "Lunes 12", su anterior y primer libro, una fluctuación constante entre el impulso poético y el juego meramente retórico. No dudamos de que E. de la Rica aporte entusiasmo lírico a sus versos, pero éstos tienen más de elucubración cerebral que de sentimiento anímico. Parece como si el poeta se hallase desasido de lo que canta; de ahí que sus versos, originales y atrayentes en su aspecto formal, se resienten de frialdad comunicativa y sitúen el libro en un tono neutro e incoloro; y es lástima, porque su autor es bien capaz de darnos ese libro de auténtica vibración que de él esperamos.

ELEGÍA DEL SURESTE, por *Francisco Sánchez Bautista*. Colección "Tirre", Cartagena, 1960.

Elegía de voz recia y segura, que el poeta dedica "a la memoria de unos hombres que, desde sus puestos, supieron morir con fe". Ya conocíamos a Sánchez Bautista por su primer libro "Voz y latido", y nos agradó ese modo suyo tan viril de asir la poesía. Hay —se adivina— en los versos de este poeta levantino un forcejeo que no es otra cosa que el afán de intensidad y hondura, tanto en el terreno de la idea como en su corolario expresivo. Esto, a veces, le conduce al giro superfluo y estéticamente inoportuno. Pero en conjunto, estos lunares quedan ampliamente compensados por la línea sobria de sus poemas, amasados con sinceridad y reciedumbre de buena ley. Un libro entero, de trazo fuerte y a veces descuidado, pero libro que corrobora una personalidad vigorosa no contaminada por influencias librescas.

SUEÑOS Y PAISAJES TERRÁQUEOS, por *Antonio Fernández Molina*. Colección "Alrededor de la Mesa", Bilbao, 1960.

Fuerza es reconocer que no todas las voces que intentan la historia lírica del hombre de nuestro tiempo, son, ni con mucho, auténticas. La mayoría de ellas son excesivamente agrias y duras y, por lo general, huelen a mil leguas a esa retórica de nuevo cuño que alguien ha bautizado certeramente con el nombre de "socialina" para que no veamos en los poemas de ese tipo otra cosa que una deleznable postura estética acomodada a los vientos reinantes y, en todo caso, reveladora de un experto manejo del diccionario de la angustia. Los signos de la autenticidad, aquel escribir con sangre de Nietzsche, son bien distintos a lo que hallamos en los folletines líricos de los actuales "poetas malditos". Por esto nos complace rendir justicia a los méritos de ese largo poema "existencialista" que es el libro de Fernández Molina, donde, sin renunciar

COLABORADORES

En el presente número se insertan textos de los autores siguientes:

Alcácer, Federico; Almela Mengod, V.; Almela Vives, F.; Artola Tomás, Bernat; Aurancia, Pascual de; D'Aragó, F.; Baroja, Pio; Blasco Ibáñez, V.; Benages, Emiliano; Beut, Emili; Carreras, Ricardo; Catalá Lloret, R.; Cavanilles, Antonio Joseph; Codina Armengot, Eduardo; Espresati, Carlos G.; Fola Igurbide, J.; Forcada Traver, Enric; García Girona, J.; Ges, Carlos; Gimeno Michavila, V.; Guarner, Luis; Guinot, Salvador; Llinás, Carlos; Llopis Miralles, Agustí; Marrodán, Mario Angel; Miró, Gabriel; Pascual Tirado, J.; Peñarroja, Leopoldo; Pérez Galdós, B.; Porcar Montoliu, J.; Revest Corzo, L.; Rull, Baltasar; Ruiz de Lihory, J.; Sales Bolí, L.; Salvador, Carlos; Sánchez Adell, J.; Sánchez Gozalbo, Angel; Soler Godes, E.; Segura Barreda, J.; Segarra Gil, J.; Sos Baynat, V.; Torres Blesa, Raimundo.

Los dibujos que ilustran estas páginas son de:

Juan Bautista Porcar Ripollés, Ramón Paus, Gimeno Barón, Ramón Catalán, Luis Sales Bolí y Tasio Flors.

a lo que caracteriza la poesía más modernamente volcada en lo temporal, existe estrecha vinculación con el trasfondo de perennidad que constituye el armazón espiritual y valedero de toda obra conseguida. Así creemos que Fernández Molina ha realizado su libro, sin ceder al fácil arrebatado, insuflando en sus versos una ternura irónica, humorística, de greguería casi, pero humana y profundamente inteligente, encarando la esquinala realidad y superándola como poeta consciente, vigoroso y auténtico.

DÉBIL TRONCO QUERIDO, por *Manuel Pinillos*. Colección "Dezir", Zaragoza, 1959.

Ejemplo de poesía directa, viva, sin concesiones a lo retórico. Pinillos pone una ternura emocionada y casi elegíaca en este libro de vena limpia y caudalosa, que palpita como un corazón.

LUISILLO, por *Odón Betanzos Palacios*. Colección "Mensaje", Nueva York, 1959.

Libro donde lo anecdótico y lo poético tienen un justo equilibrio, dejándonos el sabor de una obra lograda. Este "Luisillo" de Odón Betanzos Palacios es un libro sorprendente e inusitado, de los que invitan a la meditación tras su deleitosa lectura.

POEMAS AL HIJO, por *Manuel Pacheco*. Imprenta Provincial, Badajoz, 1960.

El verbo áspero, descarnado y, a menudo, acusador de Manuel Pacheco se suaviza y serena en estos "Poemas al hijo", donde la paternidad, entre inquieta y esperanzada, avizora el porvenir de su sangre, hecha carne y nombre de hijo. Sin que Pacheco cambie en su irreductible personalidad que vibra y se enardece al contacto de lo cotidiano, su voz, en este libro, se ha dulcificado.

REVISTAS

DE LA SOCIEDAD CASTELLONENSE DE CULTURA

BOLETÍN.—Suscripción anual 80 ptas.

MIJARES.—N.º Extra. 15 »

CORRESPONDENCIA A

Apartado de Correos 16 - Castellón (España)

do, como si quisiera dar un sesgo de "nana" a los ardientes poemas, que, en ocasiones, alcanzan una ternura casi ingenua, sin mermar en intensidad. Asimismo, y tal vez como resultado de su decir más reposado, los poemas ofrecen mayor solidez formal; están más acabados. Creemos que éste es el libro más completo del ariscado poeta extremeño.

JUAN PORCAR

ESTAFETA

LIBROS

- DIMENSIONES, por *Eduardo de la Rica*.
- LUISILLO y POESÍA DE LAS ERAS CUADRADAS, por *Odón Betanzos Palacios*.
- LA REALIDAD, por *Mariano Roldán*.
- TIEMPO DE SOLEDAD, por *Blanca N. Tschudy*.
- POÉTICA ELEMENTAL, por *M. A. Marrodán*.
- CUANDO LA LUZ REPRESA, por *Hugo E. Pedemonte*.
- EL PARQUE PEQUEÑO y ELEGÍA EN COVALEDA, por *José García Nieto*.
- LOS DE ABAJO, por *Alfonso Villagómez*.
- PRONUNCIO AMOR, por *Rafael Guillén*.
- DEBAJO DEL CIELO y DÉBIL TRONCO QUERIDO, por *Manuel Pinillos*.
- DOCE POEMAS, por *Juvenal Ortiz Saralegui*.
- ENTRE SANGRE Y ESPERANZAS, por *Angel N. Pou*.
- POEMAS AL HIJO, por *Manuel Pacheco*.
- ENCARCELADA AUSENCIA, por *Gilberto Hernández Santana*.
- VIDA DE MI MUERTE, por *María del Mar*.
- FLORES DE ANDALUCÍA, por *E. J. Valdivia*.
- JARDINES DE LA SANGRE, por *Leonardo Rosa Hita*.
- CAÍN y ABEL, por *Salvador Gallardo*.
- JUAN ALVARADO y LA CONCIENCIA INTELECTUAL, por *Angel N. Pou*.
- EL BARCO, por *Felipe Novoa*.
- AMOR COMO UN ESPEJO, por *Gladys Burci*.
- SIGLO ENCANTADO, por *Henri de Lescoet*.
- LA VÉRITÉ ESSENTIELLE, por *M. A. Marrodán*.
- POEMAS PARA VIVIR, por *Jean Braeckman*.
- PARA VOSOTROS DOS, por *Gabriel Celaya*.
- SUEÑOS y PAISAJES TERRÁQUEOS, por *Antonio Fernández Molina*.
- ELEGÍA DEL SURESTE, por *F. Sánchez Bautista*.
- DÍAS SOBRE LA TIERRA, por *Selva Casal*.
- COMO DE ENTRE LOS LABIOS DE UNA HERIDA, por *Desiderio Macías Silva*.
- TRIÁNGULO, por *David Ledesma, Ileana Espinel y Sergio Román*.
- SOMBRA MINÚSCULA, por *Rafael Palma*.
- LA CALLE, por *Julio Alfredo Egea*.
- MUNDO INMEDIATO, por *Rafael Melero*.
- DUELO BAJO EL CIELO DE CHILE, por *E. Bobadilla Guerra*.

REVISTAS

- Alcántara*, Cáceres, 126-134, 135.
- Arista literaria*, Burgos, 1959, 1959-60.
- Arquero*, Barcelona, 60, 61, 62.
- Arrecife*, Cádiz, 13-14.
- Ayer y hoy*, Toledo, 72, 73, 74.
- El molino de papel*, Cuenca, 20-24.
- Gánigo*, Santa Cruz de Tenerife, 37.
- Incunable*, Salamanca, 134-5.
- Malcarrosa*, Valencia, 29.
- Manantial*, Segovia, 1, 2, 3.
- Message*, Valencia, 1 (2.ª etapa).
- Pleamar*, Portugalete, 13, 14.
- Rocamar*, Palencia, 17, 18, 19, 20, 21.
- Uriel*, Santo Domingo de la Calzada (Logroño), 12, 13, 14.
- Courrier du Centre International d'Etudes Poétiques*, Bruselas, 28-29.
- El Noticiario*, San José de Costa Rica, 259, 260, 261, 268.
- Estaciones*, Méjico, 15, 16, 17.
- Gazeta Literaria*, Oporto, 4 al 15.
- Lírica Hispana*, Caracas, 201 al 205.
- Narceja*, Sao Paulo, 4.
- Noema*, Jalapa, Méjico, 24 al 29.
- Paralelo*, Aguascalientes, Méjico, 13 al 17.
- Profil littéraire de la France*, Nice, 34, 35.